



CLÁSICOS EBRO

F. DE QUEVEDO

LOS SUEÑOS



ZARAGOZA

# BIBLIOTECA CLÁSICA EBRO

Tomos en 8.º, de 128 a 150 páginas, ilustrados y encuadrados con cubierta de cartulina en colores

## VOLUMENES PUBLICADOS

1.	TIRSO DE MOLINA .....	El condenado por desconfiado .....	Teatro
2.	LOPE DE VEGA .....	Poesía lírica .....	Verso
3.	JUAN DE MARIANA .....	Historia de España .....	Prosa
4.	FRAY LUIS DE LEÓN .....	Poesía .....	Verso
5.	J. RUIZ DE ALCARCÓN .....	La verdad sospechosa .....	Teatro
6.	DON JUAN MANUEL .....	El Conde Lucanor .....	Prosa
7.	VARIOS .....	Escritores de Indias. I .....	Prosa
8.	LOS MANRIQUES (Poetas) .....	Antología .....	Verso
9.	VARIOS .....	Romances viejos .....	Verso
10.	M. DE CERVANTES .....	Rinconete. La ilustre fregona .....	Prosa
11.	LUIS DE GÓNGORA .....	Poesía .....	Verso
12.	SANTILLANA Y MENA .....	Poesía .....	Verso
13.	CALDERÓN DE LA BARCA .....	La vida es sueño .....	Teatro
14.	GUZMÁN Y PULGAR .....	Generaciones y Claros varones .....	Prosa
15.	CALDERÓN DE LA BARCA .....	Autos sacramentales. I .....	Teatro
16.	GUILLÉN DE CASTRO .....	Las mocedades del Cid .....	Teatro
17.	B. JUAN DE AVILA .....	Epistolario .....	Prosa
18.	JUAN DE VALDÉS .....	Diálogo de la lengua .....	Prosa
19.	JUAN DE LA ENCINA .....	Plácida y Victoriano .....	Teatro
20-21.	VARIOS (Todo doble) .....	{ Ant. de la Poesía romántica. I. ....	Verso
		{ Antología de la Poesía rom. II. ....	Verso
22.	ARCIPRESTE DE HITA .....	Libro de Buen Amor .....	Verso
23.	M. DE CERVANTES .....	Lic. Vidr. y Col. de los perros .....	Prosa
24.	ANÓNIMO .....	El Lazarillo de Tormes .....	Prosa
25.	VARIOS .....	Escritores de Indias. II .....	Prosa
26.	ANÓNIMO .....	El Poema del Cid .....	Verso
27.	GONZALO DE BERCEO .....	Milagros de Nuestra Señora .....	Verso
28.	LOPE DE VEGA .....	El Caballero de Olmedo .....	Teatro
29.	P. I. FELÍGÓ .....	Discursos y Cartas .....	Prosa
30.	A. DE MORETO .....	El lindo Don Diego .....	Teatro
31.	G. M. DE JVELLANOS .....	Obras selectas .....	Prosa
32.	J. DE CADALSO .....	Cartas Marruecas .....	Prosa
33-34.	VARIOS (Tomo doble) .....	{ Poetas líricos del siglo XVIII. I. ....	Verso
		{ Poetas líricos del siglo XVIII. II. ....	Verso
35.	SANTA TERESA DE JESÚS .....	Prosa escogida .....	Prosa
36.	GARCILASO DE LA VEGA .....	Poesía .....	Verso
37.	DON RAMÓN DE LA CRUZ .....	Sainetes .....	Teatro
38.	JOSÉ DE ESPRONCEDA .....	Poesía .....	Verso
39.	LEANDRO F. DE MORATÍN .....	El sí de las niñas .....	Teatro
40.	F. DE QUEVEDO .....	La vida del Buscón .....	Prosa
41.	MIRA DE AMESCUA .....	El esclavo del Demonio .....	Teatro
42.	LOPE DE VEGA .....	Los embustes de Celauro .....	Teatro
43.	F. DE QUEVEDO .....	Los sueños .....	Prosa
44.	TIRSO DE MOLINA .....	Marta, la Piadosa .....	Teatro
45.	P. J. DE ISLA .....	Fray Gerundio de Campazas .....	Prosa
46.	ALFONSO X EL SABIO .....	Crónica general de España .....	Prosa
47.	G. A. BÉQUER .....	Rimas y Leyendas .....	P. y V
48.	M. DE CERVANTES .....	Persiles y Sigismunda .....	Prosa
49.	CALDERÓN DE LA BARCA .....	El Alcalde de Zalamea .....	Teatro
50.	M. DE CERVANTES .....	La Gitanilla. La española inglesa ...	Prosa





BIBLIOTECA CLASICA EBRO  
CLASICOS ESPAÑOLES

F. DE QUEVEDO

# LOS SUEÑOS

Selección, estudio y notas

por

FRANCISCO INDURAIN

Catedrático de la Universidad  
de Zaragoza

SEXTA EDICION, ILUSTRADA



EDITORIAL EBRO, S. L.  
Fundada en 1938 por D. Teodoro de Miguel

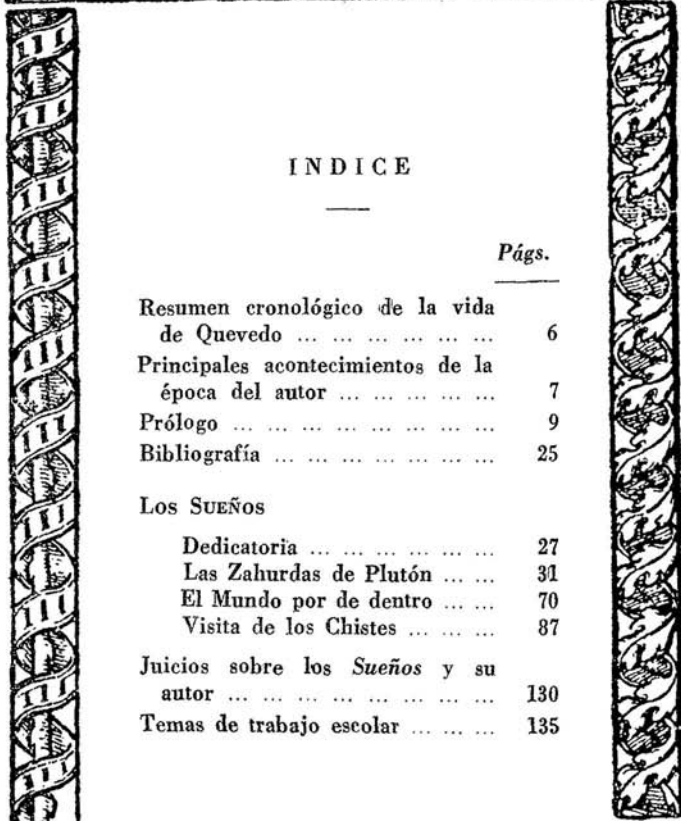
ZARAGOZA - BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES



## INDICE

---

	<i>Págs.</i>
Resumen cronológico de la vida de Quevedo ... ..	6
Principales acontecimientos de la época del autor ... ..	7
Prólogo ... ..	9
Bibliografía ... ..	25
<b>LOS SUEÑOS</b>	
Dedicatoria ... ..	27
Las Zahurdas de Plutón ... ..	31
El Mundo por de dentro ... ..	70
Visita de los Chistes ... ..	87
Juicios sobre los <i>Sueños</i> y su autor ... ..	130
Temas de trabajo escolar ... ..	135







## RESUMEN CRONOLOGICO DE LA VIDA DE FRANCISCO DE QUEVEDO (1580-1645)

- 1580, 26 de esptiembre.—Es bautizado en la parroquia de San Ginés, de Madrid. Su madre ocupó cargos importantes en la corte.
- 1596-1600.—Estudia humanidades, lenguas modernas y filosoffa en la Universidad de Alcalá.
- 1601-1604.—Estudia Santos Padres y Teología en Valladolid.
- 1605.—Tiene correspondencia con Justo Lipsio, el cual influyó notoriamente en él.
- 1606.—La corte se traslada definitivamente a Madrid, donde se instala Quevedo hasta 1611. Era ya conocido por sus poesías. Durante esta época, si no antes, compone el *Buscón*.
- 1607.—Empieza a escribir los *Sueños*, desde este año hasta 1622, aunque no se imprimieron por entonces.
- 1609.—Traba amistad con don Pedro Téllez Girón, duque de Osuna.
- 1611.—Falsa leyenda de su desaffo en la puerta de la iglesia de San Martín, de Madrid. La falsedad ha sido demostrada documentalente por González Palencia.
- 1612.—Está en la Torre de Juan Abad (Ciudad Real). Desde allí dedica libros al cardenal Sandoval y a doña Margarita de Espinosa, tía del autor.
- 1613.—Marcha a Italia como confidente y consejero del duque de Osuna.
- 1616.—Viaje a Madrid para conseguir cerca de Lerma y Uceda que se nombre virrey de Nápoles al duque de Osuna. Por encargo del virrey dirige los asuntos de Hacienda en Sicilia. Comienza su intervención en los negocios de la República de Venecia. Escribe la *Política de Dios*.
- 1618.—Recibe el hábito de Santiago. Con motivo de la *Conjuración de Venecia* tiene que huir de aquella ciudad.
- 1620.—A la caída del duque de Lerma es desterrado a la Torre de Juan Abad.
- 1621.—Muere Felipe III y, después de encargarse del poder el conde de Olivares, Quevedo vuelve al favor real.
- 1626.—Se imprime el *Buscón* en Zaragoza.
- 1627.—Primera edición de los *Sueños*.
- 1632.—Es nombrado secretario del Rey. Escribe el *Marco Bruto*.
- 1634.—Se casa con doña Esperanza de Aragón, señora de Cetina.
- 1636.—Sus desavenencias conyugales hacen que se separe de su mujer
- 1639.—Pierde el favor del conde-duque. Se le prende y es llevado sigilosamente a la cárcel de San Marcos de León.
- 1643.—Cae Olivares. Quevedo es puesto en libertad.
- 1644.—Enfermo y cansado, se retira a la Torre de Juan Abad.
- 1645.—Muere en Villanueva de los Infantes.





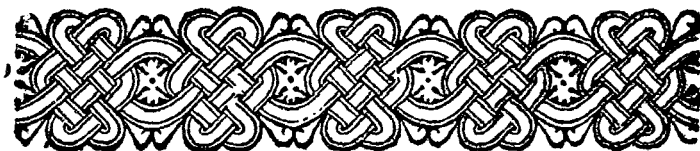
## PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS DE LA EPOCA DE QUEVEDO

**POLÍTICA.** — Guerra entre España y Francia (1585-1598). — Huida de Antonio Pérez, secretario de Felipe II, a Zaragoza y a Francia. — En el *Buscón* se alude a ese inquieto personaje (1590). — Muerte de Felipe II y subida al trono de su hijo Felipe III (1598). — Expulsión de los moriscos (1609). — Asesinato de Enrique IV de Francia por Ravaillac (1610). — Después de haber derrotado en Asti al duque de Saboya, se firma la paz entre éste y España. — Conjuración de Venecia (1618). — Un ejército español, mandado por el marqués de Spínola, ayuda al Emperador de Alemania, Fernando II y al partido católico y se apodera del Palatinado (1618-1621). — Guerra de los Países Bajos y muerte de Felipe III. Sube al trono Felipe IV. — Canonización de Santa Teresa (1622). — Rendición de Breda (1624). — Comienza Richelieu a regir la política francesa (1626) y a desarrollar ampliamente su acción contra la Casa de Austria. — Muere Isabel-Clara, gobernadora de Flandes, y es nombrado para el mismo cargo el cardenal-infante don Fernando (1633). — Victoria del cardenal-infante en Nordlingen contra el ejército sueco (1634). — Los franceses levantan el cerco de Fuenterrabía (1633). — Sublevación y guerra de Cataluña. Con este motivo escribió más tarde Quevedo un opúsculo titulado *Desengaño a los catalanes*. Guerra de Portugal, que había de terminar con su separación definitiva de España (1640). — Muere Luis XIII de Francia, Caída del Conde-duque de Olivares (1643).

**CIENCIAS Y ARTES.** — Nace Descartes (1596). — Nace Velázquez (1599). — Nacimiento del pintor y arquitecto Alonso Cano (1601). — Kepler publica sus observaciones sobre el planeta Mar-

te (1609). — Galileo publica su *Sidereus mundi* (1610). Muere el Greco (1614). — Muere el P. Francisco Suárez (1617). Nace en Sevilla el pintor Murillo (1618). Kepler publica sus *Harmonices mundi* (1619). — Bacon imprime el *Novum organum* (1620). — Nace Francisco de Herrera, el Mozo, el cual había de proyectar la iglesia del Pilar de Zaragoza, inaugurando la serie de las catedrales barrocas (1622). — Nace el pintor Claudio Coello (1623). Muere el pintor Rubens (1640). Muere Hugo Grocio, célebre por sus estudios de Derecho internacional, para los cuales se apoyó en Francisco de Vitoria y otros precursores españoles (1645).

LITERATURA. — Muere Fray Luis de León (1591). — Publicación de la primera parte de la *Vida de Guzmán de Alfarache*, por Mateo Alemán (1599). — Nace Calderón de la Barca (1600). Nace Baltasar Gracián (1601). — Se imprime en Lisboa la segunda parte de *Guzmán de Alfarache* (1604). — Publicación de la primera parte del *Quijote* y edición príncipe de la *Picara Justina* (1605). — Nace Corneille (1606). — En el mismo año se imprime en Valladolid la célebre colección *Flores de poetas ilustres*, de Pedro de Espinosa, que contiene poesías de Quevedo. — Nace Francisco de Rojas Zorrilla (1607). — Publicación de las obras de Luis Carrillo y Sotomayor (1610). — Se imprimen en Madrid las *Novelas ejemplares*, de Cervantes (1613). — Publicación de la segunda parte del *Quijote* (1615). — Muerte de Cervantes y de Shakespeare (1616). — Nace Moreto. Se publica la *Vida de Marcos de Obregón*, por Vicente Espinel (1618). — Luna imprime en París su continuación del *Lazarillo* (1620). — Muerte del P. Mariana (1624). — Muerte de Góngora (1626). — Publicación de las obras completas de Góngora (1627). — Publícanse las poesías de Fray Luis de León y de Francisco de la Torre con prólogos de Quevedo (1631). Muere Lope de Vega (1635). — Se publica *El Héroe* de Gracián (1637). — Se publican los sermones de Paravicino (1638). Muere Juan Ruiz de Alarcón (1639). — Publica Gracián *El político Fernando* (1640). — Primera edición del *Diablo Cojuelo* de Vélez de Guevara (1641). — Se publican las *Obras póstumas divinas y humanas*, de Paravicino (1641). — Primera impresión del *Arte de Ingenio*, de Gracián (1642). — Comienza la edición póstuma de las poesías de Quevedo (1648).



## PROLOGO

Tienen los *Sueños*, dentro de la multiforme producción literaria de Quevedo, una acusada unidad estética por el estilo, la intención satírica y el artificio de visiones escatológicas con que están concebidos. Al mismo tiempo presentan relaciones, a las veces muy estrechas, de pensamiento y de lenguaje con el *Buscón* y con las obras que, por seguir las clasificaciones didácticas, llamaremos festivas, políticas, filosóficas y ascéticas, si bien las diferencias de tono según el carácter de cada una de ellas, sean de no pequeña entidad. Se sale de mi propósito precisar estas relaciones, bien patentes a cualquier mediano conocedor de la obra del señor de la Torre. Con todo, he de decir que un ideario de Quevedo podría hacerse, partiendo de los *Sueños* —incluidos en éstos *La hora de todos* y el *Discurso de todos los diablos*— y siguiendo en los restantes tratados el desarrollo más amplio de cada una de las ideas.

Quevedo empezó a escribir los *Sueños* por el año 1606 en que termina el sueño del *Juicio Final*; compone a continuación el del *Alguacil alguacilado* (1607) y el del *Infierno* (1608); cuatro años más tarde *El Mundo por de dentro* (1612), y por fin *El sueño de la Muerte* (1621-22), con que acaba la serie, según dice el autor: “He querido que la muerte acabe mis Discursos como las demás cosas... no me queda ya qué soñar.”<sup>1</sup>

---

1 Sabido es que *La hora de todos* y el *Discurso de todos los diablos* tienen grandes analogías, particularmente el segundo, con los cinco *sueños*. Si los doy de lado es por las limitaciones que de antemano se imponen a esta edición. En cuanto a la *Casa de locos de amor*, es casi seguro que no sea de Quevedo. V. Hurtado y Palencia, *Literatura I*, 566.

Por el 1610 intentó nuestro satírico imprimir el del *Juicio Final*; pero la severísima censura del P. Antolín Montojo lo impidió. Más favorable fue el informe de Fray Antonio de Santo Domingo, dos años más tarde, y tampoco vio la luz, ignoramos por qué. A pesar de todo, tanto éste como los otros *Discursos* fueron conocidos y aun muy divulgados por copias manuscritas que su autor hizo correr en gran número. En 1627 aparecen varias ediciones de los *Sueños* con escasa diferencia de tiempo en Barcelona, Zaragoza, Valencia y otras ciudades fuera de Castilla, donde la Inquisición es más tolerante, o los enemigos de Quevedo menos activos. Precisamente en el *Índice* expurgatorio redactado por orden del cardenal Zapata, con la intervención del P. Juan de Pineda, enemigo de don Francisco, figuran varias obras de éste, entre otras los *Sueños*, “hasta que por su verdadero autor reconocidas y corregidas, se vuelvan a imprimir”. Ya Quevedo estaba sobre aviso y se anticipó a solicitar del Santo Oficio la recogida de sus obras y preparaba desde 1629 una edición con la ayuda de su gran amigo don Alonso Messía de Leiva, suprimiendo “la mezcla de lugares de la Sagrada Escritura y alguna licencia que no era apacible”. El propio autor disculpó con “los hervores de la niñez” las demasías expurgadas y se cambiaron hasta los títulos, “más escandalosos que propios” de algunos de los *Sueños*. Así aparecen en 1631 con el título general de “*Juguetes de la niñez y travesuras del ingenio*”. El sueño del *Juicio Final* es ahora el de *Las Calaveras*; el *Alguacil*, *alguacilado*; el sueño del *Infierno* se llama *Las Zahurdas de Plutón*; y el de la *Muerte*, *Visita de los chistes*.

Para la composición de los *Sueños* ha elegido Quevedo una forma literaria de dilatado e insigne abolengo, a la que su peculiar genio dota de singular originalidad: un sueño, una aparición lo arrebatan fuera del mundo hasta las regiones fantásticas de un más allá poblado de seres que desfilan en rápida y caprichosa sucesión con trazos de un cómico exacerbado sañudamente satíricos. Todo se desarrolla como en el mundo de los sueños, ilógicamente, todas las acrobacias de pensamiento y expresión encajan naturalmente en ese estado de ensoñación que puede continuar o interrumpirse a capricho; basta, para terminarlo, con que el autor se despierte.

Se han señalado en la genealogía de este artificio literario los precedentes de los *Diálogos* de Luciano de Samosata, de los *Colloquia* de Erasmo, del *Diálogo de Mercurio y Carón* de Alfonso

de Valdés, de las visiones infernales de la *Eneida* y en la *Comedia dantesca*, del tratado del beato Hipólito y es indudable que los conocía Quevedo y cita expresamente algunos de ellos. También se puede asegurar que hay reminiscencias de la *Danza de la Muerte* y de las derivaciones de este tema medieval en el teatro del siglo XVI, y Pfandl supone que se inspiró y recibió fecundo estímulo de la lectura del *Quijote*, del *Licenciado Vidriera* y del *Coloquio de los perros*, que pudo conocer manuscritos con las demás novelas ejemplares. Pero sin entrar a discutir estos precedentes y su alcance (y aún se les podría añadir el nombre de Mena que conoce y admira<sup>2</sup> y las lecturas de la Biblia y de algún himno litúrgico, como el *Dies irae*), hay que reconocer que se trata de recuerdos fundidos y transformados por Quevedo en lo que hace a la máquina figurativa, la cual, por otra parte, apenas si es otra cosa que un leve, inconexo cañamazo, de tal manera que lo genérico del cuadro es insignificante en relación con el específico del temple, del estilo, donde reside, en definitiva, la verdadera originalidad. Aún hay que apuntar otra influencia, no literaria precisamente, pero acaso de más efectividad que ninguna otra. Me refiero a los cuadros de Jerónimo van Aken, Jerónimo Bosco, como se le llamaba aquí, pintor flamenco (1459-1516) que tuvo una extraordinaria fortuna entre nosotros. Quevedo lo menciona en varias ocasiones en el *Alguacil*, en el *Buscón*, al menos, en la edición de Zaragoza de 1626, y en una composición satírica contra Góngora, a quien llama "Bosco de los poetas". De este pintor dice el P. Sigüenza en su elegantísima *Historia de la Orden de San Jerónimo* que "hizo una pintura de burla... como macarrónica... Los demás pintan al hombre cual parece por de fuera; éste sólo se atrevió a pintarlo cual es de dentro". Palabras que pudieran aplicarse libremente a los personajes caricaturescos de los *Sueños*<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Véase *España defendida*, compuesta por 1609, ed. y estudio de Selden Rose, Bol. A. H.<sup>a</sup>, 1916.

<sup>3</sup> No se les escapó esta semejanza a los autores del *Tribunal de la justa venganza*: «Don Francisco de Quevedo parecía ser aprendiz o segunda parte del atefista y pintor Jerónimo Bosque, porque todo lo que éste ejecutó con el pincel... había copiado con la pluma el dicho Don Francisco». (3.<sup>a</sup> audiencia, cargo nono). Sin pretenderlo ni sospechar su alcance, juzgaron atinadamente de las relaciones entre uno y otro.

Véase sobre el Bosco un artículo de Louis Parrot, traducido por J. A. Maravall en *Cruz y Raya*, número 16, julio 1934.

GUIÓN DE LOS SUEÑOS. — “Habiendo cerrado los ojos con el libro del beato Hipólito *De la Fin del mundo y segunda venida de Cristo*... fue causa de soñar que veía el Juicio Final”, empieza el del mismo nombre. Al sonido de una trompeta “comenzó a moverse toda la tierra y a dar licencia a los gigantes que anduviesen unos en busca de otros”, y una humanidad que trata de borrar en vano las huellas de sus culpas es llevada al Tribunal que ocupa el Juez Eterno visto con sublime sencillez: “Dios estaba vestido de sí mismo”. La naturaleza atónita, humanizada, asiste al tremendo acto: “El sol y las estrellas colgados de su boca, el viento tullido y mudo, el agua recostada en sus orillas, suspensa la tierra, temerosa en sus hijos”. Pero pronto abandona este tono apocalíptico para hacer pasar como en una danza macabra a los reos que ensayan vanos ademanes de justificación: médicos, esgrimidores, despenseros, avarientos herejes, boticarios, genoveses, son arrastrados por los demonios, sus acusadores y verdugos. Las carcajadas que le provocan los condenados en el Averno, castigados en lo que más pecado habían, lo despiertan y termina el *Sueño*.

En el *Alguacil* se encuentra, al entrar en una iglesia con el licenciado Calabrés, “hipócrita, embeleco vivo, mentira con alma y fábula con voz” que está exorcizando a un alguacil poseso del demonio que protesta y se queja del mal alojamiento: Quevedo le interroga, admirado de sus sutilezas, y el diablo va descubriendo, voluble y locuaz, los defectos y engaños de poetas, jueces, enamorados, y después de haber discurrido sobre las flaquezas humanas, cuenta el hermoso apólogo de la Verdad y la Justicia que vinieron a la tierra “a buscar con quien estar”: la una no halló comodidad por desnuda, ni la otra por rigurosa. Aquí, como en otros Sueños, las verdades más amargas son dichas por boca del demonio. Termina el deshilvanado charlar, apremiado de los exorcismos.

Algo más disciplinado es el *Sueño del Infierno*, especialmente en sus comienzos, concebido alegóricamente y desarrollado con una gradación perfecta. El autor se encuentra en un paisaje nót-pico, en “un lugar favorecido de naturaleza por el sosiego amable” y ni aun en él halló paz su “peregrino deseo”. Buscando compañía por huir de sí mismo, ve dos caminos, los dos caminos simbólicos del bien y del mal, de la salvación y de la condenación, tantas veces glosados en la literatura y en el arte cristianos

sobre el texto evangélico originario<sup>4</sup>. Cansado de las incomodidades del camino de la derecha, “Di un paso atrás y salíme del camino del bien; que jamás quise retirarme de la virtud, que tuviese mucho que desandar... Volvíme a mano izquierda... y topé con lo que había menester; porque aquí todo eran bailes, fiestas, juegos y saraos”. Entretenido con la abigarrada compañía, se precipita el desenlace: súbita, inesperadamente, se encuentra en el infierno con cuanto había conocido en el mundo “o poco menos”. Hay en esta parte un ritmo, gradualmente acelerado desde el sosiego amable inicial, pasando por las indecisiones del camino, que culmina en el atropellado volcarse sobre el infierno. Luego se rompe el hilo en multitud de cuadros sin orden al recorrer los lugares en que son atormentados por diablos grotescos que sermonean a sus víctimas para añadirles el dolor de escuchar verdades que ya no les pueden aprovechar. Y aún hay quien, como el hidalguillo de la ejecutoria, no se apea de su necesidad. La última parte del *Sueño* es francamente desmayada con las listas de astrólogos, alquimistas y herejes. Concluye visitando el camarín de Lucifer, curioso aposento alhajado con réprobos.

El *Mundo por de dentro* es el más amargo de todos los *Sueños* y también el más perfilado. Perdido el autor por el laberinto del mundo, ya por la calle de la ira, ya por la de la gula, tropieza con el Desengaño en figura de viejo roto y severo, pero venerable. “Yo te enseñaré, le dice, el mundo como es, que tú no lo alcanzas a ver sino lo que parece”. Por él se sabe que la calle Mayor del mundo es la Hipocresía y que todos tienen habitación en ella. El llanto de una viuda, el duelo de un entierro, la hermosura de una mujer, la grandeza de un señor, todo es apariencia engañosa. Para extremar más el contraste, Quvedo interpreta con irónica ingenuidad la comedia del mundo como debiera ser y el viejo le va mostrando la triste realidad que encubren las apariencias. El mismo juego ocurre con los personajes vistos “por debajo de la cuerda” que tienden dos figurones en la calle Mayor.

El de la *Muerte* tiene todo el aire de una revista en el sentido moderno de la palabra, dice Bouvier. Desde luego no deja de tener andadura dramática el desfile de personajes proverbiales

<sup>4</sup> Math. VII, 18, 14: «Intrate per angustam portam, quia lata porta et spaciota via est quae ducit ad perditionem et multi sunt qui intrant per eam. Quam angusta porta et arcta via est quae ducit ad vitam et pauci sunt qui inveniunt eam!»

que se animan y suceden interrumpiéndose después de haber dicho su razón ante la Muerte y el autor. Años más tarde el mismo Quevedo compuso con algunas de estas figuras el “*Entremés de los refranes del viejo celoso*”<sup>5</sup>.

Leyendo a Job y Lucrecio, se queda dormido el autor y “luego que desembarazada el alma se vio ociosa sin la traba de los sentidos exteriores, me embistió desta manera la comedia siguiente; y así la recitaron a oscuras, siendo yo para mis fantasías auditorio y teatro”. Los primeros cuadros, cortejo de la Muerte, aparición de la misma en aparatosa alegoría y la descripción del Tribunal, adornado con un arte decorativo abstracto, están trazados con un humor sombrío y desenfadado. Una vez instalada la Muerte en su trono, empieza el desfile de personajes agudamente caracterizados, Juan del Encina, Pero Grullo, la dueña Quintañona, don Diego de Noche, Villena y muchos más llenan la escena constantemente. Con el sueño termina la revista.

LA SATIRA. — Hay en la compleja personalidad de Quevedo algunos aspectos que conviene recordar aquí para comprender mejor el sentido de los Sueños. Como se sabe tuvo nuestro satírico una rigurosa formación universitaria —Humanidades, Artes y Teología— y fue podría decirse, un intelectual que al mismo tiempo sintió y vivió los problemas de su tiempo activamente. El saber y la cultura los va a utilizar al servicio de un ideal humano, cristiano y español, exaltando modelos y desenmascarando abusos y vicios. ¡Y qué radicalmente hispanista es tal manera de entender la ciencia! En su tratado *España defendida y los tiempos de ahora* (1609) escrito en contestación a los ataques de Scaligero, Mureto y otros humanistas extranjeros, contrapone a la puntillosa erudición, pegada a la letra, que éstos practican, los estudios que entre nosotros atienden más al espíritu y a su aplicación humana. No deja de ser expresivo este retruécano en el *Sueño de la Muerte*, y más de una vez repetido: “Los letrados tienen un cementerio por librería, y por ostentación andan diciendo: Tengo tantos cuerpos. Y es cosa brava que las librerías de los letrados todas son cuerpos sin almas”. Pero más terminantes son las palabras del *Desengaño en El Mundo por de dentro*: “No es filósofo el que sabe las cosas, sino el que las hace... ¿Qué importa que sepas dos chistes y dos lugares, si no tienes prudencia para acomodarlos?” No el saber por el saber, ni el saber aplicado a una

5 V. Astrana Marín, O. C. Verso, pág. 573



técnica, sino el saber de salvación. Por eso no atrae a Quevedo la filosofía especulativa, sino la que se ejercita en problemas de conducta; por eso es admirador de Séneca y los estoicos, como Lipsio. Ahora bien, un espíritu como el de Quevedo, poseído de un ideal ético, forzosamente ha de desembocar en la sátira al contemplar una sociedad en la que predominan la corrupción y la necesidad. Esto sin contar con lo que hay de temperamental en la posición satírica de Quevedo. A lo largo de su agitada vida no abandona un momento esta actitud frente al medio en que se mueve. Se ha dicho de él que es el primer periodista —periodista sin periódico— y que una parte de sus obras son como una serie de artículos periodísticos, escritos desde la oposición. Nada más cierto, y bien pudo haberlos coleccionado bajo el título de “*Contra esto y aquéllo*”.

La sátira en los *Sueños* refleja temas y motivos leídos en los grandes satíricos latinos<sup>6</sup>, padres avaros, caballeros pobres, mujeres, lindos, médicos y otros muchos tipos y situaciones; pero sin negar el evidente recuerdo, la coincidencia no pasa de ser muy externa y en ningún caso es repetición de un lugar común, o de un clisé libresco. Quevedo opera sobre casos concretos de su tiempo. Nadie como él percibe con dolorosa acuidad los fermentos que van desintegrando nuestra grandeza. Siente a España con inteligente pasión: “Al español más le constituye en serlo la lealtad que la patria, de tal manera, que deja de ser español en dejando de serlo”. Su xenofobia no es instintiva, sino fundada en el conocimiento directo de las realidades de nuestra política exterior: sabe muy bien cómo actúan franceses, ingleses, holandeses, genoveses y venecianos y no se cansa de poner al descubierto sus maquinaciones contra la integridad de los dominios españoles.

Ante el espectáculo de un presente desconsolador, fácilmente torna sus miradas hacia el pasado, un pasado ejemplar, que puede ser el de Pelayo, el de los Reyes Católicos, del Emperador, o cualquier otro y su recuerdo aparece evocado nostálgicamente en las páginas de Quevedo, hasta convertirse en algo que aflora espontáneamente a cada paso. “En los tiempos pasados, que la justicia estaba más sana...”; “honrados eran los españoles...”; “En mi tiempo”, dice Villena; los remendones son “gente que sólo tiene de bueno el ser enemiga de nove-

6 V. Sánchez Alonso, *Los satíricos latinos y la sátira de Quevedo*, RFE, XI, 1924, págs. 33-62 y 113-153.

dades”, se lee en los *Sueños*. Con el transcurso del tiempo se le fue acentuando este tradicionalismo que es más un sentimiento porque su razón corrige lo que hay de falaz en la alabanza del tiempo pasado por serlo: “No seas de los vulgares que dicen que todo tiempo pasado fue mejor... pues forzosamente dirá el futuro, en llegando, que es mejor éste, no por bueno, sino por ya pasado”, escribe en la *Epístola XXIX* a imitación de Séneca.

La sátira de Quevedo cobra grandeza si la consideramos desde este punto de vista, aunque muchas veces se emplee en cuestiones personales o sea intrascendentes por la significación del objeto. Cierto que no propone medidas concretas para remediar los males que reprueba; no era un reformador, pero ya es bastante la advertencia cuando lleva además el saludable condimento del ridículo. Sus contemporáneos no entendieron la lección, que iba envuelta en burlas, y es inútil que el autor advierta una y otra vez que escribe “para ser medicina y no entretenimiento”, porque todos sentían con Gracián, en esto vulgar, que las hojas de Quevedo “son como las del tabaco, de más vicio que provecho, más para reír que para aprovechar”.

Es Quevedo un perpetuo desfacedor de engaños y falsedades y somete a revisión los valores más aceptados. La honra consiste en la virtud, no en otra cosa, y no se hereda: “Toda la sangre, hidalguillo, es colorada: señaláos en las costumbres... y si no, vuestra nobleza será mentira breve en cuanto durare la vida”. En cuanto a la valentía “¿hay cosa tan digna de burla? Pues no habiendo ninguna en el mundo sino la caridad... y la de los mártires, todo el mundo es de valientes”. Y si excluye del Infierno a capitanes, maestros de campo y generales de ejército, no es por valientes, sino por virtuosos. Hasta el ideal heroico se desvanece si se contempla “sub specie aeterni”, como se disuelven también el tiempo y la vida, que es muerte viva.

Quevedo contempla la comedia del mundo con ojos escépticos que ven cómo se trasparece la mentira y el engaño en los hombres, en las cosas, en las ideas. La calle Mayor del mundo es la de la Hipocresía, en la que todos tienen morada de asiento o de paso: la belleza femenina, el dolor de una vida la grandeza de un caballero, todo es ficción. De cualquier lectura de Quevedo nos quedan resonando palabras como *embeleco*, *mentira*, *fábula*, y sinónimas, que emplea con una frecuencia y una vibración harto significantes. Repite con Francisco Sánchez “que

nada se sabe” y lee con simpatía a Miguel de Montaña; pero el escepticismo de Quevedo difiere del metódico del portugués y del casi voluptuoso, intelectualista, del autor de los *Essais*; está más cerca de la desilusión, del desencanto. Qué desoladoras palabras las de una carta escrita en los últimos meses de su vida: “Hay cosas que pareciendo que existen y tienen ser, son sólo figura y vocablo”. Esta duda, esta falta de confianza llevarían a la desesperación si no existiera una creencia en algo más sólido: su robusta fe religiosa le salva en última instancia. Hoy vemos en los recelos de la Inquisición a cuenta de sus escritos, o apasionamiento de enemigos personales o suspicacias justificadas por los tiempos, y nos parece impropio el “vel credit vel non credit Quevedus...” de Caramuci a propósito de las grotescas visiones infernales. Menos explicable es que un crítico moderno haya dicho “que no creía en el infierno y por eso lo ridiculizó”.

Por cierto que en el pensamiento, o mejor en el sentimiento religioso de Quevedo apunta un matiz interesantísimo que, aparece en Unamuno. Para el autor de los *Sueños*, la inmortalidad del alma es una verdad que se prueba por razón y un postulado de la fe católica; pero además es una necesidad vital que, si nos faltara la razón y la fe, se impondría por sí misma. En el *Sueño del Infierno*, dirigiéndose a los herejes que negaron la inmortalidad del alma: “Pues cuando fuera así que fuéramos solo animales como los otros, para morir consolados habríamos de fingirnos eternidad a nosotros mismos.” Idea que repite en *Providencia de Dios* (1641): “Cuando no fuera verdad, habría de creerse (pues) morir todo y para siempre última miseria es y desconsuelo ultimado.”

EL ESTILO. — Si pasamos ahora a la apreciación de las calidades estéticas de los *Sueños*, ha de decirse paladinamente que aquí está su valor supremo y permanente. Son un prodigio de creación verbal, tan rica y cambiante, tan personalísima, que disuade de cualquier intento de reducirla y aprisionarla con las fórmulas de la crítica literaria. Vamos, no obstante, a señalar algunos aspectos estilísticos, aceptando desde ahora su limitación.

Quevedo es un escritor que tiene conciencia del estilo y siente preocupaciones por el lenguaje, tanto artísticas, como científicas. Sus estudios humanísticos le han familiarizado con la precisión y el vigor expresivos (de ahí el certero sentido

etimológico con que emplea muchas palabras que el uso ha ido desvirtuando) y sus traducciones del griego, latín, hebreo, francés, han ejercitado su pluma en los más arduos empeños de expresión. Conoce como nadie el lenguaje popular, pero, siempre alerta, no se deja llevar por la fácil corriente de la frase hecha o del bordoncillo. Desdena lo vulgar (del *Para Todos*, de Montalbán, dice que es “malo por ser para todos”), lo que es del dominio común. Sería interminable la cita de los juegos de palabras que obtiene de los modismos y refranes, repensados y recreados agudamente, lo mismo que de las “perogrulladas”. Si en la *Visita* desmonta proverbios y dichos decideros, en la *Premática para el año de 1600* ya los había ridiculizado y vuelve en el *Cuento de Cuentos*, en cuya dedicatoria advierte que “por no andar rascando mi lenguaje todo el día, he querido espurgarle de una vez”.

Es de notar cómo nos encontramos con una estimación de lo popular, de signo totalmente contrario a la del siglo XVI en que se han recogido los refranes por humanistas, y han merecido el dictado de *Filosofía vulgar*. El barroco desprecia lo espontáneo y persigue lo artificioso: Quevedo esmalta de refranes su prosa, no sencillamente, sino para retorcidos juegos de palabra.

Su concepción pesimista del mundo le hace ver las cosas desrealizadas, en un sentido peyorativo. Copio, por elocuente, un pasaje de la *Aguja de navegar cultos*: “En la platería de los cultos... hay labios de coral y rubís para jetas y hocicos... y manos de marfil para garras.” Esta breve cita puede servir de clave para las dos maneras de desrealizar barrocas.

Un fenómeno que puede observarse en el lenguaje conceptista, acaso el más típico, es la utilización de las palabras con todas sus responsabilidades de significación, mención y evocación en virtud de asociaciones sugeridas por el contenido ideológico e imaginativo o por el sonido, simplemente. La atención se para morosa en las expresiones en lugar de dispararse a través de ellas hacia lo significado, y la línea del pensamiento se quiebra y refracta, interrumpida y desviada en todas direcciones, apurando hasta el límite los juegos verbales. Ya Gracián notó en la *Agudeza* que nuestro don Francisco fue “el primero en los muchos equívocos continuados”. Caso extremo de esta demorada atención en el lenguaje puede ser esta imagen evocada por una frase: a propósito del dicho “eso no, Miguel de Vergas”, protesta este personaje proverbial: “Siempre ando con *un no* a las ancas”.

A las veces, el ingenio que rebusca en equívocos, paronomasias y retruécanos lejanas relaciones en las palabras, degenera en la fría ingeniosidad del chiste verbal, sin que lo forzado de la agudeza compense lo banal y somero del concepto. Gaje del que no se redimió ni el talento de Quevedo. Véase por ejemplo el insulso juego de palabras con que Villena comenta la muerte de Felipe III y sucesión de su hijo: “Ya ha dado el tercero cuarto para la hora que yo esperaba”.

Si nos fijamos en la sintaxis quevedesca, veremos, entre otros rasgos peculiares, que el período no tiene un movimiento amplio y cadencioso, sino que se fragmenta en menudos toques de tipo impresionista, como en este retrato del Licenciado Calabrés: “Muy angosto, muy a teja vana, las carnes de venado, en un cendal, con unas mangas por greguescos y una esclavina por capa y un soportal por sombrero, amarrado a una espada...” O ensaya la perfilada concisión sentenciosa o se reparte equilibradamente en los miembros simétricos de una antítesis. En suma, no se busca el halago del oído, sino el sorprender y estimular la imaginación y la inteligencia del lector.

La condensación, o mejor la intención, por emplear el término gracianesco, se manifiesta por varios modos en construcciones zeugmáticas como ésta: “En amancebándose, con hacerla pastora o mora...”, donde el verbo de la oración principal lleva implícito el sustantivo —*manceba*— que se expresa en la secundaria por un pronombre— la. Esta voluntad de intención se puede observar en el frecuente empleo de equívocos. Pregunta Quevedo si se puede ir a caballo por el camino de la virtud y le responden: “Déjese de caballerías y caiga de su asno”, donde “*caballerías*” vale equívoca y simultáneamente por “*cabalgaduras*” y “*fantasías*”. Y en el uso de una palabra con doble función gramatical “O lo disimula piadoso o lo enmienda docto”, en que “*piadoso*” y “*docto*”, complementos predicativos, hacen también papel de adverbios de modo. O en este otro caso: “Cudicioso y desalentado las busca... como cuando arrepentido las desprecia”, análogo al anterior en su primera parte y con la particularidad de usar en la segunda “*arrepentido*” con sentido verbal además. No sería difícil encontrar los modelos de estos sintagmas en la prosa latina.

Abundan las construcciones “*ad sensum*”: “Vi toda la casa otomana; los de Roma por su orden”, esto es, “*los emperadores de Roma*”. La expresión procede por apuntes, nerviosa, intui-

tivamente sin dar lugar a desarrollo lógico total, como en este tipo de asíndeton: “¿Sastres vienen? Al infierno vamos”.

Ya se sabe que la aposición nominal es un giro característico del estilo barroco, y Quevedo la emplea frecuentemente —“honras títeres”, “caballero visión”, etc.— fundiendo en una sola representación las imágenes o conceptos más dispares que sacuden al lector por lo violento de la aproximación sintáctica y significativa. Otro tanto cabría decir del abundante uso del sustantivo con valor de adjetivo, o como atributo. Y puesto que hablamos del sustantivo, es de advertir la gran cantidad de postverbiales que se encuentran en el lenguaje de Quevedo, dándole un gran dinamismo, efecto, al que también contribuyen los verbos neutros e intransitivos utilizados con sentido activo.

La ausencia del artículo realza eficazmente la situación de un sustantivo en el plano de lo conceptual, como en este ejemplo: “Nacen nuestros ofrecimientos de necesidad y no de devoción”, si no es un mero latinismo, como acontece en otros casos.

La creación de palabras es fuente abundante de felices caricaturas y Quevedo opera con aquéllas sin aparente dificultad, como con una materia dúctil y maleable. Inventa toda suerte de chistosos neologismos, por yuxtaposición —“haciahidalgos”, “casidones”—, por regresión —“parates”, de “disparates”—, o bien improvisa verbos —“esta dueña no sabe lo que se *dueña*”, “este diablo no sabe lo que se *diabla*”—, o transforma sustantivos, calcados sobre otros —“fradiabla”, sobre “fraterna”—, o aplicándoles diversas desinencias —“diabladad”, “diablencia”—. Y estos ejemplos son pobres si se les compara con los de las poesías contra Góngora.

Las imágenes y metáforas convierten un objeto, perceptible por los sentidos, en un concepto. Los joyeros venden *enredos* de colores y *embustes* resplandecientes”; “Un hombre entre calavera y mala *nueva*”; o se sirve de una imagen sensible que entraña una representación conceptual. Del Licenciado Calabrés, dice que tenía “los brazos en jarra y las manos en garfio”. “*jarra*” y “*garfio*” aluden a una figura y a la afición al vino y a la rapacidad del clérigo. (Un caso más de *intensión*). Recuérdese que “uña”, “garra” y “gato” son metáfora corriente de “ladrón”. Por lo demás, ya se habrá observado cómo domina en todas estas imágenes un tono sombrío, macabro, despectivo, en fin, toda la gama de valoraciones de signo negativo, en consonancia con una especial concepción del mundo.

Un proceso metafórico inverso, naturalmente, es el que sigue para representar abstracciones, la discordia, la envidia o la ingratitude (véase el *Sueño de la Muerte*, p. ej.:. Entonces se materializan por medio de alegorías, como en la pintura y dibujo emblemáticos tan en boga durante el siglo XVII; pero nunca falta el trazo caricatural.

La figura que la retórica tradicional llama "personificación", la encontramos más que para evocar imaginativamente la representación de seres inanimados, para intensificar concisamente una idea. Así: "¿Qué tempestad no llena de promesas los santos? Y ¿qué bonanza tras ella no los torna a desnudar?".

Constituye una manera del estilo quevedesco el aplicar determinaciones y calificativos con sentido traslaticio acoplando términos de distinto orden: "hablas sin güeso", "mula tartamuda de paso", que, acaso, se complican en un cruce; "zambo de ojos y bizco de piernas".

Lo cómico de los *Sueños* consiste más que en las situaciones o en los caracteres, en la expresión, y raya en lo grotesco, que es un cómico desorbitado. Para lograrlo, prodiga la hipérbole ridícula: Un lindo lleva "un cuello que no deja ver la cabeza"; don Diego de Noche va tocado con "un soportal por sombrero y es tan flaco, que si se rasca contra una esquina parece que "va a aserrar con las costillas un paredón a pueros corvocos". Ingenioso modo de exagerar es el de ver las cosas desde un ángulo que invierte las proporciones respectivas, como el hidalgo "amarrado a una espada", que recuerda el "Erase un hombre a una nariz pegado" del soneto. Y con qué ensañamiento ahonda en la miseria, en el hambre, en las suciedades más hediondas: para ellas tiene las agudezas más acrobáticas de su estilo. Ni por un momento se vierten unas gotas de simpatía o de indulgencia, y si se oyen risas, son carcajadas en las que se adivina la mueca agría, sin alegría, de la "herba sardónica".

Pero el lenguaje de Quevedo, se presta maravillosamente al ambiente tenebroso, fantástico de los *Sueños*, y como en los cuadros del Bosco, en los que pululan seres monstruosos, serpientes cuyo tronco es un jarro, mujeres con palas por brazos, plantas-pájaros, rocas animadas, también allí hallamos un transformismo análogo de la materia, verdaderos "collages" surrealistas de más preñada significación. Valga por otros, este retrato de fray Jarro: "Con una vendimia por ojos, escupiendo racimos y oliendo a lagares, hechas las manos dos piezgos, y la nariz es-

pita, la habla remostada, con un tornillo de jarro". Falta en Quevedo el amor a la vida y la sensual visión del paisaje que puede verse en tal cuadro del pintor flamenco o el acento cósmico de algunas de sus creaciones. Sin embargo, en uno y otro vibra una alegría, el goce de crear.

Hoy hemos de reconocer que no fue equivocado el juicio de Baltasar Gracián cuando puso en la misma línea de excelencia la prosa de Quevedo con la pintura del Tiziano, la escultura del Buonarota y la poesía de Góngora.

#### NUESTRA EDICIÓN

Seguimos el texto procedente de la edición de 1631. *Juguetes de la niñez y travesuras del ingenio*, si bien en ocasiones se ha preferido la lección de A. Marín que, sin llenar las condiciones de una verdadera edición crítica, es por hoy la más autorizada.

También se han suprimido algunas expresiones o pasajes no recomendables para jóvenes escolares, a quienes preferentemente se destina esta edición.





# OBRAS

DE

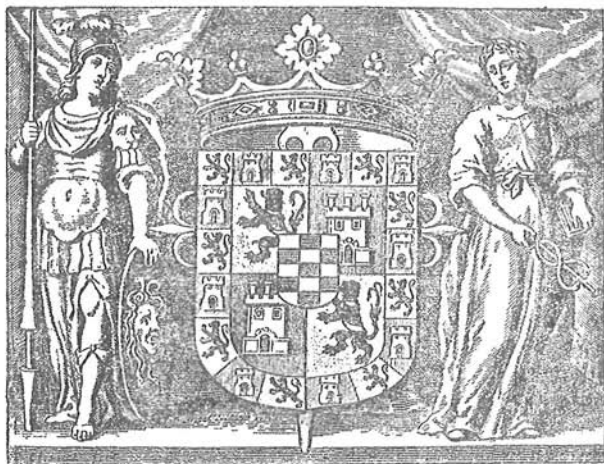
## DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Villegas, Cavallero de la Orden de Santiago, Señor de la  
Villa de la Torre de Juan-Abad.

DEDICADAS

AL EXCELENTÍMO SEÑOR DON LUIS DE BENAVIDES,  
CARILLO, Y TOLEDO, &c. MARQUES DE CARACENA, &c.  
GOVERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE LOS  
PAYSES BAXOS, &c.

SEGUNDA PARTE.



EN BRUSSELAS,  
De la Empresa de FRANCISCO FOPPENS, Impresor y Mercader de Libros.

M D C LXI



## BIBLIOGRAFIA

*Obras de Don Francisco de Quevedo y Villegas.* Colección completa, corregida, ordenada e ilustrada por Don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, tomos XXIII y XLVIII de la *Biblioteca de Autores Españoles*. (Los Sueños en el t. XXIII.)

*Obras completas de Don Francisco de Quevedo y Villegas,* edición de A. Fernández-Guerra y Orbe, notas y adiciones de M. Menéndez y Pelayo. *Sociedad de Bibliógrafos andaluces*. Sevilla, tres vols. I, 1897; II, 1903; III, 1907. (El primero comprende el aparato bio-bibliográfico; los dos siguientes, las poesías de Quevedo).

René Bouvier, *L'Espagne de Quevedo. Voyages au Monde Caduc avec le Chevalier des Tenailles*. Paris, E. Droz, 1936.

*Quevedos Wunderliche Träume, Umdichtung von Kurt Moresy* Munich, 1920. Esta edición lleva ilustraciones de Leonard Bramer, discípulo de Rembrandt, hechas expresamente para los Sueños.

*Obras completas de Don Francisco de Quevedo y Villegas,* por Luis Astrana Marín. Madrid, M. Aguilar, 1932, dos volúmenes: *Obras en Verso, Obras Prosa*. (Hay 2.<sup>a</sup> edición 1942). (Textos de los Sueños con arreglo a las primeras ediciones y manuscritos coetáneos.)

Sueños, ed. J. Cejador en *Clásicos Castellanos*, vols. 31 y 34, 1916-1917.

Ernest Merimée, *Essai sur la vie et les oeuvres de D. Francisco de Quevedo*, Paris, 1886.

René Bouvier, *Quevedo. "homme du diable, homme du Dieu"*. Paris, H. Champion, 2 t. El primero, estudio; el segundo, traducción por Jean Camp de *El mundo por de dentro, La hora de todos* (extracto) y algunos poemas. (Véase la reseña de esta obra por E. Buceta en RFE, XVII, 1936, 293-5).

*Estilística. Un estudio sobre Quevedo.* Raimundo Lida, en *Sur*, número 3. Buenos Aires, 1931.

Leo Spitzer, *Die Kunst Quevedos in seinen "Buscón"*. *Archivum Romanicum*, 1927, t. II.

*Don Francisco de Quevedo Villegas. Páginas escogidas.* Selección, prólogo y comentarios de Alfonso Reyes. Madrid, 1927, Calleja.

Para una información bibliográfica más completa sobre Quevedo y sus obras, véase "*Historia de la literatura española*", de J. Hurtado y A. González Palencia, 4.<sup>a</sup> ed., t. II, página 1.066; *Historia de la Literatura Nacional española del Siglo de Oro*, de Pfandl, págs. 649-651; y Astrana Marín, *Obras completas*, Verso, páginas 1.294 a 1.456.







## LOS SUEÑOS

DE

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

### DEDICATORIA<sup>1</sup>

A NINGUNA PERSONA DE TODAS CUANTAS DIOS CRIO  
EN EL MUNDO

Habiendo considerado que todos dedican sus libros con dos fines que pocas veces se apartan: el uno, de que la tal persona ayude para la impresión con su bendita limosna; el otro, de que ampare la obra de los murmuradores; y considerando (por haber sido yo murmurador muchos años) que esto no sirve sin tener dos de quien murmurar: del necio, que se persuade que hay autoridad de que los maldicientes hagan caso; y del presumido, que paga con su dinero esta lisonja; me he determinado a escribille a trochimoche<sup>2</sup>, y a dedicarle a tontas y a locas, y suceda lo que sucediere. Quien lo compra y murmura, primero hace burla de sí, que gastó mal el dinero, que del autor que se le hizo gastar mal. Y digan y hagan lo que quisieren

---

1. *Dedicatoria*.—Tanto esta Dedicatoria como «*A los que han leído y leyeren*» y la «*Advertencia*» y «*Reconocimiento*», proceden de la edición preparada por Quevedo en 1629, que no salió hasta 1631, en Madrid, con el título «*Juguete de la niñez y travesuras del ingenio*». En la B. N. de Madrid se conservan dos ejemplares mutilados, que se completan mutuamente. V. la descripción en Astrana Marín, Verso, pág. 1.380, y Prosa, pág. 152, n. 1.

2 a *trochimoche*.—Sin orden ni concierto. Correas.

los Mecenas<sup>3</sup>, que como nunca los he visto andar a cachetes con los murmuradores sobre sí dijo o no dijo y los veo muy pacíficos de amparo, desmentidos de todas las calumnias que hacen a sus encomendados, sin acordarse del libro del duelo, más he querido atreverme que engañarme. Hagan todos los que quisieren de mi libro, pues yo he dicho lo que he querido de todos. Adiós, Mecenas, que me despido de dedicatoria.

Yo.

### A LOS QUE HAN LEIDO Y LEYEREN

Yo escribí con ingenio facinoroso<sup>4</sup> en los hervores de la niñez, más ha de veinticuatro años, los que llamaron sueños míos, y, precipitado, les puse nombres más escandalosos que propios<sup>5</sup>. Admitase por disculpa que la sazón de mi vida era por entonces más propia del ímpetu que de la consideración. Tuve facilidad en dar traslados<sup>6</sup> a los amigos; mas no me faltó cordura para conocer que en la forma que estaban no eran sufribles a la imprenta; y, así, los dejé con desprecio. Cuando por la ganancia que se prometieron de lo sabroso de aquellas agudezas, sin enmienda ni mejora, algunos mercaderes extranjeros<sup>7</sup> las pusieron en la publicación de la imprenta, sacándome en las canas lo que atropellé antes del primer bozo, y no sólo publicaron aquellos escritos sin lima ni censura, de que necesitaban, antes añadieron a mi nombre tratados ajenos, añadiendo en unos y dejando en otros muchas cosas considerables; yo, que me vi padecer no sólo mis descuidos, sino las malicias ajenas, doctrinado del escándalo que se recibía de ver mezcladas

3 *Mecenas*.—Cayo Cilnio Mecenas, familiar del emperador Octavio Augusto, protegió generosamente a los escritores de su tiempo. Su patrocinio fue decisivo para la obra de Virgilio y de Horacio. Aquél le dedicó las *Geórgicas*, éste las *Odas* (I). Así Mecenas designa por antonomasia a todo protector de los hombres de letras.

4 *Facineroso*.—Forma corriente en la época (v. más abajo). Después, por disimilación, 'facineroso'.

5 *nombres más escandalosos que propios*.—Recuérdese cómo fueron cambiados los títulos de los *Sueños* para la ed. en 1681.

6 *dar traslados*.—Dar copias. Los *Sueños* circularon en copias ms. y sobre éstas se hicieron ediciones sin la intervención del autor.

7 *extranjeros*.—Es decir, fuera de Castilla. Alude a las imprentas de Pamplona, Barcelona, Zaragoza, Valencia, Lisboa.

veras y burlas, he desagraciado mi opinión, y sacando estas manchas a mis escritos, para darlos bien corregidos no con menos gracia, sino con gracia más decente, pues quitar lo que ofende, no es disminuir, sino desembarazar lo que agrada. Y porque no padezcan las demasías del hurto que han padecido los demás papeles, saco de nuevo el de la *Culta latiniparla*<sup>8</sup> y el *Cuento de Cuentos*<sup>9</sup>, en que se agotan las imaginaciones que han embarazado mi tiempo. Tanto ha podido el miedo de los impresores que me ha quitado el gusto que yo tenía de divulgar estas cosas, que me dejan ocupado en su disculpa, y con obligación a la penitencia de haberlas escrito. Si vuesa merced, señor lector, que me compró facineroso, no me compra modesto, confesará que solamente le agradan los delitos, y que sólo le son gustosos discursos malhechores.

#### ADVERTENCIA DE LAS CAUSAS DESTA IMPRESION

DON ALONSO MESSIA DE LEYVA<sup>10</sup>

Habiendo visto impresos en Aragón, y en otras partes fuera del reino, con nombre de DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS estos discursos, con tanto descuido y malicia, que entre lo añadido y olvidado, y errores de traslado e imprenta, se desconocían de su autor; y más teniéndolos ya trasladados de su original, determiné, dándole cuenta, de restituirlos, limpiándolos del contagio de tantos descuidos, por-

8 *La culpa latiniparla*.—Sátira contra la pedantería femenina, escrita probablemente en 1626.

9 *Cuento de cuentos*.—Es una chistosa retahila de modismos, frases hechas, bordoncillos e idiotismos más al uso. Está dedicada al gran amigo de don Francisco, Alonso Messía de Leiva y fechada en Monzón, marzo de 1626. Dio motivo a una réplica, *Venganza de la lengua española contra el Cuento de Cuentos*, por don Juan Alonso Laureles. Huesca, 1629. Tanto el nombre como el lugar de impresión parecen fingidos.

10 *Alonso Messía de Leiva*.—Sabemos poco de este escritor y gran amigo de Quevedo que lo llama «su archivo». Messía sirvió de intermediario a nuestro satírico, en los pleitos que se le originaron por la percepción de rentas en la Torre. Como se ve en esta «Advertencia» Messía revisó los *Sueños* para darlos a la imprenta, por encargo del autor.

que se vea cuán de otra suerte en su primera edad juzgaba con la pluma, sin apartarse de la enseñanza. Y es cierto no consintiera hoy esta impresión, a no hallarse obligado por las muchas que destos propios tratados se han hecho en toda Europa, tan adulteradas, que le obligaron a pedir al Tribunal Supremo de la Inquisición las recogiese, imitando en esta modestia (aunque tan diferente) a Eneas Silvio<sup>11</sup>, que después de pontífice mandó recoger algunas obras de este estilo que había divulgado en la mocedad. Salen enteras (como se verá en ellas) con cosas que no habían salido, y en todas se ha excusado la mezcla de lugares de la Sagrada Escritura, y alguna licencia que no era apacible; que aunque hoy se lee uno y otro en el Dante, DON FRANCISCO me ha permitido esta lima; y aseguro en su nombre que procurará agradar a todos, sin ofender a alguno: cosa que en la generalidad con que trata de sólo los malos, forzosamente será bien quisto; sujetándose a la censura de los ministros de la santa Iglesia romana en todo, con intento cristiano y obediencia rendida.

*Estos discursos en la forma que salen corregidos, y en parte aumentados, conozco por míos, sin entremetimiento de obras ajenas que me achacaron; y todo lo pongo debajo de la corrección de la santa Iglesia romana, y de los ministros que tiene señalados para limpiar errores y escándalos de las impresiones. Y desde luego con anticipado rendimiento me retrato<sup>12</sup> de lo que no fuere ajustado a la verdad católica o ofendiese a las buenas costumbres.*

---

11 *Eneas Silvio*.—Humanista de Siena, protegido de Alfonso V en Nápoles, escribió la «*Historia de duobus amantibus Eurialo et Lucretia*» en 1444. Tanto esa obra como otras juveniles fueron motivo de grave remordimiento para su autor cuando fue elevado al sumo pontificado con el nombre de Pío II.

12 *retrato*.—Retracto. Hasta el s. XVIII son frecuentes formas como ésta. Así, 'efecto', 'afeto', etc. Después se restablece el grupo latino por reacción cultista. V. Menéndez Pidal, *Gramática histórica*, 3, 2.





## LAS ZAHURDAS DE PLUTON

### CARTA A UN AMIGO SUYO<sup>13</sup>

Envío a vuesamerced este discurso tercero al *Sueño*<sup>14</sup> y al *Alguacil*, donde puedo decir que he rematado las pocas fuerzas de mi ingenio (no sé si con alguna dicha). Quiera Dios halle algún agradecimiento mi deseo, cuando no merezca alabanza mi trabajo; que con esto tendré algún premio de los que da el vulgo con mano escasa, que no soy tan soberbio que me precie de tener envidiosos, pues de tenerlos, tuviera por gloriosa recompensa el merecerlos tener.

Vuesamerced en Zaragoza comunique este papel, haciéndole la acogida que a todas mis cosas, mientras yo acá esfuerzo la paciencia a maliciosas calumnias, que al parto de mis obras (sea aborto) suelen anticipar mis enemigos.

Dé Dios vuesamerced paz y salud. Del Fresno y Mayo 3 de 1608<sup>15</sup>.

*Don Francisco de Quevedo y Villegas*

### PROLOGO AL INGRATO Y DESCONOCIDO LECTOR

Eres tan perverso, que ni te obligué llamándote pío, benévolo, ni benigno en los más discursos porque no me per-

<sup>13</sup> *Carta a un amigo suyo*.—No está claro quién sea ese amigo. Fernández Guerra aventura la hipótesis de que sea Lupericio Leonardo de Argensola. A. Marín piensa en el hermano, Bartolomé; pero sin afirmarlo.

<sup>14</sup> *Sueño*.—Se refiere al «*Sueño de las calaveras*», o «*Sueño del Juicio Final*», y al «*Alguacil alguacilado*» que preceden a éste en la ed. de 1631.

<sup>15</sup> *Del Fresno*.—En ms. y otras impresiones la data dice: «*Acabé este discurso en el Fresno, a postrero de abril de 1608, en 28 de mi edad*». La Villa del Fresno era del amigo de Quevedo, marqués de ese título y de Barcarrota.

siguieses; y ya desengañado, quiero hablar contigo claramente. Este discurso es del infierno: no me arguyas de maldiciente porque digo mal de los que hay en él, pues no es posible que haya dentro nadie que bueno sea. Si te parece largo, en tu mano está; toma el infierno que te bastare, y calla. Y si algo no te parece bien, o lo disimula piadoso o lo enmienda docto; que errar es de hombres, y ser herrado de bestias o esclavos. Si fuera oscuro, nunca el infierno fue claro; si triste y melancólico, yo no he prometido risa: sólo te pido, lector y aun te conjuro por todos los prólogos, que no tuerzas las razones ni ofendas con malicia mi buen celo, pues lo primero, guardo el decoro a las personas y sólo pretendo los vicios; murmuro los descuidos y demasías de algunos oficiales, sin tocar en la pureza de los oficios; y al fin, si te agradare el discurso, tú te holgarás, y si no, poco importa; que a mí, de ti ni de él se me da nada. *Vale.*

## D I S C U R S O

Yo que en el *Sueño* vi tantas cosas y en el *Alguacil alguacilado* oí parte de las que no había visto como sé que los sueños las más veces son burla de la fantasía y ocio del alma, y que el malo nunca dijo la verdad, por no tener cierta noticia de las cosas que justamente se nos esconden; vi, guiado de mi ingenio, lo que se sigue, por particular providencia, que fue para traerme en el miedo la verdadera paz. Halléme en un lugar favorecido de naturaleza por el sosiego amable, donde sin malicia la hermosura entretenía la vista (muda recreación y sin respuesta humana), platicaban las fuentes entre las guijas y los árboles por las hojas; tal vez cantaba el pájaro, ni sé determinadamente si en competencia suya, o agradeciéndoles su armonía. Ved cuál es de peregrino nuestro deseo, que no hallé paz en nada desto. Tendí los ojos, codicioso de ver algún camino, por buscar compañía, y veo (cosa digna de admiración) dos sendas que nacían de un mismo lugar, y una se iba apartando de la otra, como que huyesen de acompañarse. Era la de mano derecha tan angosta, que no admite encarecimiento, y estaba (de la poca gente que por ella iba) llena de abrojos y as-

perezas y malos pasos. Con todo, vi algunos que trabajaban en pasarla; pero por ir descalzos y desnudos, se iban dejando en el camino unos el pellejo, otras los brazos, otros las cabezas, otros los pies, y todos iban amarillos y flacos. Pero noté que ninguno de los que iban por aquí miraba atrás, sino todos adelante. Decir que puede ir alguno a caballo es cosa de risa. Uno de los que allí estaban, preguntándole si podría yo caminar aquel desierto a caballo, me dijo:

«Déjese de caballerías, y caiga de su asno».

Y miré con todo eso y no vi huella de bestia ninguna. Y es cosa de admirar que no había señal de rueda de coche ni memoria apenas de que hubiese nadie caminado en él por allí jamás. Pregunté, espantado desto, a un mendigo que estaba descansando y tomando aliento, si acaso había ventas en aquel camino o mesones en los paraderos. Respondiome:

«Venta aquí, señor, ni mesón, ¿como queréis que le haya en este camino, si es el de la virtud? En el camino de la vida, dijo, el partir es nacer, el vivir es caminar, la venta es el mundo y en saliendo della es una jornada sola y breve desde él a la pena o a la gloria». Diciendo esto se levantó, y dijo:

«Quedáos con Dios, que en el camino de la virtud es perder tiempo el pararse uno, y peligroso responder a quien pregunta por curiosidad, y no por provecho». Comenzó a andar dando tropezones y zancadillas, y suspirando. Parecía que los ojos con lágrimas osaban ablandar los peñascos a los pies y hacer tratables los abrojos.

«¡Pésia tal!, dije yo entre mí, pues tras ser el camino tan trabajoso, ¿es la gente que en él anda tan seca y poco entretenida? ¡Para mi humor es bueno!»

Di un paso atrás y salíme del camino del bien; que jamás quise retirarme de la virtud que tuviese mucho que descansar ni que descansar. Volvíme a la mano izquierda, y vi un acompañamiento tan reverendo, tanto coche, tanta carroza cargada de competencias al sol en humanas hermosuras, y gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos, mucha gente de capa negra<sup>16</sup> y muchos caballeros. Yo que siempre oí decir: «Dime con quién andas y diréte quién eres», por

---

<sup>16</sup> gente de capa negra. Licenciados y doctores.

ir con buena compañía puse el pie en el umbral del camino, y sin sentirlo me hallé resbalado en medio de él como el que se desliza por el hielo, y topé con lo que había menester; porque aquí todos eran bailes y fiestas, juegos y saraos; y no el otro camino, que por falta de sastres iban en él desnudos y rotos, y aquí nos sobran mercaderes, joyeros y todos oficios; pues ventas, a cada paso; y bodegones, sin número. No podré encarecer qué contento me hallé en ir en compañía de gente tan honrada<sup>17</sup>, aunque el camino estaba algo embarazado, no tanto con las mulas de los médicos, como con las barbas de los letrados<sup>18</sup>, que era terrible la escuadra dellos que iba delante de unos jueces. No digo esto porque fuese menor el batallón de doctores, a quien nueva elocuencia llama ponzoñas graduadas, pues se sabe que en las universidades estudian para tósigos. Animóme para proseguir mi camino el ver no sólo que iban muchos por él, sino la alegría que llevaban, y que del otro se pasaban algunos al nuestro, y del nuestro al otro, por sendas secretas.

Otros caían que no se podían tener, y entre ellos fue de ver el cruel resbalón que una lechigada<sup>19</sup> de taberneros dio en las lágrimas que otros habían derramado en el camino, que por ser agua se les fueron los pies, y dieron en nuestra senda unos sobre otros. Ibamos dando baya a los que veíamos por el camino de la virtud más trabajados. Hacíamos burla dellos, llamábamoles heces del mundo y desecha de la tierra. Algunos se tapaban los oídos y pasaban adelante; otros que se paraban a escucharnos, dellos desvanecidos de las muchas voces, y dellos<sup>20</sup> persuadidos de las razones, y corridos de las bayas, caían y se bajaban. Vi una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos, y desde lejos parecía que iban con ellos mismos; y llegado que hube, vi que iban entre nosotros. Estos me dijeron

17 *gente tan honrada*.—Gente distinguida. Nótese la ironía.

18 *barbas de los letrados*.—Comp. 'Buscón'. «Con tantas barbas que pudieron pretender corregimiento o abogacía». En 'la hora de todos' y otros parajes se burló de la costumbre de dejarse barba los letrados.

19 *lechigada*.—Conjunto de crías de cualquier mamífero, camada. Adviértase la intención fuertemente despectiva.

20 *dellos desvanecidos...*, *dellos persuadidos*.—Genitivo partitivo, apenas usado ya.

SUEÑOS,  
Y DISCURSOS  
DE VERDADES DESCU-  
BRIDAS DE ABUSOS,  
Vicios, y Engaños, en todos los  
Oficios. y Estados del  
Mundo.

*Por Don Francisco de Quevedo Villegas,  
Cavallero del Orden de Santiago,  
y Señor de Iñan Abad.*

Corregidos y emendados en esta impresion, y  
añadida la casa de los Locos de Amor.



CON LICENCIA,

En Valencia, Por Juan Bautista Marçal, junto  
a San Martin. 1628.

*A costa de Claudio Mace mercader de libros, junto  
al Colegio del Patriarca.*

que eran los hipócritas, gente en quien la penitencia, el ayuno, que en otros son mercancía del cielo, es noviciado del infierno. Otros se encomiendan a ellos, que es como encomendarse al diablo por tercera persona. Estos hacen oficio la humildad, y pretenden honra<sup>21</sup> yendo de estrado en estrado<sup>22</sup> y de mesa en mesa. Al fin conocí que iban arrebozados para nosotros; mas para los ojos eternos, que abiertos sobre todos juzgan el secreto más oscuro de los retiramientos del alma, no tienen máscara; bien que hay muchos buenos: mas son diferentes destos, a quien antes se les ve la disimulación que la cara, y alimentan su ambiciosa felicidad de aplauso de los pueblos; y diciendo que son unos indignos y grandísimos pecadores y los más malos de la tierra, llamándose jumentos, engañan con la verdad, pues siendo hipócritas, lo son al fin. Iban éstos solos aparte, y reputados por más necios que los moros, más zafios que los bárbaros y sin ley, pues aquéllos, ya que no conocieron la vida eterna ni la van a gozar, conocieron la presente y holgáronse en ella; pero los hipócritas ni la una ni la otra conocen, pues en ésta se atormentan y en la otra son atormentados; y en conclusión, destos se dice con toda verdad que ganan el infierno con trabajos. Todos íbamos diciendo mal unos de otros; los ricos tras la riqueza, los pobres pidiendo a los ricos lo que Dios les quitó. Van por un camino los discretos, por no dejarse gobernar de otros; y los necios, por no atender a quien los gobierna aguijan a todo andar. Las justicias llevan tras sí los negociantes, la pasión a las mal gobernadas justicias, y los reyes desvanecidos y ambiciosos todas las repúblicas.

Vi algunos soldados, pero pocos; que por la otra senda infinitos iban en hileras ordenadas honradamente triunfando: pero los pocos que nos cupieron acá era gente que si, como habían extendido el nombre de Dios jurando, lo hubieran hecho peleando, fueran famosos. Dos corrilleros<sup>23</sup> solos

<sup>21</sup> *honra*.—En los siglos XVI y XVII se entiende por '*honra*' no sólo una cualidad, sino también —y este es el caso— la estimación u opinión de la misma.

<sup>22</sup> *estrado*.—El lugar donde las señoras se asientan sobre cojines y reciben las visitas. Covarrubias.

<sup>23</sup> *corrillero*.—Soldado francés que pasa el día en corrillos contando hazañas fantásticas. El mentidero más concurrido en Madrid era el de las gradas de San Felipe el Real, situado a la entrada

iban muy desnudos, que por la mayor parte los tales que viven por su culpa traen los golpes en los vestidos, y sanos los cuerpos. Andaban contando entre sí las ocasiones en que se habían visto, los malos pasos que habían andado (que nunca éstos andan en buenos pasos). Nada los creíamos; sólo cuando por encarecer sus servicios dijo uno a los otros:

«¿Qué digo, camarada? ¡Qué trances hemos pasado y qué tragos!» Lo de los tragos se les creyó. Miraban a estos pocos los muchos capitanes, maestros de campo, generales de ejércitos que iban por el camino de la mano derecha enternecidos. Y oí decir a uno dellos que no lo pudo sufrir, mirando las hojas de lata<sup>24</sup> llenas de papeles inútiles que llevaban estos ciegos:

¿Qué digo, soldados por acá? ¡Esto es de valientes: dejar este camino de miedo de sus dificultades? Venid, que por aquí de cierto sabemos que sólo coronan al que vence. ¿Qué vana esperanza os arrastra con anticipadas promesas de los reyes? No siempre con almas vendidas es bien que temerosamente suene en vuestros oídos: 'Mata o muere'. Reprended la hambre del premio, que de buen varón es seguir la virtud sola, y de cudiciosos los premios no más; y quien no sosiega en la virtud y la sigue por el interés y mercedes que se siguen, más es mercader que virtuoso, pues la hace a precio de percederos bienes. Ella es don de sí misma; quietaos en ella».

Y aquí alzó la voz y dijo:

«Advertir que la vida del hombre es guerra<sup>25</sup> consigo mismo, y que toda la vida nos tiene en arma los enemigos del alma, que nos amenazan más dañoso vencimiento; y advertid que ya los príncipes tienen por deuda nuestra sangre y vida, pues perdiéndolas por ellos, los más dicen que los pagamos, y no que los servimos: volved, volved».

Oyéronlo ellos muy atentamente, y enternecidos y enseñados, se encaminaron bien con los demás soldados.

---

de la calle Mayor. V. Delito y Piñuela «Sólo Madrid es Cortes», Madrid, 1942, pág. 208.

<sup>24</sup> *hojas de lata*.—Los soldados solían llevar sus hojas de servicios en cañutos de lata. Comp. *Buscón*, «Comenzó a sacar cañones de la hoja de lata y a enseñarme papeles».

<sup>25</sup> *vida guerra*.—Job, 7, 1, *Militia est vita hominis super terram*.

Iban las mujeres al infierno tras el dinero de los hombres, y los hombres tras ellas y su dinero, tropezando unos con otros.

Noté cómo al fin del camino de los buenos algunos se engañaban y pasaban al de la perdición; porque como ellos saben que el camino es angosto, y el del infierno ancho, y al acabar veían al suyo ancho y el nuestro angosto, pensando que habían errado o trocado los caminos, se pasaban acá, y de acá allá los que se desengañaban del remate del nuestro.

Vi una mujer que iba a pie, y espantado de que mujer se fuese al infierno sin silla o coche, busqué un escribano que me diera fe de ello, y en todo el camino del infierno pude hallar ningún escribano ni alguacil; y como no los vi en él, luego colegí que era aquel el camino, y este otro al revés. Quedé algo consolado y sólo me quedaba duda que, como yo había oído decir que iban con grandes asperezas y penitencias por el camino dél, y veía que todos se iban holgando, cuando me sacó desta duda una gran parva de casados que venían con sus mujeres de las manos, y que la mujer era ayuno del marido, pues por darle la perdiz y el capón no comía; y que era su desnudez, pues por darle galas demasadas y joyas impertinentes iba en cueros; y al fin, conocí que un mal casado tiene en su mujer toda la herramienta necesaria para la muerte, y ellos y ellas a veces el infierno portátil. Ver esta asperísima penitencia me confirmó de nuevo en que íbamos bien. Mas duróme poco, porque oí decir a mis espaldas:

«Dejen pasar los boticarios».

¿Boticarios pasan?, dije yo entre mí, al infierno vamos.

Y fue así, porque al punto nos hallamos dentro por una puerta como de ratonera, fácil de entrar e imposible de salir por ella.

Y fue de ver que nadie en todo el camino dijo: «Al infierno vamos»; y todos, estando en él, dijeron muy espantados: «En el infierno estamos».

«¿En el infierno?—dije yo muy afligido—: no puede ser».

Quíselo poner a pleito: comencéme a lamentar de las cosas que dejaba en el mundo; los parientes, los amigos, los conocidos, las damas. Y estando llorando esto, volví la cara hacia el mundo, y vi venir por el mismo camino, despeñándose a todo correr, cuanto había conocido allá, poco menos.



Consoléme algo en ver esto, y que según se daban prisa a llegar al infierno, estarían conmigo presto. Comenzóseme a hacer áspera la morada y desapacibles los zaguanes.

Fui entrando poco a poco entre unos sastres que se me llegaron, que iban medrosos de los labios. En la primera entrada hallamos siete demonios escribiendo los que íbamos entrando. Preguntáronme mi nombre díjele, y pasé. Llegaron a mis compañeros, y dijeron que eran remendones, y dijo uno de los diablos:

«Deben entender los remendones en el mundo que no se hizo el infierno sino para ellos según se vienen por acá».

Preguntó otro diablo cuántos eran. Respondieron que ciento, y replicó un verdugo mal barbado, entrecano:

«¿Ciento y sastres?, no puede ser tan pocos; la menor partida que habemos recibido ha sido de mil y ochocientos. En verdad que estamos por no recibirles»:

Afligiéronse ellos, mas al fin entraron. Ved cuáles son los malos, que es para ellos amenaza el no dejarlos entrar en el infierno. Entró primero un negro, chiquito, rubio, de mal pelo; dio un salto en viéndose allá, y dijo:

«Ahora acá estamos todos».

Salió de un lugar donde estaba aposentado un diablo de marca mayor<sup>26</sup>, corcovado y cojo; y arrojándolos en una honrada muy grande, dijo:

«Allá va leña».

Por curiosidad me llegué a él y le pregunté de qué estaba corcovado y cojo, y me dio (que era diablo de pocas palabras):

«Yo era recuero de remendones, iba por ellos al mundo, y de traerlos a cuestras me hice corcovado y cojo; he dado en la cuenta, y hallo que se vienen ellos mucho más apriesa que yo los puedo traer».

En esto hizo otro vómito dellos el mundo, y hube de entrarme porque no había donde estar ya allí, y el monstruo infernal empezó a traspalar, y diz que es la mejor leña que se quema en el infierno, remendones de todo oficio, gente que sólo tiene bueno ser enemiga de novedades.

<sup>26</sup> *marca mayor*.—Según Rodríguez Marín se dijo así por traslación de lo que se decía de las espadas, de los cuellos y de otras cosas que, como éstas, no debían exceder de las dimensiones fijadas en pragmáticas y ordenanzas. V. su ed. *Diablo Cojuelo*, C. C., pág. 30.

Pasé adelante por un pasadizo muy oscuro, cuando por mi nombre me llamaron. Volví a la voz los ojos, casi tan medrosa como ellos y hablóme un hombre, que por las tinieblas no pude divisar más de lo que la llama que le atormentaba me permitía.

«¿No me conoce?, me dijo, a...» (ya lo iba a decir) —y prosiguió tras su nombre— el librero. «Pues soy yo».

¡Quién tal pensara! Y es verdad, Dios, que yo siempre lo sospeché, porque era su tienda el burdel de los libros, pues todos los cuerpos<sup>27</sup> que tenía eran de la gente de la vida, escandalosos y burlones. Un rótulo que decía: «Aquí se vende tinta fina, papel batido y dorado», pudiera condenar a otro que hubiera menester más apetitos por ello.

«¿Qué quiere?, me dijo, viéndome suspenso tratar conmigo estas cosas; pues es tanta mi desgracia que todos se condenan por las malas obras que han hecho, y yo y algunos libreros nos condenamos por las obras malas que hacen los otros, y por lo que hicimos barato de los libros en romance y traducidos de latín, sabiendo ya con ellos los tontos lo que encarecían en otros tiempos los sabios; que ya hasta el lacayo latiniza, y hallarán a Horacio en castellano en la caballeriza<sup>28</sup>. Más iba a decir, sino que un demonio le comenzó a atormentar con humazos de hojas de sus libros, y otro a leerle algunos dellos. Yo, que vi que ya no hablaba, fuime adelante, diciendo entre mí:

«Si hay quien se condena por obras malas ajenas, ¿qué harán los que las hicieron propias?»

En esto iba, cuando en una gran zahurda andaban mucho número de ánimas gimiendo, y muchos diablos con látigos y zurriagas azotándolos. Pregunté qué gente eran, y dijeron que no eran sino cocheros; y dijo un diablo lleno de cazcarías, romo y calvo, que quisiera más (a manera de decir) lidiar con lacayos; porque había cochero de aquellos que pedía aún dineros por ser atormentado, y que la tema de todos era

27 *cuerpos*.—Volúmenes.

28 *lacayo latiniza*.—En términos análogos se expresa Lope en *Los melindres de Belisa*: «Estos que el mundo eterniza — buscan a Horacio en latín, — y está en la caballeriza». Esta comedia se publicó en la Parte IX. Madrid, 1617.

que habían de poner pleito a los diablos por el oficio, pues no sabían chasquear los azotes tan bien como ellos.

«¿Qué causa hay para que éstos penen aquí?», dije.

Y tan presto se levantó un cochero viejo de aquellos, barbinegro y mal carado, y dijo:

«Señor, porque siendo pícaros nos venimos al infierno a caballo y mandando».

Aquí le replicó el diablo:

«¿Y por qué calláis lo que encubristeis en el mundo, los pecados que facilitastes, y los que mentistes en un oficio tan vil?»

Dijo un cochero (que lo había sido de un caballero, y aun esperaba que le había de sacar de allí):

«No ha habido tan honrado oficio en el mundo de diez años a esta parte, pues nos llegaron a poner cotas y sayos vaqueros<sup>29</sup>, hábitos largos<sup>30</sup> y valona<sup>31</sup>, en forma de cuellos bajos».

«¡Vía!»<sup>32</sup>, dijo un demonio mulato y zurdo: redobló los palos, y callaron; y forzóme ir delante el mal olor de los cocheros que andaban por allí.

Y lleguéme a unas bóvedas donde comencé a tiritar de frío y dar diente con diente; que me helaba. Pregunté, movido de la novedad de ver frío en el infierno, qué era aquello; y salió a responder un diablo zambo, con espolones y grietas, lleno de sabañones, y dijo:

«Señor, este frío es de que en esta parte están recogidos los bufones, truhanes y juglares chocarreros, hombres por de más y que sobran en el mundo, y que están aquí retirados, porque si anduvieran por el infierno sueltos, su frialdad es tanta, que templaría el dolor del fuego».

Pedíle licencia para llegar a verlos: diómela, y calofriado llegué y vi la más infame casilla del mundo, y una cosa que no habrá quien lo crea, que se atormentaban unos a otros

29 *sayo vaquero*.—Vestido exterior para todo el cuerpo.

30 *hábitos largos*.—La ropa larga era propia de la gente importante. Comp. *El mundo por dentro*: «Llaman... a todo hábito largo, señor licenciado», y Lope, *La dama boba*: «Y si lo que arrastra, honra.—como dicen los antiguos».

31 *valona*.—Cuello armado. Fue moda de origen extranjero.

32 *¡Vía!*—Interjección, '¡paso!', '¡largo!'.

con las gracias que habían dicho acá. Y entre los bufones vi muchos hombres honrados que yo había tenido por tales; pregunté la causa, y respondiome un diablo que eran adula-dores, y que por esto eran bufones de entre cuero y carne. Y repliqué yo, cómo se condenaban; y me respondieron:

«Gente es que se viene acá sin avisar, a mesa puesta y a cama hecha como en su casa. Y en parte los queremos bien, porque ellos se son diablos para sí y para otros, y nos ahorran de trabajos, y se condenan a sí mismos; y por la mayor parte en vida los más ya andan con marca del infierno, por-que el que no se deja arrancar los dientes por dinero, se deja pelar las cejas; y así, cuando acá los atormentamos, muchos dellos después de las penas sólo echan menos las pagas. ¿Veis aquél?, me dijo; pues mal juez fue y está entre los bufones, pues por dar gusto no hizo justicia y a los derechos que no hizo tuertos los hizo bizcos.

Al fin, de todos estados entran en el número de los bufones, y por eso hay tantos, que, bien mirado, en el mundo todos sois bufones, pues los unos os andáis riendo de los otros, y en todos, como digo, es naturaleza, y en unos pocos oficio. Fuera de estos, hay bufones desgranados y bufones en racimos. Los desgranados son los que de uno en uno y de dos en dos andan a casa de los señores. Los en racimo son los faranduleros miserables de bululú<sup>33</sup>; y destes os certifico que si ellos no se nos viniesen por acá, que nosotros no iríamos por ellos».

Trabóse una pendencia adentro, y el diablo acudió a ver lo que era. Yo, que me vi suelto, entreme por un corral adelante, y hedía a chinches que no se podía sufrir.

«A chinches hiede, dije yo; apostaré que alojan por aquí los zapateros»; y fue así, porque luego sentí el ruido de los bojes<sup>34</sup> y vi los tranchetes<sup>35</sup>. Tapéme las narices y asoméme a la zahurda donde estaban, y había infiuitos. Dijóme el guardián:

33 *faranduleros, miserables de bululú*.—«El bululú es un representante solo que camina a pie...» V. A. de Rojas, *Viaje entretenido*, NBAE, pág. 479.

34 *bojes*.—El zapatero usa de un instrumento que, por ser de esta madera, le llamaron box. Cov. s. v.

35 *tranchete*.—Cuchilla para cortar el cuero y la suela.

«Estos son los que vinieron consigo mismos, digo, en cueros; y como otros se van al infierno por su pie, éstos se van por los ajenos y por los suyos, y así vienen tan ligeros».

Y doy fe de que en todo el infierno no hay árbol ninguno chico ni grande, y que mintió Virgilio<sup>36</sup> en decir que había mirtos en el lugar de los amantes, porque yo no vi selva ninguna sino en el cuartel que dije de los zapateros, que estaba todo lleno de bojes, que no se gasta otra madera en los edificios.

Estaban todos los zapateros vomitando de asco de unos pasteleros que se les arrimaban a las puertas, que no cabían en un silo, donde estaban tantos que andaban mil diablos con pisones atestando almas de pasteleros, y aun no bastaban.

Lamentábanse bravamente, cuando dijo un diablo:

«Ladrones, ¿quién merece el infierno mejor que vosotros?, pues habéis hecho comer a los hombrse caspa, y os han servido de pañizuelos los de a real<sup>37</sup>, sonándoos en ellos, donde muchas veces pasó por caña<sup>38</sup> el tuétano de las narices. ¿Qué de estómagos pudieran ladrar, si resucitaran los perros que les hicistéis comer? ¿Cuántas veces pasó por pasa la mosca golosa, y muchas fue el mayor bocado de carne que comió el dueño del pastel? ¿Qué de dientes habéis hecho jinetes, y qué de estómagos habéis traído a caballo, dándoles a comer rocines enteros? ¿Y os quejáis, siendo gente antes condenada que nacida, los que hacéis así vuestro oficio? ¿Pues qué pudiera decir de vuestros caldos? Mas no soy amigo de revolver caldos. Padeced y callad enhoramala; que más hacemos nosotros en atormentaros que vosotros en sufrirlo. Y vos andad adelante, me dijo, a mí, que tenemos que hacer éstos y yo».

Partíme de allí, y subíme por una cuesta donde en la cumbre y alrededor se estaban abrasando unos hombres en fuego inmortal, el cual encendían los diablos, en lugar de

<sup>36</sup> *que mintió Virgilio*.—«Hic quos durus amor crudeli tabe peredit — secreti celant calles et myrtea circum — silva tegit...» *Aeneidos*, VI, 442.

<sup>37</sup> *los de a real*.—Es decir, los pasteles de ese precio.

<sup>38</sup> *caña*.—«La pulpa o tuétanos... por ser la medula de las cañas que así se llaman los huesos de piernas y brazos». Covarrubias.

fuelles, con corchetes<sup>39</sup> que soplaban<sup>40</sup> mucho más; que aun allá tienen este oficio; y son abanicos de culpas y resuello de la provincia, y vaharada del verdugo.

Vi un mercader que poco antes había muerto.

«¿Acá estáis?, dije yo. ¿Qué os parece? ¿No valiera más haber tenido poca hacienda y no estar aquí?»

Dijo en esto uno de los atormentadores:

«Pensaron que no había más, y quisieron con la vara de medir sacar agua de las piedras<sup>41</sup>. Estos son, dijo, los que han ganado como buenos caballeros el infierno por sus pulgares, pues a puras pulgaradas se nos vienen acá. Mas ¿quién duda que la oscuridad de sus tiendas<sup>42</sup> les prometía estas tinieblas? Gente es ésta (dijo al cabo muy enojado) que quiso ser como Dios, pues pretendieron ser sin medida, mas él, que todo lo ve, los trajo de sus rasos a estos nublados, que los atormentan con rayos. Y si quieres acabar de saber cómo éstos son los que sirven allá a la locura de los hombres juntamente con los plateros y buhoneros, has de advertir que si Dios hiciera que el mundo amaneciera cuerdo un día, todos estos quedarán pobres, pues entonces se conociera que en el diamante, perlas, oro y sedas diferentes, pagamos más lo inútil y demasiado raro, que lo necesario y honesto. Y advertid ahora que la cosa que más cara se os vende en el mundo es lo que menos vale, que es la vanidad que tenéis; y estos mercaderes son los que alimentan todos vuestros desórdenes y apetitos.» Tenía talle de no acabar sus propiedades, si yo no me pasara adelante, movido de admiración de unas grandes carcajadas que oí. Fuime allá por ver risa en el infierno, cosa tan nueva. «¿Qué es esto?», dije, cuando dos hombres dando voces en un alto,

39 *corchetes*.—Subordinados de los alguaciles, encargados de llevar los presos.

40 *soplaban*.—Equívoco: sentido recto y delatar, como hoy.

41 *con la vara... sacar agua de las piedras*.—Hacer milagros como Moisés, Números, 20.

42 *la oscuridad de sus tiendas*.—Comp. *Buscón*, los ojos del licenciado Cabra eran «tan hundidos y oscuros, que eran buen sitio el suyo para tienda de mercaderes». Contra este abuso hay preveniciones en Ordenanzas de la época.

muy bien vestidos, con calzas atacadas<sup>43</sup>: el uno con capa y gorra, puños como cuellos y cuellos como calzas; el otro traía valones<sup>44</sup> y un pergamino en las manos, y a cada palabra que hablaban se hundían siete u ocho mil diablos de risa, y ellos se enojaban más. Lleguéme más cerca por oírlos, y oí al del pergamino, que a la cuenta era hidalgo, que decía: «Pues si mi padre se decía tal cual, y soy nieto de Esteban tales y cuales, y ha habido en mi linaje trece capitanes valerosísimos, y de parte de mi madre doña Rodrigo desciendo de cinco catedráticos los más doctos del mundo, ¿cómo me puedo haber condenado? Y tengo mi ejecutoria y soy libre de todo, y no debo pagar pecho.» «Pues pagad espalda», dijo un diablo, y dióle luego cuatro palos en ellas, que le derribó de la cuesta; y luego le dijo: «Acabaos de desengañar que el que descende del Cid, de Bernardo y de Godofredo<sup>45</sup> y no es como ellos, sino vicioso como vos, ese tal más destruye el linaje que lo hereda. Toda la sangre, hidalguillo, es colorada, parecedlo en las costumbres, y entonces creeré que descendéis del docto cuando lo fuéredes o procuráredes serlo; y si no, vuestra nobleza será mentira breve en cuanto durare la vida; que en la chancillería del infierno arrúgase el pergamino y consúmense las letras; y el que en el mundo es virtuoso, ese es el hidalgo, y la virtud es la ejecutoria que acá respetamos, pues aunque descienda de hombres viles y bajos, como él con divinas costumbres se haga digno de imitación, se hace noble a sí y hace linaje para otros. Reímonos acá de ver lo que ultrajáis a los villanos, moros y judíos, como si en éstos no cupieran las virtudes que vosotros despreciáis. Tres cosas son las que hacen ridículos a los hombres: la primera es la nobleza, la segunda la honra, la tercera la valentía, pues es cierto que os contentáis con que hayan tenido vuestros padres virtud y nobleza para decir que la tenéis vosotros, siendo inútil parto del mundo. Acierta a tener muchas letras el hijo del labrador; es arzobispo el villano que se aplica a honestos estudios; y los caballeros que descien-

43 *Calzas atacadas*.—Calzón ajustado que cubre las piernas y se ataca o sujeta a la cintura con agujetas, cintas cuyos cabos son de metal para facilitar el paso.

44 *valones*.—Grieguescos, o calzones. No ha de confundirse con 'valona'.

45 *Godofredo*.—Godofredo de Bouillón, héroe de las Cruzadas.

den de buenos padres, como si hubieran ellos de gobernar el cargo que les dan, quieren (¡ved qué ciegos!) que les valga a ellos viciosos la virtud ajena de trescientos mil años, ya casi olvidada, y no quieren que el pobre se houre con la propia». Carcomióse el hidalgo de oír estas cosas, y el caballero que estaba a su lado se afligía, pegando los abanillos<sup>46</sup> del cuello y volviendo las cuchilladas de las calzas<sup>47</sup>.

«¿Pues qué diré de la honra mundana? Que más tiranías hace en el mundo y más daños, y la que más gustos estorba. Muere de hambre un caballero pobre, no tiene con qué vestirse, ándase roto y remendado, o da en ladrón, y no lo pide porque dice que tiene honra, ni quiere servir porque dice que es deshonra. Todo cuanto se busca y afana dicen los hombres que es por sustentar la honra. ¡Oh, lo que gasta la honra! Y llegado a ver lo que es la honra mundana, no es nada. Por la honra no come el que tiene gana donde le sabría bien. Por la honra pasan los hombres el mar. Por la honra mata un hombre a otro. Por la honra gastan todos más de lo que tienen. Y es la honra mundana, según esto, una necesidad del cuerpo y alma, pues al uno quita los gustos y al otro el descanso. Y porque veáis cuáles sois los hombres desgraciados y cuán a peligro tenéis lo que más estimáis, háse de advertir que las cosas de más valor en vosotros son la honra, la vida y la hacienda. La honra está en arbitrio de las mujeres, la vida en manos de los doctores, y la hacienda en las plumas de los escribanos.» «Desvanecemos, pues, bien, mortales, dije yo entre mí, y ¡cómo se echa de ver que esto es el infierno, donde por atormentar a los hombres con amarguras, les dicen las verdades!

Tornó en esto a proseguir, y dijo: «La valentía. ¿Hay cosa tan digna de burla?, pues no habiendo ninguna en el mundo sino la caridad, con que se vence la fiereza de otros, y a la de sí mismo y la de los mártires, todo el mundo es de valientes; siendo verdad que todo cuanto hacen los hombres, cuanto han hecho tantos capitanes valerosos como ha habido en la guerra, no lo han hecho de valentía, sino de

46 *los abanillos del cuello*.—Los pliegues del mismo.

47 *cuchillas de las calzas*.—Las calzas o calzones tenían aberturas con entretelas de otro color y tejido.



miedo, pues el que pelea en la tierra por defendella, pelea de miedo de mayor mal, que es ser cautivo y verse muerto; y el que sale a conquistar los que están en sus casas, a veces lo hace de miedo de que otro no le acometa; y los que no llevan este intento van vencidos de la cudicia. Ved qué valientes: a robar oro y a inquietar los pueblos apartados, a quien Dios puso como defensa a nuestra ambición, mares en medio y montañas ásperas. Mata uno a otro primero vencido de la ira, pasión ciega, y otras veces de miedo de que le mate a él. Así, hombres que todo lo entendéis al revés, bobo llamáis al que no es sedicioso, alborotador y maldiciente; sabio llamáis al mal acondicionado, perturbador y escandaloso; valiente al que perturba el sosiego; y cobarde al que con bien compuestas costumbres, escondido de las ocasiones no da lugar a que le pierdan el respeto. Estos tales son en quien ningún vicio tiene licencia.» «¡Oh pesia tal!, dije yo, más estimo haber oído este diablo que cuanto tengo.» Dijo en esto el de las calzas atacadas muy mohino: «Todo eso se entiende con ese escudero, pero no conmigo, a fe de caballero «y tardó a decir caballero tres cuartos de hora) (que es ruin término y descortesía: ¡deben de pensar que todos somos unos!» Esto les dio a los diablos grandísima risa. Y luego llegándose uno a él, le dijo que se despojase y mirase qué había menester y qué era la cosa que más pena le daba porque le querían tratar como quien era. Y al punto dijo: «Bésoos las manos; un molde para repasar el cuello<sup>48</sup>.» Tornaron a reír, y él a atormentarse de nuevo.

Yo, que tenía gana de ver todo lo que hubiese, pareciendo que me había detenido mucho me partí; y a poco que anduve topé una laguna muy grande como el mar, y más sucia adonde era tanto el ruido, que se me desvaneció la cabeza.

Salí, dejando el charco a mano izquierda, a una dehesa donde estaban muchos hombres arañándose y dando voces, y eran infinitísimos, y tenía seis porteros. Pregunté a uno qué gente era aquella tan vieja y tan en cantidad. «Este es, dijo, el cuarto de los padres que se condenan por dejar ricos

---

48 *un molde para repasar el cuello.*—Los cuellos a la moda eran de complicada forma y necesitaban de un molde para su disposición. En 1622 Felipe IV ordenó una reforma en moda tan costosa.

a sus hijos, que por otro nombre se llama el cuarto de los necios.» «¡Ay de mí!, dijo en esto uno, que no tuve día sosegado en la otra vida, ni comí, ni vestí, por hacer un mayorazgo, y después de hecho, por aumentarle; y en haciéndole, me morí sin médico por no gastar dineros amon-tonados; y apenas espiré, cuando mi hijo se enjugó las lágrimas con ellos; y cierto de que estaba en el infierno por lo que vio que había ahorrado, viendo que no había menester misas, no me las dijo, ni cumplió manda mía; y permite Dios que aquí para más pena le vea desperdiciar lo que yo afané, y le oigo decir: Ya se condenó mi padre: ¿por qué no tomó más sobre su ánima, y se condenó por cosas de más importancia?» «Queréis saber, dijo un demonio, qué tanta verdad<sup>49</sup> es esa, que tienen ya por refrán en el mundo contra esos miserables decir: Dichoso el hijo que tiene a su padre en el infierno.» Apenas oyeron esto, cuando se pusieron todos a aullar y darse de bofetones. Hiciéronme lástima; no lo pude sufrir, y pasé adelante.

Y llegando a una cárcel oscurísima, oí grande ruido de cadenas y grillos, fuego, azotes y gritos. Pregunté a uno de los que allí estaban qué estancia era aquella, y dijéronme que era el cuarto de los de: ¡Oh quién hubiera! «No lo entiendo, dije. ¿Quién son los de oh quién hubiera?» Dijo al punto: «Son gente necia que en el mundo vivía mal, y se condenó sin entenderlo, y ahora acá se les va todo en decir: ¡Oh quién hubiera oído misa! ¡Oh quién hubiera callado! ¡Oh quién hubiera favorecido al pobre! ¡Oh quién no hubiera hurtado!» Huí medroso de tan mala gente y tan ciega, y di en unos corrales con otra peor. Pero admiróme más el título con que estaban aquí, porque preguntádoselo a un demonio, me dijo: «Estos son los de Dios es piadoso.» «Dios sea conmigo, dije al punto: ¿Pues cómo puede ser que la misericordia condene, siendo eso de la justicia? Vos habláis como diablo». «Y vos, dijo el maldito, como ignorante, pues no sabéis que la mitad de los que están aquí se condenan por la misericordia de Dios; y si no, mirad cuántos son los que cuando hacen algo mal hecho y se lo reprenden, pasan adelante, y dicen: Dios es piadoso, y no mira en niñerías; para eso es la misericordia de Dios tanta;

49 *qué tanta verdad.*—Tanta, tan grande como. Lat. *tantus-a-um.*

y con esto, mientras ellos haciendo mal esperan en Dios, nosotros los esperamos acá.» «¿Luego no se ha de esperar en Dios y en su misericordia?», dije yo. «No lo entiendes, me respondieron; que de la piedad de Dios se ha de fiar, porque ayuda a buenos deseos y premia buenas obras, pero no todas veces con consentimiento de obstinaciones; que se burlan a sí las almas que consideran la misericordia de Dios encubridora de maldades, y la aguardan como ellas la han menester, y no como ella es, purísima y infinita en los santos capaces della; pues los mismos que más en ella están confiados, son los que menos la dan para su remedio. No merece la piedad de Dios quien, sabiendo que es tanta, la convierte en licencia, y no en provecho espiritual. Y de muchos tiene Dios misericordia que no la merecen ellos; y en los más es así, pues nada de su mano pueden sino por favor, y el hombre que más hace es procurar merecerla.» Porque no os desvaneczáis, y sepáis que aguardáis siempre al postrero día lo que quisiérades haber hecho al primero, y que las más veces está pasando por vosotros lo que teméis que ha de venir, esto se ve y se oye en el infierno. ¡Ah lo que aprovechara allá uno destes escarmentados!

Diciendo esto, llegué a una caballeriza donde estaban los tintoreros, que no averiguara un pesquisidor quiénes eran, porque los diablos parecían tintoreros, y los tintoreros diablos.

Junto a éstos estaban unos pocos dando voces, y quejándose de su desdicha: «¿Qué gente es esta?», pregunté; y respondiome uno dellos: «Los sin ventura, muertos de repente»; «Mentís, dijo un diablo; que ningún hombre muere de repente; de descuido y divertido sí. ¿Cómo pude morir de repente quien dende que nace ve que va corriendo por la vida, y lleva consigo la muerte? ¿Qué otra cosa véis en el mundo, sino entierros, muertos y sepulturas? ¿Qué otra cosa oís en los púlpitos, y leéis en los libros? ¿A qué volvéis los ojos, que no os acuerde de la muerte? Vuestro vestido que se gasta, la casa que se cae, el muro que se envejece, y hasta el sueño cada día os acuerda de la muerte, retratándola en sí. ¿Pues cómo puede haber hombre que se muera de repente en el mundo, si siempre lo andan avisando tantas cosas? No os habéis de llamar, no, gente que murió de

repente, sino gente que murió incrédula de que podía morir así, sabiendo con cuán secretos pies entra la muerte en la mayor mocedad, y que en una misma hora, en dar bien y mal, suele ser madre y madrastra.»

Volví la cabeza a un lado, y vi en un seno muy grande apretura de almas, y dióme un mal olor. «¿Qué es esto?», dije; y respondiómeme un juez amarillo<sup>50</sup> que estaba castigándolos: «Estos son los boticarios, que tienen el infierno lleno de bote en bote; gente que, como otros buscan ayudas<sup>51</sup> para salvarse, éstos las tienen para condenarse. Estos son los verdaderos alquimistas; que no Demócrito Abderita<sup>52</sup> en la *Arte sacra*, Avicena<sup>53</sup>, Géber<sup>54</sup>, ni Raimundo Lull<sup>55</sup>, porque ellos escribieron cómo de los metales se podría hacer oro, y no lo hicieron ellos; y si lo hicieron, nadie lo ha sabido hacer después acá; pero estos tales boticarios de la agua turbia (que no clara) hacen oro, y de los palos<sup>56</sup>, oro hacen de las moscas del estiércol; oro hacen de las arañas, de los alacranes y sapos; y oro hacen de papel, pues venden hasta el papel en que dan el unguento: Así que sólo para éstos puso Dios virtud en las yerbas y piedras y palabras, pues no hay yerba, por dañosa que sea y mala, que no les valga dineros, hasta la ortiga y cicuta; ni hay piedra que no les dé ganancia, hasta el guijarro crudo, sir-

50 *juez amarillo*.—El color amarillo simbolizaba desesperación. V. J. G. Morley, *Romantic Review*, 1917, pág. 78.

51 *ayuda*.—Significa también 'lavativa'.

52 *Demócrito Abderita*.—Natural de Abdera. Tracia (460-370 a. C.), fundó con Leucipo la filosofía atomística. De sus muchos escritos sólo nos quedan algunos fragmentos citados por filósofos posteriores. Diógenes Laercio trae el largo catálogo de sus obras, L. IX, 7, número 13.

53 *Avicena*.—Celeberrimo médico persa (980-1037) cuyos Cánones sirvieron de texto en casi todas las Universidades europeas durante seis siglos.

54 *Géber*.—Alquimista árabe del s. VIII que vivió en Mesopotamia. Su nombre, Abu Mussah Djafar el Sofí. Se conservan obras de alquimia y se le atribuyen los primeros estudios algebraicos.

55 *Raimund Lull* (1235-1315).—Para la fama de Lulio como alquimista, v. J. Fernández de Luanco, «*La Alquimia en España*».

56 *de los palos*.—Corteza medicinal de ciertas plantas: palo brasil, palo santo, campeche, etc.

viendo de moleta<sup>57</sup>. En las palabras también, pues jamás a éstos les falta cosa que les pidan, aunque no la tengan, como vean dinero, pues dan por aceite de matiolo<sup>58</sup>, aceite de ballena, y no compra sino las palabras el que compra. Y su nombre no había de ser boticario, sino armeros; ni sus tiendas no se habían de llamar boticas, sino armerías de los doctores, donde el médico toma la daga de los lamedores<sup>59</sup>, el montante de los jarabes, y el mosquete de la purga maldita, demasiada, recetada a mala sazón y sin tiempo. Allí se ve todo esmeril<sup>60</sup> de rugientos, la asquerosa arcabucería de melecinas con munición de calas. Muchos éstos se salvan; pero no hay que pensar que cuando mueren tienen con qué enterrarse. Y si queréis reír ved tras ellos los barberillos cómo penan, que en subiendo esos dos escalones, están en ese cerro.»

Pero pasé allá, y vi (¡qué cosa tan admirable y qué justa pena!) los barberos atados y las manos sueltas, y sobre la cabeza una guitarra, y entre las piernas un ajedrez con las piezas de juego de damas; y cuando iba con aquella ansia natural de pasacalles a tañer, la guitarra le huía, y cuando volvía abajo a dar de comer una pieza, se le sepultaba el ajedrez, y esta era su pena. No entendí salir de allí de risa.

Estaban tras de una puerta unos hombres, muchos en cantidad, quejándose de que no hiciesen caso dellos, aun para atormentarlos; y estábales diciendo un diablo, que eran todos tan diablos como ellos, que atormentasen a otros. «¿Quién son?», le pregunté. Y dijo el diablo: «Hablando con perdón, los zurdos, gente que no puede hacer cosa a derechas, quejándose de que no están con los otros condenados; y acá dudamos si son hombres u otra cosa; que en el mundo ellos no sirven sino de enfados y de mal agüero; pues si uno va en negocios y topa zurdos, se vuelve como si topara un cuervo o oyera una lechuza. Y habéis de saber

57 *moleta*.—Muela pequeña empleada para moler medicinas, colores.

58 *aceite de matiolo*.—El Dic. Aut. '*azeite de Mathiolo*', del nombre del inventor. Cejador: de mathiola, alhelí blanco.

59 *lamedor*.—Jarabe pectoral.

60 *esmeril*.—Cierta pieza pequeña de artillería.

que cuando Scévola<sup>61</sup> se quemó el brazo derecho porque erró a Porsena que fue, no por quemarle y quedar manco, sino queriendo hacer en sí un gran castigo, dijo: «¿Así, que erré el golpe? Pues en pena he de quedar zurdo.» Y cuando la justicia manda cortar a uno la mano derecha por una resistencia, es la pena hacerle zurdo, no el golpe. Y no queráis más, que queriendo el otro echar una maldición muy grande, fea y afrentosa, dijo:

Lanzada de moro izquierdo<sup>62</sup>  
Te atraviere el corazón.

Y en el día del juicio todos los condenados, en señal de serlo, estarán a la mano izquierda. Al fin es gente hecha al revés, y que se duda si son gente.

En esto me llamó un diablo por señas, y me advirtió con las manos que no hiciese ruido. Lleguéme a él, y asoméme a una ventana, y dijo: «Mira lo que hacen las feas.» Y veo una muchedumbre de mujeres, unas tomándose puntos<sup>63</sup> en las caras, otras haciéndose de nuevo, porque ni la estatura en los chapines, ni la ceja con el cohó<sup>64</sup>, ni el cabello en la tinta, ni el cuerpo en la ropa, ni las manos con la muda<sup>65</sup>, ni la cara con el afeite, ni los labios con la color, eran los con que nacieron ellas. Y vi algunas poblando sus calvas con cabellos, que eran suyos sólo porque los habían comprado. Otra vi que tenía su media cara en las manos, en

61 *Scévola*.—Mucio Scévola, queriendo matar a Porsena, rey etrusco, mató a uno del séquito real. En castigo se quemó la mano derecha que fallara el golpe. (Scaevus, zurdo.) V. p. ej. Livio Ab., u. c., 2, 12.

62 *lanzada de moro izquierdo*...—Frase proverbial, tomada de un romance. En el siglo de Oro era frecuente esmaltar los escritos y la conversación con frases del Romancero. V. Menéndez Pidal, *El Romancero español*, Nueva York, 1910, pág. 74.

63 *puntos*.—Tomarse puntos, coserse la cara.

64 *cohó*.—Esta forma y 'alcohol' designan el antimonio, producto muy empleado en la cosmética femenina para sombrear los ojos.

65 *muda*.—Cierta untura con que las mujeres embellecen la piel.

los botes de unto y en la color. «Y no queráis más de las invenciones de las mujeres, dijo un diablo; que hasta resplandor tienen sin ser soles ni estrellas. Las más duermen con una cara, y se levantan con otra al estrado; y duermen con unos cabellos, y amanecen con otros. Mirad cómo consultan con el espejo sus caras. Estas son las que se condenan solamente por buenas, siendo malas.» Espantóme la novedad de la causa con que se habían condenado aquellas mujeres; y volviendo vi un hombre asentado en una silla a solas, sin fuego, ni hielo, ni demonio, ni pena alguna, dando las más desesperadas voces que oí en el infierno llorando el propio corazón, haciéndose pedazos a golpes y a vuelcos. ¡Válgame Dios!, dije en mi alma, ¿de qué se queja éste no atormentándole nadie? Y él cada punto doblaba sus alaridos y voces. «Dime, dije yo: ¿qué eres y de qué te quejas, si ninguno te molesta, si el fuego no te arde ni el hielo te cerca?» «¡Ay, dijo dando voces, que la mayor pena del infierno es la mía: ¿verdugos te parece que me faltan? ¡Triste de mí, que los más crueles están entregados a mi alma! ¿No los ves?, dijo; y empezó a morder la silla y a dar vueltas alrededor y gemir. Velos, que sin piedad van midiendo a descompasadas culpas eternas penas.»

«¡Ay qué terrible demonio eres, memoria del bien que pude hacer, y de los consejos que desprecié y de los males que hice! ¡Qué representación tan continua! Déjame tú, y sale el entendimiento con imaginaciones de que hay gloria que pude gozar, y que otros gozan a menos costa que yo mis penas! ¡Oh qué hermoso que pintas el cielo, entendimiento, para acabarme! Déjame un poco siquiera. ¿Es posible que mi voluntad no ha de tener paz conmigo un punto? ¡Ay, huésped, y qué tres llamas invisibles, y qué sayones incorpóreos me atormentan en las tres potencias del alma! Y cuando éstos se cansan, entra el gusano de la conciencia, cuya hambre en comer del alma nunca se acaba: vesme aquí miserable y perpetuo alimento de sus dientes.» Y diciendo esto, salió la voz: «¿Hay en todo este desesperado palacio quien trueque sus almas y sus verdugos a mis penas? Así, mortal, pagan los que supieron en el mundo, tuvieron letras y discurso, y fueron discretos: ellos se son infierno y martirio de sí mismos.» Tornó amortecido a su

ejercicio con más muestras de dolor. Apartéme de él, medroso, diciendo: ¡Ved de lo que sirve caudal de razón y doctrina y buen entendimiento mal aprovechado! ¡Quién se lo vio llorar solo, y tenía dentro de su alma aposentado el infierno!

Lleguéme, diciendo esto, a una gran compañía, donde penaban en diversos puestos muchos; y vi unos carros en que traían ateneando muchas almas, con pregones delante. Lleguéme a oír el pregón, y decía: «Estos manda Dios castigar por escandalosos y porque dieron mal ejemplo.» Y vi a todos los que penaban que cada uno los metía en sus penas, y así pasaban las de todos como causadores de su perdición. Pues éstos son los que enseñan en el mundo malas costumbres, de quien dijo Dios que valiera más no haber nacido<sup>66</sup>.

Pero díome risa ver unos taberneros que se andaban sueltos por todo el infierno penado sobre su palabra, sin prisión ninguna, teniéndola cuantos estaban en él. Y preguntando por qué a ellos solos los dejan andar sueltos, dijo un diablo: «Y les abrimos las puertas; que no hay para qué temer que se irán del infierno gente que hace en el mundo tantas diligencias para venir: Fuera de que los taberneros trasplantados acá, en tres meses son tan diablos como nosotros. Tenemos sólo cuenta de que no lleguen al fuego de los otros, porque no lo agüen.»

«Pero si queréis saber notables cosas, llegaos a aquel cerco: veréis en la parte del infierno más hondo a Judas con su familia descomulgada de malditos dispensereros.» Hícelo así, y vi a Judas, que me holgué mucho, cercado de sucesores suyos y sin cara.

Estaba pues Judas muy contento de ver cuán bien lo hacían algunos dispensereros de venirle a cortejar y a entretener (que muy pocos me dijeron que le dejaban de imitar). Miré más atentamente, y fuíme llegando donde estaba Judas, y vi que la pena de los dispensereros era que como a Titio<sup>67</sup>

66 *no haber nacido*.—«Bonum erat ei si natus non fuisset homo ille», Marth. 2, 24.

67 *Titio*. Hijo de la Tierra, sufre esa pena por intentar forzar a Latona. V. p. ej. Aen. VI, 595.



le come un buitre las entrañas, a ellos se las descarnaban dos aves que llaman sisones<sup>68</sup>. Y un diablo decía a voces de rato en rato: «Sisones son dispenseros, y los dispenseros sisones.» A este pregón se estremecían todos, y Judas estaba con sus treinta dineros atormentándose. Yo le dije: «Una cosa querría saber de ti: ¿por qué te pintan con botas y dicen por refrán las botas de Judas?» «No porque yo las truje (respondió); mas quisieron significar poniéndome botas que anduve siempre de camino para el infierno, y por ser dispensero; y así se han de pintar todos los que le son. Esta fue la causa, y no lo que algunos han cogido de verme con botas, diciendo que era portugués, que es mentira; que yo fuí...» (y no me acuerdo bien de dónde me dijo que era, si de Calabria, si de otra parte.) «Y has de advertir que yo sólo soy el dispensero que se ha condenado por vender, que todos los demás (fuera de algunos) se condenan por comprar. Y en lo que dices que fui traidor y maldito en dar a mi Maestro por tan poco precio, tienes razón; y no podía hacer yo otra cosa, fiándome de gente como los judíos, que era tan ruin que pienso que si pidiera un dinero más por él no me lo tomaran. Y porque estás muy espantado y fiado en que yo soy el peor hombre que ha habido, ve ahí debajo, y verás muchísimos tan malos. Vete, dijo, que ya basta de conversación, que no los escurezco.»

Dices la verdad, le respondí, y acógime donde me señaló y topé muchos demonios en el camino con palos y lanzas echando del infierno muchas mujeres hermosas y muchos malos letrados. Pregunté que por qué los querían echar del infierno a aquellos solos, y dijo un demonio: Porque eran de grandísimo provecho para la población de infierno en el mundo: las damas con sus caras y con sus mentirosas hermosuras y buenos pareceres, y los letrados con buenas caras y malos pareceres; y que así los echaban porque trujesen gente.

Pregunté (como nombraron ladrones) dónde estaban los escribanos.

«¡Es posible que no hay en el infierno ninguno, ni le pude topar en todo el camino!» Respondióme un verdugo:

---

68 *sisones*.—El sisón es una especie de francolín ceniciento.

«Bien creo yo que no toparíades ninguno por él.» «Pues ¿qué hacen? ¿Sálvanse todos?» «No, dijo; pero dejan de andar, y vuelan con plumas. Y el no haber escribanos por el camino de la perdición no es porque infinitísimos que son malos no vienen acá por él, sino porque es tanta la prisa con que vienen, que volar y llegar y entrar es todo uno (tales plumas se tienen ellos); y así no se ven en el camino.» «Y acá, dije yo, ¿cómo no hay ninguno?» «Sí hay, me respondió; mas no usan ellos de nombre de escribano, que acá por gatos<sup>69</sup> los conocemos. Y para que echéis de ver que tantos hay, no habéis de mirar sino que con ser el infierno tan gran casa, tan antigua, tan mal trazada y sucia, no hay un ratón en toda ella, que ellos los cazan.»

«¿Y los alguaciles malos no están en el infierno?» «Ninguno está en el infierno, dijo el demonio.» «¿Cómo puede ser, si se condenan algunos malos entre muchos buenos que hay?» «Digoos que no están en el infierno, porque en cada alguacil malo aun en vida, está todo el infierno en él.» Santiguéme y dije: «Brava cosa es lo mal que los queréis los diablos a los alguaciles.» «¿No los habemos de querer mal, pues según son endiablados los malos alguaciles, tememos que han de venir a hacer que sobremos nosotros para lo que es materia de condenar almas, y que se nos han de levantar con el oficio de demonios, y que ha de venir Lucifer a ahorrarse de diablos y despedirnos a nosotros por recibirlos a ellos?»

No quise en esta materia escuchar más, y así me fui adelante, y por una red vi un amenísimo cercado todo lleno de almas que, unas con silencio y otras con llanto, se estaban lamentando. Dijéronme que era el retiro de los enamorados. Gemí tristemente viendo que aun en la muerte no dejan los suspiros. Unos se respondían en sus amores, y penaban con dudosas desconfianzas. ¡Oh qué número dellos echaban la culpa de su perdición a sus deseos, cuya fuerza o cuyo pincel los mintió las hermosuras! Los más estaban descuidados por *penséque*, según me dijo un diablo. «¿Quién es *penséque*, dije yo, o qué género de delito?» Rióse y replicó: «No es sino que se destruyen, fiándose de fabulosos

---

69 *gatos*.—Es corriente en Quevedo llamar gatos a los ladrones.

semblantes, y luego dicen pensé que no me obligara, pensé que no me amartelara, pensé que ella me diera a mí, y no me quíara, pensé que me adoraba; y así todos los amantes en el infierno están por *pensé que*. Estos son la gente en quien más ejecuciones hace el arrepentimiento, y los que menos saben de sí.» Estaba en medio dellos el Amor lleno de sarna, con un rótulo que decía :

No hay quien este amor no dome  
Sin justicia o con razón,  
Porque es sarna y no afición  
Amor que se pega y come.

«¿Cóplica hay?, dije yo: no andan lejos de aquí los poetas»; cuando volviéndome a un lado veo una bandada de hasta cien mil dellos en una jaula, que llaman los Orates en el infierno.

«¡Hay tan graciosa locura, dije yo, que aun aquí estáis sin dejarla ni de cansaros della! ¡Oh qué vi dellos!» Y decía un diablo: «Esta es gente que canta sus pecados como otros los lloran, pues en amancebándose, con hacerla pastora o mora<sup>70</sup>, la sacan a la vergüenza en un romancico por todo el mundo. Si las quieren a sus damas, lo más que les dan es un soneto o unas octavas; y si las aborrecen o las dejan, lo menos que les dejan es una sátira. ¡Pues qué es verlas cargadas de pradicos de esmeraldas, de cabellos de oro, de perlas de la mañana, de fuentes de cristal, sin hallar sobre todo esto dinero para una camisa, ni sobre su ingenio! Y es gente que apenas se conoce de qué ley son, porque el nombre es de cristianos, las almas de herejes, los pensamientos de alarbes, y las palabras de gentiles.» «Si mucho me aguardo, dije entre mí, yo oíré algo que me pese.»

Fuíme adelante, y dejélos con deseo de llegar adonde estaban los que no supieron pedir a Dios. ¡Oh qué muestras de dolor tan grandes hacían! ¡Oh qué sollozos tan lastimosos! Todos tenían las lenguas condenadas a perpetua cár-

<sup>70</sup> con hacerla pastora o mora.—Comp. *Premáticas... contra los poetas güeros*: «Item advirtiendo que después que dejaron de ser moros (aunque guardan algunas reliquias) se metieron a pastores todos... mandados que dejen el oficio». V. también *Buscón*, Ebro, 65, y *Premática del Tiempo*.

cel, y poseídas del silencio. Tal martirio, en voces ásperas de un demonio, recibían por los oídos: «¡Oh corvas almas inclinadas al suelo, que con oración logrera y ruego mercader y comprador os atrevistes a Dios y le pedistes cosas que de vergüenza de que otro hombre las oyese aguardábalas a coger solos los retablos! ¿Pues cómo? ¿Mas respeto tuvisteis a los mortales que al Señor de todos? Quien os ve en un rincón, medrosos de ser oídos, pedir mormurando sin dar licencia a las palabras que se saliesen de los dientes cerrados de ofensas: Señor, muera mi padre, y acabe yo de suceder su hacienda; llevaos a vuestro reino a mi mayor hermano, y aseguradme a mí el mayorazgo; halle yo una mina debajo de mis pies; el rey se incline a favorecerme, y véame yo cargado de sus favores; y ved (dijo) a lo que llegó una desvergüenza que osastes decir: Y haced esto, que si lo hacéis, yo os prometo de casar dos huérfanas, de vestir seis pobres y de daros frontales.» ¡Qué ceguedad de hombres, prometer dádivas al que pedís, con ser la suma riqueza! Pedistes a Dios por merced lo que él suele dar por castigo; y si os lo da, os pesa de haberlo tenido cuando morís; y si no os lo da, cuando vivís; y así de puro necios siempre tenéis quejas. Y si llegáis a ser ricos por votos, decidme ¿cuáles cumplís? ¿Qué tempestad no llena de promesas los santos? ¿Y qué bonanza tras ella no los torna a desnudar, con olvido, de toques de campanas? ¿Qué de preseas ha ofrecido a los altares la espantosa cara del golfo? ¿Y qué dellas ha muerto y quitado de los mismos templos el puerto? Nacen vuestros ofrecimientos de necesidad, y no de devoción. ¿Pedisteis alguna vez a Dios paz en el alma, aumento de gracia, favores suyos o inspiraciones? No por cierto; ni aun sabéis para qué son menester esas cosas ni lo que son. Ignoráis que el holocausto, sacrificio y oración que Dios recibe de vosotros, es la pura conciencia, humilde espíritu, caridad ardiente; y esto acompañado con lágrimas es moneda que aun Dios (si puede) es cudicioso en nosotros. Dios, hombres, por vuestro bien gusta que os acordéis dél; y como (si no es en los trabajos) no os acordáis, por eso os da trabajos, porque tengáis dél memoria. Considerad vosotros, necios demandadores, cuán brevemente se os acabaron las cosas que importunos pedisteis a Dios. ¡Qué

presto os dejaron; y cómo ingratos no os fueron compañía en el postrer paso! ¿Véis cómo vuestros hijos aun no gastan de vuestras haciendas un real en obras pías, diciendo que no es posible que vosotros gustéis dellas, porque si gustáredes, en vida hiciérades algunas? Y pedís tales cosas a Dios, que muchas veces por castigo de la desvergüenza con que las pedís os las concede. Y bien, como suma sabiduría, conoció el peligro que tenéis en saber pedir, pues lo primero que os enseñó en el *Pater noster* fue pedirle; pero pocos entendéis aquellas palabras donde Dios enseñó el lenguaje con que habéis de tratar con El. Quisieron responderme, mas no les daban lugar las mordazas.

Yo, que vi que no habían de hablar palabra, pasé adelante, donde estaban juntos los ensalmadores ardiéndose vivos, y los saludadores también condenados por embustidores. Dijo un diablo: «Véislos aquí a estos tratantes en santiguaduras, mercaderes de cruces, que embelecaron el mundo y quisieron hacer creer que podía tener cosa buena un hablador. Gente es ésta ensalmadora que jamás hubo nadie que se quejase dellos: porque si les sanan antes, se lo agradecen; y si los matan, no se pueden quejar, y siempre les agradecen lo que hacen, y dan contento: porque si ganan, el enfermo los regala; y si matan, el heredero les agradece el trabajo. Si curan con agua y trapos la herida que sanará por virtud de naturaleza, dicen que es por ciertas palabras virtuosas que les enseñó un judío. ¡Mirad qué buen origen de palabras virtuosas! Y si se enfistola<sup>71</sup>, empeora y muere, dicen que llegó su hora, y de badajo<sup>72</sup> que se la dio y todo. ¿Pues qué es de oír a éstos las mentiras que cuentan de uno que tenía las tripas fuera en la mano en tal parte, y otro que estaba pasado por las ijadas? Y lo que más me espanta es que siempre he medido la distancia de sus curas, y siempre las hicieron cuarenta o cincuenta leguas de allí, estando en servicio de un señor que ha ya trece años que murió, porque no se averigüe tan presto la mentira, y por la mayor parte estos tales que curan con agua enferman ellos

<sup>71</sup> *enfistola*.—Otras ed. '*afistola*', hacerse fistula una herida, ulcerarse.

<sup>72</sup> *badajo*.—'Al necio que sabe poco le llaman badajo'. Cov.

por vino. Al fin, éstos son por los que se dijo: Hurtan que es bendición, porque con la bendición hurtan, tras ser siempre gente ignorante. Y he notado que casi todos los ensalmos están llenos de solecismos; y no sé qué virtud se tenga el solecismo por lo cual se pueda hacer nada. Al fin, vaya, do fuere, ellos están acá algunos; que otros hay buenos hombres que como amigos de Dios alcanzan dél la salud para los que curan; que la sombra de sus amigos suele dar vida.»

«Pero para ver buena gente mirad los saludadores, que también dicen que tienen virtud.» Ellos se agraviaron, y dijeron que era verdad que la tienen. Y a esto respondió un diablo: «¿Cómo es posible que por ningún camino se halle virtud en gente que anda siempre soplando?»<sup>73</sup> «Alto, dijo un demonio, que me he enojado; vayan al cuartel de los porquerones<sup>74</sup> que viven de lo mismo.» Fueron, aunque a su pesar; y yo abajé otra grada por ver los que Judas me dijo que eran peores que él, y topé en una alcoba muy grande de una gente desatinada, que los diablos confesaban que ni los entendían si se podían averiguar con ellos. Eran astrólogos y alquimistas. Estos estaban llenos de hornos y crisoles, de lodos, de minerales, de escorias, de cuernos, de estiércol, de sangre humana, de polvos y de alambiques. Aquí calcinaban, allí lavaban, allí apartaban, y acullá purificaban. Cuál estaba fijando el mercurio al martillo, y habiendo resuelto la materia viscosa, y ahuyentando la parte sutil, lo corruptivo del fuego, en llegándose a la copela<sup>75</sup>, se le iba en humo. Otros disputaban si se había de dar fuego de mecha, o si el fuego o no fuego de Raimundo había de entenderse de la cal o si de luz efectiva del calor, y no de calor efectivo de fuego. Cuáles con el signo de Hermete<sup>76</sup>

73 *soplando*.—Los saludadores curaban con el soplo.

74 *porquerones*.—Corchetes, soplones.

75 *copela*.—La materia con que se afina la plata, compuesta de ceniza cocida y seca y de tuétanos de cuerno de carnero quemados y molidos.

76 *Hermete*.—Hermes Trismégistos, esto es, 'tres veces grande'. Desde el s. II de C. aluden Plutarco, Clemente de Alejandría y Tertuliano a libros atribuidos a Hermes. Para Filón de Biblos fue Hermes un antiguo sabio egipcio; para otros un dios que enseñó ciertas enseñanzas secretas y se le tiene como fundador de las ciencias ocultas. Los libros atribuidos que se conservan parecen

daban principios a la obra magna<sup>77</sup>, y en otra parte miraban ya el negro blanco, y le aguardaban colorado; y juntando a esto la *proporción de naturaleza, con naturaleza se contenta la naturaleza, y con ella misma se ayuda*, y los demás oráculos ciegos suyos, —esperaban la reducción de la primera materia y al cabo reducían su sangre a la postrera podre, y en lugar de hacer del estiércol, cabellos, sangre humana, cuernos y escoria oro, hacían del oro estiércol, gastándolo neciamente. ¡Oh qué de voces que oí sobre el padre muerto ha resucitado y tornado a matar! ¡Y qué bravas las daban sobre entender aquellas palabras tan referidas de todos los autores químicos: «¡Oh! Gracias sean dadas a Dios que de la cosa más vil del mundo permite hacer una cosa tan rica.» Sobre cuál era la cosa más vil se ardían. Uno decía que ya la había hallado; y si la piedra filosofal se había de hacer de la cosa más vil, era fuerza hacerse de corchetes. Y los cocieran y distilaran, si no dijera otro que tenían mucha parte de aire para poder hacer la piedra; que no había de tener materiales tan pavorosos. Y así se resolvieron que la cosa más vil del mundo eran los sastres, pues cada punto se condenaban, y que era gente más enjuta.

Cerraban con ellos si no dijera un diablo: «¿Queréis saber cuál es la cosa más vil? Los alquimistas; y así porque se haga la piedra es menester quemaros a todos.» Diéronles fuego, y ardían casi de buena gana sólo por ver la piedra filosofal.

Al otro lado no era menos la trulla<sup>78</sup> de astrólogos y supersticiosos. Un quiromántico iba tomando las manos a todos los otros que se habían condenado, diciendo: «¡Qué claro que se ve que se habían de condenar éstos por el monte de Saturno<sup>79</sup>.» Otro que estaba a gatas con un compás

---

del siglo III y son tratados filosófico-religiosos enlazados con las teorías de Plotino. Hay traducción francesa con estudio preliminar de L. Menard, París, 1866-68.

<sup>77</sup> obra magna.—O crisopeya, es la trasmutación en oro de materias viles.

<sup>78</sup> trulla.—Tropel de gente.

<sup>79</sup> monte de Saturno.—Para los quirománticos es la carnosidad que hay en la base del dedo corazón. Así el pulgar es el dedo de Venus, el índice de Júpiter, el anular de Apolo y el meñique de Mercurio, todos con sus correspondientes montes.

midiendo alturas y notando estrellas, cercado de efemérides tablas, se levantó y dijo en altas voces: «Vive Dios que si me pariera mi madre medio minuto antes, que me salvo; porque Saturno en aquel punto mudaba el aspecto, y Marte se pasaba a la casa de la vida, el escorpión perdía su malicia, y yo como di en procurador fui pobre mendigo». Otro tras él andaba diciendo a los diablos que le mortificaban que mirasen bien si era verdad que él había muerto; que no podía ser, a causa que tenía Júpiter por ascendente, y a Venus en la casa de la vida, sin aspecto ninguno malo, y que era fuerza que viviese noventa años. «Miren, decía, que les notifico que miren bien si soy difunto, porque por mi cuenta es imposible que pueda ser esto». En esto iba y venía sin poderlo nadie sacar de aquí.

Y para enmendar la locura éstos, salió otro geométrico<sup>80</sup> poniéndose en puntos con las ciencias, haciendo sus doce casas gobernadas por el impulso de la mano y rayas a imitación de los dedos, con supersticiosas palabras y oración; y luego, después de sumados sus pares y nones, sacando juez y testigos, comenzaba a querer probar cuál era el astrólogo más cierto; y si dijera puntual acertara, pues es su ciencia de punto como calza, sin ningún fundamento, aunque pese a Pedro de Abano<sup>81</sup>, que era uno de los que allí estaban, acompañando a Cornelio Agripa<sup>82</sup> (que con una alma ardía en cuatro cuerpos de sus obras malditas y descomulgadas), famoso hechicero. Tras éste vi

---

80 *geometría*.—Así en todas las ed. y ateniéndose a esta lectura los autores del «*Tribunal de la justa venganza*» (6.ª audiencia, disc. 3.ª) reprochaban a Quevedo, «El geómetra no trata de Geomancia ni Quiromancia, sino demostraciones matemáticas». Es errata por *geomántico*, como se ve en el ms. de la R. Academia de la Hist., I, 31.

81 *Pedro de Abano*.—Médico y astrólogo nacido en Abano (1250), cerca de Padua.

82 *Agripa*.—Henrico Cornelio Agripa (1486-1533), médico y secretario del Emperador Maximiliano, combatió en Italia a las órdenes de don Antonio de Leiva. Por su obra *De oculta philosophia libri III* (Amberes, 1531), fue acusado de mago y encarcelado. El mismo se daba los títulos de 'segundo Fausto', 'fuente de la nigromancia', 'mago' y 'astrólogo'.



con su Poligrafía y Esteganografía a Trithemio<sup>83</sup>, que así llaman al autor de aquellas obras escandalosas, muy enojado con Cardano<sup>84</sup>, que estaba enfrente, porque dijo mal dél sól, y supo ser mayor mentiroso en sus libros de *Subtilitate*, por hechizos de viejas que en ellos juntó. Julio César Scalígero<sup>85</sup> se estaba atormentando por otro lado en sus *Ejercitaciones*, mientras pensaba las desvergonzadas mentiras que escribió de Homero y los testimonios que le levantó por levantar a Virgilio aras, hecho idólatra de Marón. Estaba riéndose de sí mismo Artefio<sup>86</sup> con su magica, haciendo las tablillas para entender el lenguaje de las aves; y Crecol de Ascoli<sup>87</sup> muy triste y pelándose las barbas, porque tras tanto experimento dispartado no podía hallar nuevas necesidades que escribir, Teofrasto Paracelso<sup>88</sup> estaba quejándose del tiempo que había gastado en la alquimia, pero contento en haber escrito medicina y mágica, que nadie la entendía, y haber llenado las imprentas de pullas a vuelta de muy agudas cosas. Y detrás de todos estaba Hubequer<sup>89</sup> el pordiosero, vestido de los andrajos de cuantos escribieron mentiras y desvergüenzas, hechizos y supersticiones, hecho su libro un Ginebra de moros, gentiles y cristianos. Allí estaba el secreto autor de la *Clavicula Salomonis*<sup>90</sup>, y el que le imputó los

83 *Juan de Trithemio*.—Nombre latinizado de su lugar de origen, Trittenheim. Fue religioso benedictino. Las obras citadas por Quevedo no son nigromancia, sino de escritura en cifra, aunque se las tuvo por tales. Vivió 1462-1516.

84 *Jerónimo de Cardano*.—Médico geómetra (1501-76). Escribió de Física, de Matemáticas y de Historia Natural.

85 *Scalígero*.—Julio César Scalígero de Verona (murió 1558), médico y humanista. Escribió contra Cardano. Como crítico literario prefirió Virgilio a Homero.

86 *Artefio*.—Filósofo hermético del s. XII, escribió entre otras, *De cantu et motibus avium*, obra a que alude el texto.

87 *Cecol de Ascoli*.—Cecco (dim. de Francesco) de Ascoli, por ser natural de esta ciudad, llamóse Francisco Stabili. Acabó sus días (1327) quemado por hereje.

88 *Teofrasto Paracelso*.—Felipe Aurelio T., más conocido por Paracelso, profesó Medicina en la Universidad de Basilea, siendo el primero que en sus explicaciones usó el vulgar en vez del latín. La fama de alquimista no parece muy fundada. Vivió 1493-1541.

89 *Hubequer*.—Jacobó Wecker, autor *De secretis I*, XVII *ex variis auctoribus collecti*, Basilea, 1582.

sueños. ¡Oh cómo se abrasaba burlado de vanas y necias oraciones el hereje que hizo el libro *Adversas omnia pericula mundi*. ¡Qué bien ardía el Catán<sup>91</sup> y las obras de Races<sup>92</sup>. Estaba Taysnerio<sup>93</sup> con su libro de fisonomías y manos, pensando por los hombres que había vuelto locos con sus disparates; y refase sabiendo el bellaco que las fisonomías no se pueden sacar ciertas de particulares rostros de hombres que, o por miedo o por no poder, no muestran sus inclinaciones, y las reprimen; sino sólo de rostros y caras de príncipes y señores sin superior, en quien las inclinaciones no respetan nada para mostrarse. Estaba luego un triste autor<sup>94</sup> con sus rostros y manos, y los brutos concertando por las caras la similitud de las costumbres. A Escoto el italiano<sup>95</sup> vi allá, no por hechicero y mágico, sino por mentiroso y embustero. Había otra gran copia, y aguardaban sin duda mucha gente, porque había grandes campos vacíos. Y nadie estaba con justicia entre todos estos autores presos por hechiceros sino fueron unas mujeres hermosas, porque sus caras lo fueron solas en el mundo. Viendo esto dije entre mí: Ya me parece que vamos llegándonos al cuartel de esta gente.

Dime priesa a llegar allá, y al fin asómeme a parte donde sin favor particular del cielo no se podía decir lo que había. A la puerta estaba la Justicia espantosa, y en la segunda entrada el Vicio desvergonzado y soberbio, la Malicia ingrata e ignorante, la Incredulidad resoluta y ciega, y la Inobe-

90 *Claviculas Salomonis*.—Obra atribuida a Salomón, llena de fórmulas mágicas. La Inquisición entregó a las llamas cuantos ejemplares pudo haber.

91 *Catan*.—Cristóbal Cattan, ginebrino, autor de una Geometría.

92 *Races*.—Con este nombre se conoce en Europa a un filósofo, médico y alquimista muerto en Bagdad (932), llamado Mohamed, hijo de Arrazi.

93 *Taysnerio*.—Juan Taisnier, capellán de Carlos V en la empresa de Túnez, y autor de tratados de quiromancia. Murió en 1598.

94 *un triste autor*.—En ed. anteriores a la de 1631 se le da el nombre de Cicardo Eubino; pero el ms. de la R. Acad. H.<sup>a</sup> da el correcto, Eilhard Lubin, que fue un humanista y teólogo holandés muerto en 1621.

95 *Escoto el italiano*.—Natural de Parma, vivió en Flandes durante el mandato de Alejandro Farnesio. Dedicado a las matemáticas y astrología, fue detenido por nigromante, atribuyéndosele maravillas del otro Escoto (escocés de nombre y nación), que vivió en el s. XIII.

diencia bestial y desbocada. Estaba la Blasfemia insolente y tirana llena de sangre, ladrando por cien bocas y vertiendo veneno por todas, con los ojos armados de llamas ardientes. Grande horror me dio el umbral. Entré y vi a la puerta la gran suma de herejes antes de nacer Cristo<sup>96</sup>. Estaban los ofiteos, que se llaman así en griego de la serpiente que engañó a Eva, la cual veneraron a causa de que supiésemos del bien y del mal. Los cainanos, que alabaron a Caín porque, como decían, siendo hijo del mal, prevaleció su mayor fuerza contra Abel. Los sethianos, de Seth<sup>97</sup>. Estaba Dositheo<sup>98</sup> ardiendo como un horno; y no creía la resurrección, privándose a sí mismo (ignorante más que todas las bestias) de un bien tan grande; pues cuando fuera así que fuéramos solos animales como los otros, para morir consolados habíamos de fingirnos eternidad a nosotros mismos. Y así llama Luciano en boca ajena a los que no creen la inmortalidad del alma: *Felices errore suo*<sup>98 bis</sup>, dichosos con su error, si eso fuera así que murieran las almas con los cuerpos. ¡Malditos!, dije yo: siguiérase que el animal del mundo a quien Dios dio menos discurso es el hombre, pues entiende al revés lo que más importa, esperando inmortalidad; y seguirse hía, que a la más noble criatura dio menos conocimiento y crió para mayor miseria la naturaleza, que Dios no; pues quien sigue esa opinión no lo fie. Estaba luego Saddoc, autor de los Sadduceos: Los fariseos estaban aguardando al Mesías, no como Dios, sino como hombre. Estaban los heliognósticos devictiacos, adoradores del sol; pero los más graciosos son los que veneran las ranas, que fueron plaga a Faraón por ser azote de Dios. Estaban los musoritos<sup>99</sup> haciendo ra-

96 *herejes antes de nacer Cristo*.—Según Fernández-Guerra, Quedo toma la lista de herejes precristianos de una obra de Filastrio, obispo de Brescia, que vivió en la segunda mitad del s. IV. Se trata de *Philistrii episcopi brixienensis haereseon catalogus*.

97 *Seth*.—Hijo de Eva, concebido después de la muerte de Abel para susistir al justo. Más adelante hubo herejes que identificaron a Seth con el Cristo.

98 *Dositheo*.—Tenido por el primer heresiarca, reunió discípulos. uno de los cuales, Saddoc, dio nombre a los saduceos.

98 bis *Felices errore suo*.—*Pharsalia*, I. Comenta más por extenso este pasaje en *Providencia de Dios*. V. A. Marín, O. C., p. 1.253.

99 *musoritas haciendo ratonera el arca*.—'Mus', ratón. De estos herejes se habla en Reg. I, 6.

tonera al arca a puro ratón de oro. Estaban los que adoraron la Mosca accaronita<sup>100</sup>, Ozias, el que quiso pedir a una mosca salud antes que a Dios, por lo cual Elías le castigó. Estaban los troglodytas<sup>101</sup>, los de la fortuna del cielo<sup>102</sup>, los de Baal, los de Asthar, los del ídolo Moloch, y Renfan de la ara de Tofet, los puteoritas<sup>103</sup> herejes veraniscos de pozos, los de la serpiente de metal, y entre todos sonaba la bauránda y el llanto de las judías, que debajo de tierra en las cuevas lloraban al Thamur<sup>104</sup> en su simulacro. Seguían las bahalitas, luego la Pitonisa arremangada, y detrás los de Asthar y Astharot, y al fin los que aguadaban a Herodes, y desto se llaman herodianos. Y hube a todos estos por locos y mentecatos. Mas llegué luego a los herejes que había después de Cristo<sup>105</sup>; allí vi a muchos, como Menandro y Simón Mago, su maestro. Estaba Saturnino inventando disparates. Estaba el maldito Basilides hereciarca. Estaba Nicolás antioqueno, Carpócrates y Gerintho y el infante Ebion. Vino luego Valentino, el que dio por principio de todo el mar y el silencio. Menandro, el mozo de Samaria, decía que él era el Salvador, y que había caído del cielo; y por imitarlo decía detrás dél Montano frigio que él era el Parácleto. Síguenle las desdichadas Priscilla y Maximilla hereciarcas. Llamáronse sus secuaces catafriges, y llegaron a tanta locura, que decían que en ellos y no en los apóstoles vino el Espíritu Santo. Estaba Nepos, obispo, en quien fue corozza<sup>106</sup> la mitra, afirmando que los santos habían de reinar con Cristo en la tierra mil

100 *mosca decaronita*.—Beel-zebub (esto es, 'señor de las moscas'), era el ídolo de la ciudad de Accaron. Reg. IV, 1.

101 *troglydytas*.—Filastró conoce con este nombre a los que idolatran en las cavernas.

102 *la fortuna del cielo*.—La luna y la diosa Isis.

103 *puteoritas, herejes veraniscos*.—Los llama veraniscos jugando del vocablo puteoritas (putens, pozo), por alusión a los en que se conservaba la nieve para el consumo en verano. En Madrid estaban los «pozos de nieve» en lo que es hoy Glorieta de Bilbao. V J. Deleito y Piñuela, «Sólo Madrid es Corte», pág. 162.

104 *Thamur*.—Es el Faraón del tiempo de Moisés.

105 *Herejes que había después de C.*—Fernández-Guerra dice que están tomados de la ob. cit de Filastró y de la *Oficina* de Ravisio Textor, centón consultadísimo.

106 *corozza*.—Capirote de papel que, por infamia, se ponía a los reos de diversos delitos, y era pena que también aplicaba la Inquisición.

años en lascivias y regalos. Venía luego Sabino, prelado hereje arriano, el que en el concilio Niceno llamó idiotas a los que no seguían a Arrio. Después, en miserable lugar, estaban ardiendo por sentencia de Clemente<sup>107</sup>, pontifice máximo que sucedió a Benedicto, los templarios, primero santos en Jerusalén, y luego de puro ricos, idólatras y deshonestos.

Fui pasando por éstos y llegué a una parte donde estaba uno sólo arrinconado y muy sucio, con un zancajo menos y un chirlo por la cara, lleno de cencerros, y ardiendo y blasfemando. «¿Quién eres tú, le pregunté, que entre tantos malos eres el peor?» «Yo, dijo él, soy Mahoma, y declásele el tallecito, la cuchillada y los dijes de arriero. «Tú eres, dije yo, el más mal hombre que ha habido en el mundo y el que más almas ha traído acá.» «Todo lo estoy pasando, dijo, mientras los malaventurados de africanos, adoran el zancarrón o zancajo que aquí me falta.» «Picarón, dije, ¿por qué vedaste el vino a los tuyos?» Y me respondió: «Porque si tras las borracheras que les dejé en mi Alcorán les permitiera las del vino, todos fueran borrachos.» «Y el tocino, ¿por qué se lo vedaste, perro esclavo, descendiente de Agar?» «Eso hice por no hacer agravio al vino, que lo fuera comer torreznos y beber agua, aunque yo vino y tocino gastaba. Y quise tan mal a los que creyeron en mí, que acá les quité la gloria, y allá los perniles y las botas. Y últimamente, mandé que no defendiesen mi ley por razón, porque ninguna hay ni para obedecella ni sustentalla; remitísela a las armas y metflos en ruido para toda la vida. Y el seguirme tanta gente no es en virtud de milagros, sino sólo en virtud de darles la ley a medida de sus apetitos, y con esto me seguían todos. Pero no se remató en mí todo el daño: tiende por ahí los ojos, y verás qué honrada gente topas.»

Volvíme a un lado, y vi todos los herejes de ahora, y topé con Maniqueo<sup>108</sup>. ¡Oh qué vi de calvinistas arañando a Calvino! Y entre éstos estaba el principal Josefo Scaligero, por tener su punta de ateísta y ser tan blasfemo, deslen-

---

107 *Clemente*.—Clemente V suprimió en 1310 la orden de los templarios.

108 *Manes*.—Hereje persa, vino a Roma imperando Aureliano. Sus discípulos se llaman maniqueos.

guado y vano y sin juicio. Al cabo estaba el maldito Lutero con su capilla y sus mujeres, hinchado como un sapo y blasfemando, y Melanchthon comiéndose las manos<sup>109</sup> tras sus herejías. Estaba el renegado Beza, maestro de Ginebra, leyendo, sentado en cátedra de pestilencia; y allí lloré viendo a Enrico Estéfano. Preguntéle no sé qué de la lengua griega, y estaba tal la suya, que no pudo responderme sino con bramidos. Espántome, Enrico, de que supieses nada. ¿De qué te aprovechan tus letras y agudezas? Más le dijera si no me enterneciera la desventurada figura en que estaba el miserable penando. Estaba ahorcado de un pie Helio Eobano hesso<sup>110</sup>, célebre poeta, competidor de Melanchthon. ¡Oh cómo lloré mirando su gesto torpe con heridas y golpes, y afeados con llamas sus ojos.

Dime prisa a salir deste cercado, y pasé a una galería, donde estaba Lucifer cercado de diablas que también hay hembras como machos. No entré dentro, porque no me atreví a sufrir su aspecto disforme: sólo diré que tal galería tan bien ordenada no se ha visto en el mundo, porque toda estaba colgada de emperadores y reyes vivos como acá muertos. Allá vi toda la casa otomana, los de Roma por su orden. Vi graciosísimas figuras: hilando a Sardanápalo<sup>111</sup>, glotonando a Eliogábalo, a Sapor<sup>112</sup> emparentado con el sol y las estrellas, Viriato andaba a palos tras los romanos, Atila revolvió el mundo, Belisario<sup>113</sup>, ciego acusaba a los atenienses.

Llegó a mí el portero y me dijo: «Lucifer manda que porque tengáis que contar en el otro mundo que veais su camarín.» Entré allá; era un aposento curioso y lleno de buenas joyas. Había pipotes de médicos y muchísimos coronistas, lindas piezas, aduladores de molde y con licencia<sup>114</sup>.

109 *comiéndose las manos*.—Comp. Cerv. *Gitanilla*, «Cuando le sepas has de gustar dél de modo que te comas las manos tras él».

110 *Helio Eobano hesso*.—Natural de Hesse.

111 *Sardanápalo*.—Nombre que los historiadores griegos dan al rey asirio Asurbanípal, del s. VII a. C.

112 *Sapor*.—Hubo tres reyes sasánidas de este nombre, y pretendían descender del sol.

113 *Belisario*.—General bizantino de tiempos de Justiniano. Una leyenda le atribuye fin miserable, después de haberle sido sacados los ojos.

114 *de molde y con licencia*.—Alude a las licencias para la impresión.

Y en las cuatro esquinas estaba ardiendo por hachas cuatro mayos pesquisidores. Seguíanse luego demandadores haciendo labor con diferentes sayos; y de las ánimas<sup>115</sup> había muchos, porque piden para sí mismos y consumen ellos con vino cuanto les dan. Estaba en una peana Sebastián Gertel, general en lo de Alemania contra el Emperador, tras haber sido alabardero suyo.

No acabara yo de contar lo que vi en el camino si lo hubiera de decir todo. Sálme fuera, y quedé como espantado repitiendo conmigo estas cosas. Sólo pido a quien las leyere, las lea de suerte que el crédito que les diere le sea provechoso para no experimentar ni ver estos lugares; certificando al lector que no pretendo en ello ningún escándalo ni reprensión sino de los vicios, pues decir de los que están en el infierno no puede tocar a los buenos. Acabé este discurso en el Fresno a postrero de Abril de 1608, en 28 de mi edad.

---

115 *y de las ánimas.*—Demandadores de las ánimas. V. *Buscón*, cap. XI el '*desalmado animero*', invitado del tío de Pablos.





## EL MUNDO POR DE DENTRO

A DON PEDRO GIRON, DUQUE DE OSUNA,

MARQUÉS DE PEÑAROL, CONDE DE UREÑA

Estas burlas, que llevan en la risa disimulado algún miedo provechoso, envío para que vuecencia se divierta de grandes ocupaciones algún rato. Pequeña es la demostración, mas yo no puedo dar más; y sólo me consuela ver que la grandeza de vuecencia a mucho menos hace honra y merced. En la Aldea<sup>1</sup>, Abril 26 de 1612.

don *Francisco de Quevedo y Villegas*

AL LECTOR, COMO DIOS ME LO DEPARARE,

CANDIDO Y PURPUREO, PIO O CRUEL, BENIGNO  
O SIN SARNA

Es cosa averiguada (así lo siente Metrodoro Chío<sup>2</sup> y otros muchos) que no sabe nada, y que todos son ignorantes; y aun esto no se sabe de cierto, que a saberse, ya se supiera algo: sospéchase. Dícelo así el doctísimo Francisco Sánchez<sup>3</sup>, médico y filósofo, en su libro cuyo título es *Nihil*

1 *Aldea*.—Es la Torre de Juan Abad, cuyo señorío adquirió en 1621.

2 *Metrodoro Chío*.—Filósofo y discípulo predilecto de Epicuro. Diógenes Laercio (I-X, 23-24) cita veinte obras, de las que sólo nos quedan fragmentos. Quevedo, en la *Defensa de Epicuro*, lo vuelve a citar. V. Astrana Marín, *Obras Completas, Prosa*, pág. 909.

3 *Francisco Sánchez*.—Médico y filósofo portugués. Su obra *De multum nobilis et prima mirabili scientia, quod nihil scribitur* fue publicada en 1581, aunque parece que estaba compuesta en 1576. V. Menéndez Pelayo *Ensayos de crítica filosófica*, pág. 204 y sig. y el prólogo del mismo a la primera traducción castellana, publicada en la Biblioteca Renacimiento. Madrid, s. a.



*scitur*: No se sabe nada. En el mundo, fuera de los teólogos, filósofos y juristas, que atienden a la verdad y al verdadero estudio, hay algunos que no saben nada y estudian para saber, y éstos tiene buenos deseos y vano ejercicio; porque al cabo sólo les sirve de conocer cómo toda la verdad la quedan ignorando. Otros hay que no saben nada, y no estudian porque piensan que lo saben todo. Son destos muchos irremediables: a éstos se les ha de envidiar el ocio y la satisfacción, y llorarles el seso. Otros hay que no saben nada, y dicen que no saben nada, porque piensan que saben algo de verdad, pues lo es que no saben nada: y a éstos se les había de castigar la hipocresía con creerles la confesión. Otros hay (y en éstos, que son los peores, entro yo) que no saben nada, ni quieren saber nada, ni creen que se sepa nada, y dicen de todos que no saben nada, y todos dicen dellos lo mismo, y nadie miente. Y como gente que en cosas de letras y ciencia tiene que perder tan poco, se atreven a imprimir y sacar a luz todo cuanto sueñan. Estos dan que hacer a las imprentas, sustentan a los libreros, gastan a los curiosos, y al cabo sirven a las especierías. Yo, pues, como uno destos, y no de los peores ignorantes, no contento con haber soñado el Juicio ni haber endemoniado un alguacil, y últimamente escrito el Infierno, ahora salgo (sin ton ni son; pero no importa, que esto no es bailar) con el *Mundo por de dentro*. Si te agradare y pareciere bien, agradécelo a lo poco que sabes, pues de tan mala cosa te contentas. Y si te pareciese malo, culpa mi ignorancia en escribirlo, y la tuya en esperar otra cosa de mí. Dios te libre, lector, de prólogos largos y de malos epítetos.

## D I S C U R S O

Es nuestro deseo siempre peregrino en las cosas desta vida, y así con vana solicitud anda de unas en otras, sin saber hallar patria ni descanso. Aliméntase de la variedad, y diviértese con ella; tiene por ejercicio el apetito, y éste nace de la ignorancia de las cosas, pues si las conociera cuando cudicioso y desalentado las busca, así las aborreciera como cuando arrepentido las desprecia. Y es de considerar la fuerza grande que tiene, pues promete y persuade tanta hermosura en los deleites y gustos, lo cual dura sólo

en la pretensión dellos; porque en llegando cualquiera a ser poseedor, es justamente descontento. El mundo, que a nuestro deseo sabe la condición para lisonjearla, pónese delante mudable y vario, porque la novedad y diferencia es el afeite con que más nos atrae; con esto acaricia nuestros deseos, llévalos tras sí, y ellos a nosotros. Sea por todas las experiencias mi suceso, pues cuando más apurado me había de tener el conocimiento destas cosas, me hallé todo en poder de la confusión, poseído de la vanidad de tal manera, que en la gran población del mundo, perdido ya, corría donde tras la hermosura me llevaban los ojos, y adonde tras la conversación los amigos, de una calle en otra, hecho fábula de todos; y en lugar de desear salida al laberinto, procuraba que se me alargase el engaño. Ya por la calle de la ira, descompuesto, seguía las pependencias pisando sangre y heridas; ya por la de la gula veía responder a los brindis turbados. Al fin, de una calle en otra andaba (siendo infinitas) de tal manera confuso, que la admiración aun no dejaba sentido para el cansancio, cuando llamado de voces descompuestas y tirado porfiadamente del manteo, volví la cabeza. Era un viejo venerable en sus canas, mal tratado, roto por mil partes el vestido y pisado; no por eso ridículo, antes severo y digno de respeto. «¿Quién eres (dije), que así te confiesas envidioso de mis gustos? Déjame, que siempre los ancianos aborrecéis en los mozos los placeres y deleites; no que dejáis de vuestra voluntad, sino que por la fuerza os quita el tiempo. Tú vas, yo vengo: déjame gozar y ver el mundo.» Desmintiendo sus sentimientos, riéndose dijo: «Ni te estorbo ni te envidio lo que deseas; antes te tengo lástima. ¿Tú por ventura sabes lo que vale un día? ¿Entiendes de cuánto precio es una hora? ¿Has examinado el valor del tiempo? Cierto que no, pues así alegre le dejas pasar hurtado de la hora que fugitiva y secreta te lleva preciosísimo robo. ¿Quién te ha dicho que lo que ya fue volverá cuando lo hayas menester si lo llamares? Dime, ¿has visto algunas pisadas de los días? No por cierto; que ellos sólo vuelven la cabeza a reírse y burlarse de los que así los dejaron pasar. Sábetes que la muerte y ellos están eslabonados y en una cadena; y que cuando más caminan los días que van delante de ti, tiran hacia ti y te acercan a la muerte, que quizá la aguardas y es ya llegada; y se-

gún vives, antes será pasada que creída. Por necio tengo al que toda la vida se muere de miedo que se ha de morir; y por malo al que vive tan sin miedo della como si no la hubiese: que ése la viene a temer cuando la padece; y embarazado con el temor ni halla remedio a la vida ni consuelo a su fin. Cuerdo es sólo el que vive cada día como quien cada día y hora puede morir.» «Eficaces palabras tienes, buen viejo: traído me has el alma a mí, que me la llevaban embelesada vanos deseos: ¿Quién eres, de dónde y qué haces por aquí?» «Mi hábito y traje dice que soy hombre de bien y amigo de decir verdades en lo roto y poco medrado; y lo peor que tu vida tiene es no haberme visto la cara hasta ahora. Yo soy el Desengaño: estos rasgones de la ropa son de los tirones que dan de mí los que dicen en el mundo que me quieren; y estos cardenales del rostro, estos golpes y coces me dan en llegando porque vine y porque me vaya; que en el mundo todos decís que queréis desengaño, y en teniéndole, unos os desesperáis, otros maldécis a quien os le dio, y los más cortes es no le creéis. Si tú quieres, hijo, ver el mundo ven conmigo; que yo te llevaré a la calle mayor, que es adonde salen todas las figuras, y allí verás juntos los que por aquí van divididos, sin cansarte. Yo te enseñaré el mundo como es; que tú no alcanzas a ver si no lo que parece.» «Y ¿cómo se llama, dije yo, la calle mayor del mundo donde hemos de ir?» «Llámase, respondió, Hipocresía; calle que empieza con el mundo y se acabará con él, y no hay nadie casi que no tenga, si no una casa, un cuarto o un aposento en ella. Unos son vecinos y otros paseantes; que hay muchas diferencias de hipócritas, y todos cuantos ves por ahí lo son. ¿Y ves aquel que gana de comer como sastre, y se viste como hidalgo? Es hipócrita; y el día de fiesta con el raso y el terciopelo y el cintillo<sup>4</sup> y la cadena de oro se desfigura de suerte que no le conocerán las tijeras y agujas y jabón; y parecerá tan poco oficial, que aun parece que dice verdad. ¿Ves aquel hidalgo con aquel que es como caballero? Pues debiendo medirse con su hacienda, ir solo, —por ser hipócrita y parecer lo que no es, se va metiendo caballero; y por sustentar un lacayo, ni

<sup>4</sup> *cintillo*.—Adorno de oro o plata, a veces guarnecido de piedras, que se ponía en los sombreros.

sustenta lo que dice ni lo que hace, pues ni lo cumple ni lo paga. Y la hidalguía y la ejecutoria le sirve sólo de pontífice en dispensarle los casamientos que hace con sus deudas; que está más casado con ella que con su mujer. Aquel caballero por ser señoría no hay diligencia que no haga, y ha procurado hacerse Venecia por ser señoría<sup>5</sup>, sino que como se fundó en el viento para serlo, se había de fundar en el agua. Sustenta, por parecer señor, caza de halcones<sup>6</sup> que lo primero que matan es a su amo de hambre con la costa, y luego el rocín en que los llevan, y después cuando mucho una graja o un milano, y ninguno es lo que parece. El señor, por tener acciones de grande se empeña, y el grande remeda ceremonia de rey. Pues ¿qué diré de los discretos? ¿Ves aquel aciago de cara? Pues siendo un mentecato, por parecer discreto y ser tenido por tal, se alaba de que tiene poca memoria, quéjase de melancolías, vive descontento y préciase de mal regido, y es hipócrita que parece entendido, y es mentecato. ¿No ves los viejos hipócritas de barbas, con las canas envainadas en tinta, querer en todo parecer muchachos? ¿No ves a los niños preciarse de dar consejos y presumir de cuerdos? Pues todo es hipocresía. Pues en los nombres de las cosas ¿no hay la mayor del mundo? El zapatero de viejo se llama entretenedor del calzado; el botero, sastre del vino, porque le hace de vestir; el mozo de mulas, gentil-hombre de camino; el bodegón, estado<sup>7</sup>; el bodegonero, contador; el verdugo se llama miembro de la justicia; y el corchete, criado; el fullero, diestro; el ventero, huésped; la taberna, ermita. Amistad llaman el amancebamiento, trato a la usura, burla a la estafa, gracia a la mentira, donaire la malicia, descuido la bellaquería, valiente al desvergonzado, cortesano al vagamundo, al negro moreno, se-

5 *hacerse Venecia por ser señoría*.—Sabido es que a la República de Venecia se le llamaba también 'Señoría de id' Téngase en cuenta, además, que 'señoría' es tratamiento dado a la nobleza superior.

6 *por parecer señor* —La caza de cetrería era deporte propio de gente noble.

7 *estado*.—Comp. Cervantes, *La ilustre fregona*: «bodegonos o casas de estado», y C. Suárez de Figueroa, *Pasagero*, Al. VII, «lo que en Sevilla llaman gula, en Madrid estado, y en todo el mundo bodegón».

ñor maestro al albardero, y señor doctor al p'aticante. Así que no son lo que parecen ni lo que se llaman : hipócritas en el nombre y en el hecho. ¡Pues unos nombres que hay generales! A toda pícara, señora hermosa ; a todo hábito largo, señor licenciado<sup>8</sup> ; a todo gallofero<sup>9</sup>, señor soldado ; a todo bien vestido, señor hidalgo ; a todo escribano, secretario. De suerte que todo el hombre es mentira por cualquier parte que le examines, si no es que, ignorante como tú, crea las experiencias. ¿Ves los pecados? Pues todos son hipocresía, y en ella empiezan y acaban, y della nacen y se alimentan la ira, la gula, la soberbia, la avaricia, la lujuria, la pereza, el homicidio y otros mil.» «¿Cómo me puedes tú decir ni probarlo, si vemos que son diferentes y distintos?» No me espanto que eso ignores ; que lo saben pocos. Oye, y entenderás con facilidad eso que así te parece contrario, que bien se conviene. Todos los pecados son malos : eso bien lo confiesas ; y también confiesas con los filósofos y teólogos que la voluntad apetece lo malo debajo de razón de bien, y que para pecar no basta la representación de la ira ni el conocimiento de la lujuria sin el consentimiento de la voluntad ; y que eso, para que sea pecado, no aguarda la ejecución, que sólo le agrava más, aunque en esto hay muchas diferencias. Esto así visto y entendido, claro está que cada vez que un pecado destes se hace, que la voluntad lo consiente y lo quiere ; y según su natural, no pudo apetecele sino debajo de razón de algún bien. Pues ¿hay más clara y más confirmada hipocresía que vestirse de bien en lo aparente para matar con el engaño? ¿Qué esperanza es la del hipócrita?, dice Job<sup>10</sup>. Ninguna, pues ni la tiene por lo que es, pues es malo ; ni por lo que parece, pues lo parece y no lo es. Todos los pecadores tienen menos atrevimiento que el hipócrita, pues ellos pecan contra Dios, pero no con Dios ; mas el hipócrita peca contra Dios y con Dios, pues le toma por instrumento para pecar.»

En esto llegamos a la calle mayor ; vi todo el concurso que el viejo me había prometido. Tomamos puesto conve-

<sup>8</sup> *hábito largo*.—V. nota 30 de *Zahurdas*.

<sup>9</sup> *gallofero*.—El que se anda holgazán y ocioso, acudiendo a las heras de comer a las porterías de los conventos. Covarrubias.

<sup>10</sup> *Job*.—Quae est enim spes hypocritae, 27, 8.

niente para registrar lo que pasaba: fue un entierro en esta forma. Venían envainados en unos sayos grandes de diferentes colores unos pícaros haciendo una taracea de mullidores<sup>11</sup>. Pasó esta recua incensando con las campanillas; seguían los muchachos de la doctrina, meninos de la muerte y lacayuelos de ataúd, chirriando la calavera<sup>12</sup>; seguíanse luego doce galloferos, hipócritas de la pobreza, con doce hachas acompañando el cuerpo y abrigando a los de la capacha<sup>13</sup>, que hombreado<sup>14</sup> testifican el peso de la difunta. Detrás seguía larga procesión de amigos que acompañaban en la tristeza y luto al viudo, que, anegado en capuz de bayeta y devanado en una chía<sup>15</sup>, perdido el rostro en la falda de un sombrero, de suerte que no se le podían hallar los ojos; corvos e impedidos los pasos con el peso de diez arrobas de cola arrastrada, iba tardo y perezoso. Lastimado deste espectáculo, «¡dichosa mujer, dije, si lo puede ser alguna en la muerte, pues hallaste marido que pasó con la fe y el amor más allá de la vida y sepultura! ¡Y dichoso viudo que ha hallado tales amigos que no sólo acompañan su sentimiento, pero que parece que le vencen en él! ¿No ves qué tristes van y suspensos?» El viejo, moviendo la cabeza y sonriéndose, dijo: «Desventurado, eso todo es por de fuera, y parece así; pero ahora lo verás por de dentro, y verás con cuánta verdad el ser desmiente a las apariencias. ¿Ves aquellas luces, campanillas y mullidores o todo este acompañamiento piadoso, que es sufragio cristiano y limosnero? Esto es saludable; mas las bravatas que en los túmulos sobrescriben podri-

11 *mullidores*.—Mullidor o mullidor es el criado de las cofradías encargado de asistir a los entierros de los cofrades.

12 *chirriando la calavera*.—Comp. *Cartas del Caballero de la Te- naza*: «que en los niños de la doctrina sirve de chirriar a las calaveras». Los niños de la doctrina, eran huérfanos pobres, a los que se recogía para doctrinarlos o educarlos y solían acompañar los entierros cantando el oficio de difuntos.

13 *los de la capacha*.—Los religiosos de la orden de San Juan de Dios, conocidos por ese nombre a causa de la capacha en que recogían limosna para los pobres.

14 *hombrear*.—De 'hombro'.

15 *chía*.—Manto que se usaba en los lutos.

ción de gusanos, se podría excusar; empero también los muertos tienen su vanidad, y los difuntos y difuntas su soberbia. Allí no va sino tierra de menos fruto y más espantosa de la que pisan, por si no merecedora de alguna honra ni aun de ser cultivada con arado ni azadón. ¿Ves aquellos viejos que llevan las hachas? Pues algunos no las atizan para que atizadas alumbren más, sino porque atizadas a menudo derriten más y ellos hurtan más cera para vender. Estos dos son los que a la sepultura hacen la salva<sup>16</sup> en el difunto y difunta, pues antes que ella lo coma ni lo pruebe, cada uno le ha dado un bocado, arrancándole un real o dos; mas con todo esto tiene el valor de la limosna. ¿Ves la tristeza de los amigos? Pues todo es de ir en el entierro; y los convidados van dados al diablo con los que los convidaron; que quisieran más pasearse o asistir a sus negocios. Aquel que habla de mano con el otro le va diciendo que convidar a entierro y a misacantanos, donde se ofrece, y que no se puede hacer con un amigo; y que el entierro sólo es convite para la tierra, pues a ella solamente llevan que coma. El viudo no va triste del caso y viudez, sino de ver que pudiendo él haber enterrado a su mujer en un muladar y sin costa y fiesta ninguna, le hayan metido en semejante baraúnda y gasto de cofradías y cera; y entre sí dice que le debe poco; que ya que se había de morir, pudiera haberse muerto de repente, sin gastarle en médicos, barberos ni boticas, y no dejarle empañado en jarabes y pócimas. Dos ha enterrado con ésta; y es tanto el gusto que recibe de enviudar, que ya va trazando el casamiento con una amiga que ha tenido; y fiado con su mala condición y endemoniada vida, piensa doblar el capuz por poco tiempo. Quedé espantado de ver todo esto ser así, diciendo: «¡Qué diferentes son las cosas del mundo de como las vemos! Desde hoy perderán conmigo todo el crédito mis ojos, y nada creeré menos de lo que viere.» Pasó por nosotros el entierro como si no hubiera de pasar por nosotros tan brevemente, y como si aquella difunta no nos fuera enseñando el camino, y muda no nos dijera a todos: «Delante voy, donde aguardo a los que

---

16 *hacen la salva*. Hacer la salva, probar los manjares y bebidas antes de servirlos en la mesa.

quedáis, acompañando a otros que yo vi pasar con ese propio descuido.»

Apartónos desta consideración el ruido que andaba en una casa a nuestras espaldas: entramos dentro a ver lo que fuese; y al tiempo que sintieron gente comenzó un plañido, a seis voces de mujeres que acompañaban una viuda. Era el llanto muy autorizado, pero poco provechoso al difunto. Sonaban palmadas de rato en rato, que parecía palmeado de diciplinantes. Oíanse unos sollozos estirados, embutidos de suspiros, pujados por falta de gana. La casa estaba despojada, las paredes desnudas, la cuitada estaba en un aposento oscuro, sin luz ninguna, lleno de bayetas<sup>17</sup>, donde lloraban a tiento. Unas decían: «Amiga, nada se remedia con llorar.» Otras: «Sin duda goza de Dios.»Cuál le animaba a que se conformase con la voluntad del Señor. Y ella luego comenzaba a soltar el trapo, y llorando a cántaros, decía: «¿Para qué quiero yo vivir sin Fulano? ¡Desdichada nací, pues no me queda a quien volver los ojos! ¿Quién ha de amparar a una pobre mujer sola?» Y aquí plañían todas con ella, y andaba una sonadera de narices que se hundía la cuadra; y entonces advertí que las mujeres se purgan en un pésame destos, pues por los ojos y las narices echan cuanto mal tienen. Enternecíme y dije: «¡Qué lástima tan bien empleada es la que se tiene a una viuda!, pues por sí una mujer es sola, y viuda mucho más; y así su nombre es de *mudas sin lengua*, que eso significa la voz que dice *viuda* en hebreo, pues ni tiene quien hable por ella, ni atrevimiento; y como se ve sola para hablar, y aunque hable, como no la oyen, lo mismo es por ser mudas, y peor.» «Esto remedian con meterse a dueñas, pues en siéndolo, hablan de manera, que de lo que las sobra pueden hablar todos los mudos y sobrar palabras para los trabajosos y pausados. Al marido muerto llaman 'el que pudre'. Mirad cuáles son éstas; y si muerto, que ni las asiste ni las guarda ni las acecha, dicen que pudre, ¿qué dirían cuando vivo hacía todo esto?» «Eso, respondí, es malicia que se verifica en algunas; mas todas son un género femenino desamparado y tal como aquí se repre-

<sup>17</sup> *la casa estaba despojada... lleno de bayetas.*—El ceremonial del luto afectaba incluso al adorno de la casa. La bayeta es el paño propio del luto. V. el *Viaje por España de 1679* de Mme. d'Aulnoy.



Providencia de Dios  
Padecida de los que la niegan.  
Y.

Gozada de los que la confiesan.  
Doctrina estudiada  
En los Gusanos, y Persecuciones  
de Job.

Al Padre Mauricio de Attoño  
de la Sagrada Petición de la Com-  
pañía de Jesús, y Lector de  
Teología en el Colegio de la Ciu-  
dad de Leon.

Suelen decir por opronio, de lo  
que se escribió, que pare se  
hallado en vn Muladar, i  
quien deste tratado me lo dixere  
acierta, i no desprecia; pues  
le hallé en el de Job. Muladares

senta en esta desventurada mujer. Dejadme dije al viejo, llorar semejante desventura y juntar mis lágrimas a las destas mujeres.» El viejo, algo enojado, dijo: «¿Ahora lloras, después de haber hecho ostentación vana de tus estudios y mostrándote docto y teólogo cuando era menester mostrarte prudente? ¿No aguardarás a que yo te hubiera declarado estas cosas para ver cómo merecían que se hablase dellas? Mas ¿quién habrá que detenga la sentencia ya imaginada en la boca? No es mucho, que no sabes otra cosa, y que a no ofrecerse la viuda, te quedabas con toda tu ciencia en el estómago. No es filósofo el que sabe dónde está el tesoro, sino el que después de poseído usa bien dél. ¿Qué importa que sepas dos chistes y dos lugares<sup>18</sup>, si no tienes prudencia para acomodarlos? Oye, verás esta viuda que por de fuera tiene un cuerpo de responsos, cómo por de dentro tiene un ánima de aleluyas, las tocas negras y los pensamientos verdes. ¿Ves la escuridad del aposento y estar cubiertos los rostros con el manto? Pues es porque así, como no las pueden ver, con hablar un poco gangoso, escupir y remedar sollozos, hace un llanto casero y hechizo, teniendo los ojos hechos una yesca. ¿Quiéraslas consolar? Pues déjales solas, y bailarán en no habiendo con quien cumplir, y luego las amigas harán su oficio. Y advertid que el día de la viudez es el día que más comen estas viudas, porque para animarla no entra ninguna que no le dé un trago, y le hace comer un bocado, y ella le come diciendo: «Todo se vuelve ponzoña»; y medio mascándolo dice: «¿Qué provecho puede hacer esto a la amarga viuda que estaba hecha a comer a medias todas las cosas y con compañía, y ahora se las habrá de comer todas enteras sin dar parte a nadie de puro desdichada?» Mira, pues, siendo esto así, qué a propósito vienen tus explicaciones.»

Apenas esto dijo el viejo, cuando arrebatados de unos gritos, ahogados en vino, de gran ruido de gente, salimos a ver qué fuese, y era un alguacil, el cual con sólo un pedazo de vara en la mano y las narices ajadas, deshecho el cuello, sin sombrero y en cuerpo, iba pidiendo favor al

<sup>18</sup> Lugares.—Textos, citas.

Rey, favor a la justicia, tras un ladrón que en seguimiento de una iglesia (y no de puro buen cristiano) iba tan ligero como pedía la necesidad y le mandaba el miedo. Atrás, cercado de gente, quedaba el escribano lleno de lodo, con las cajas en el brazo izquierdo, escribiendo sobre la rodilla. Y noté que no hay cosa que crezca tanto en tan poco tiempo como culpa en poder de escribano, pues en un instante tenía la resma al cabo. Pregunté la causa del alboroto: dijeron que aquel hombre que huía era amigo del alguacil, y que fió no sé qué secreto tocante en delito; y por no dejarlo a otro que lo hiciese, quiso él asirle. Huyósele después de haberse dado muchas puñadas; y viendo que venía gente encomendóse a sus pies, y fuese a dar cuenta de sus negocios a un retablo<sup>19</sup>. El escribano hacía la causa mientras el alguacil con los corchetes (que son podencos del verdugo que siguen ladrando) iban tras él, y no le podían alcanzar. Y debía de ser el ladrón muy ligero, pues no le podían alcanzar soplonés, que por fuerza corrían como el viento. «¿Con qué podrá premiar una república el celo deste alguacil, pues porque yo y el otro tengamos nuestras vidas, honras y haciendas ha aventurado su persona? Este merece mucho con Dios y con el mundo: mírale cuál va roto y herido, llena de sangre la cara, por alcanzar a aquel delincuente y quitar un tropezón a la paz del pueblo.» «Basta, dijo el viejo, que si no te van a la mano, dirás un día entero. Sábeté que ese alguacil no sigue a este ladrón ni procura alcanzarle por el particular y universal provecho de nadie, sino que como ve que aquí le mira todo el mundo, córrese de que haya quien en materia de hurtar le eche el pie delante y por eso aguija por alcanzarle. Y no es culpable el alguacil porque le prendió siendo su amigo si era delincuente; que no hace mal el que come de su hacienda, antes hace bien y justamente, y todo delincuente y malo, sea quien fuere, es hacienda del alguacil, y le es lícito comer della. Estos tienen sus censos sobre azotes y galeras, y sus juros sobre la horca. Y créeme que el año de virtudes para éstos y para el infierno es estéril; y no sé cómo aborreciéndolos el mundo tanto, por

---

19 a un retablo.—Se acogió a sagrado.

venganza dellos da en ser bueno adrede por uno o por dos años, que de hambre y de pena se morirían; y renegad de oficio que tiene situados sus gajes donde los tiene situados Bercebú.» «Ya que en eso pongas también dolo, ¿cómo lo podrás poner en el escribano que le hace la causa calificada con testigos?» Ríete deso, dijo: ¿has visto tú alguacil sin escribano algún día? No por cierto; que como ellos salen a buscar de comer, porque (aunque topen un inocente) no vaya a la cárcel sin causa, llevan escribano que se la haga; y así, aunque ellos no den causa para que les prendan, hácela el escribano y están presos con causa; y en los testigos no repares, que para cualquier cosa tendrán tantos como tuviere gotas de tinta el tintero; que los más en los malos oficiales los presenta la pluma y los examina la cudicia. Y si dicen algunos lo que es verdad, escriben lo que han menester y repiten lo que dijeron. Y para andar como había de andar el mundo, mejor fuera y más importara que el juramento que ellos toman al testigo que jure a Dios y a la cruz decir verdad en lo que el fuere preguntado, que el testigo se lo tomara a ellos de que la escribirán como ellos la dijeron. Muchos hay buenos escribanos, y alguaciles muchos; pero de sí el oficio es con los buenos como la mar con los muertos, que no los consiente, y dentro de tres días los echa a la orilla. Bien me parece a mí un escribano a caballo y un alguacil con capa y gorra honrando unos azotes, como pudiera un bautismo, detrás de una sarta de ladrones que azotan; pero siento que cuando el pregonero dice: —A estos hombres por ladrones, —que suene el eco en la vara del alguacil y en la pluma del escribano.»

Más dijera si no le tuviera la grandeza con que un hombre rico iba en una carroza tan hinchado, que parecía porfiaba a sacarla de husillo<sup>20</sup>, pretendiendo parecer tan grave, que a las cuatro bestias aun se lo parecía, según el espacio con que andaban. Iba muy derecho, preciándose de espetaado, escaso de ojos y avariento de miraduras, ahorrando cortesías con todos, sumida la cara en un cuello abierto hacia arriba, que parecía vela en papel, y tan olvidado de sus

---

<sup>20</sup> *husillo*.—El eje de la carroza.

conjeturas, que no sabía por dónde volverse a hacer una cortesía ni levantar el brazo a quitarse el sombrero, el cual parecía miembro según estaba fijo y firme. Cercaban el coche cantidad de criados traídos con artificio, entretenidos con promesas y sustentados con esperanzas. Otra parte iba de acompañamiento de acreedores, cuyo crédito sustentaba toda aquella máquina. Iba un bufón en el coche entreteniéndole. «Para ti se hizo el mundo, dije yo luego que le vi, que tan descuidado vives y con tanto descanso y grandeza. ¡Qué bien empleada hacienda! ¡Qué lucida! ¡Y cómo representa bien quién es este caballero!» «Todo cuanto piensas (dijo el viejo) es disparate y mentira y cuanto dices, y sólo aciertas en decir que el mundo sólo se hizo para éste; y es verdad, porque el mundo es sólo trabajo y vanidad, y éste es todo vanidad y locura. ¿Ves los caballos? Pues comiendo se van, a vueltas de la cebada y paja, al que la fía a éste y por cortesía de las ejecuciones<sup>21</sup> trae ropilla. Más trabajo le cuesta la fábrica de sus embustes para comer que si lo ganara cavando. ¿Ves aquel bufón? Pues has de advertir que tiene por bufón al que le sustenta y le da lo que tiene. ¿Qué más miseria quieres destos ricos que todo el año andan comprando mentiras y adulaciones, y gastan sus haciendas en falsos testimonios? Va aquél tan contento porque el truhán le ha dicho que no hay tal príncipe como él, y que todos los demás son unos escuderos, como si ello fuera así. Y diferencian muy poco, porque el uno es juglar del otro: desta suerte el rico se ríe con el bufón, y el bufón se ríe del rico, porque hace caso de lo que lisonjea.»

Mirando<sup>22</sup> estaba yo confusión de gente tan grande, cuando dos figurones entre pantasma y colosos, con caras abominables y faciones traídas tiraron una cuerda. Delgada me pareció y de mil diferentes colores, y dando gritos por unas simas que abrieron por bocas, dijeron: «Éa, gente cuerda, alto a la obra.» No lo hubieron dicho, cuando de todo el mundo que estaba al otro lado se vinieron a la sombra de la cuerda muchos y en entrando eran todos tan

<sup>21</sup> *ejecuciones*.—Aprehensión judicial de bienes.

<sup>22</sup> *mirando estaba yo* —Desde aquí en adelante falta en las ed. anteriores a *Juguetes de la niñez*.

diferentes que parecía trasmutación o encanto. Yo no conocí a ninguno. «¡Válgate Dios por cuerda decía yo, que tales tropedías haces!» El viejo se limpiaba las lagañas, y daba unas carcajadas sin dientes con tantos dobleces de mejillas, que se arremetían a sollozos mirando mi confusión. «Aquella mujer allí fuera estaba más compuesta que copla, más serena que la de la mar, con una honestidad en los huesos, anublada de manto; y en entrando aquí ha desatado las coyunturas (mira de par en par); y por los ojos está disparando las entrañas a aquellos mancebos, y no deja descansar la lengua en ceceos, los ojos en guiñaduras las manos en teclados de moño.» «¿Qué te ha dado, mujer? ¿Eres tú la que yo vi allí?» «Sí es (decía el vejete con una voz tropicada en toses y con juanetes de gargajos), ella es; mas *por debajo de la cuerda* hace estas habilidades.» «Y aquel que estaba allí tan ajustado de ferruero, tan atusado de traje, tan recoleto de rostro, tan angustiado de ojos, tan mortificado de habla, que daba respeto y veneración, dije yo, ¿cómo no hubo pasado, cuando se descerrajó de mohatras<sup>23</sup> y de usuras? Montero de necesidades que las arma trampas, y perpetuo vocinglero del tanto más cuanto, anda acechando logros.» «Ya te he dicho que eso es *por debajo de la cuerda*.» «¡Válate el diablo por cuerda, que tales cosas urdes! Aquél que anda escribiendo billetes, y facilitando maldades, yo lo conocí a la orilla de la cuerda, dignidad gravísima.» «Pues *por debajo de la cuerda* tiene esas ocupaciones, respondió mi ayo.» «Aquel que anda allí juntando bregas, aguzando pendencies, revolviendo caldos, aumentando cizañas, y calificando porfías, y dando pistos a temas desmayadas<sup>24</sup>, yo lo vi fuera de la cuerda revolviendo libros, ajustando leyes, examinando la justicia, ordenando peticiones, dando pareceres: ¿cómo he de entender estas cosas?» «Ya te lo he dicho, dijo el buen caduco: ese propio *por debajo de la cuerda* hace lo que ves, tan al contrario de lo que profesa. Mira aquél que fuera de la cuerda viste a la brida en mula tartamuda de paso, con ropilla y ferruero<sup>25</sup> y guantes y receta, dando jara-

<sup>23</sup> mohatra.—Venta fingida y dolosa.

<sup>24</sup> dar pistos a temas desmayadas.—Reanimar cuestiones olvidadas.

<sup>25</sup> ferruero.—Especie de capa.

bes, cuál anda aquí a la brida en un basilisco<sup>26</sup>, con peto y espaldar y con manoplas, repartiendo puñaladas de tabardillos, y conquistando las vidas que allí parecía que curaba, —aquí *por debajo de la cuerda* está estirando las enfermedades para que den de sí y se alarguen, y allí parecía que rehusaba las pagas de las visitas. Mira, mira aquel maldito, cortesano, acompañante perdurable de los dichosos, cuál andaba allí fuera a la vista de aquel ministro mirando las zalemas de los otros para excederlas, rematando las reverencias en desaparecimientos; tan bajas las hacía por pujar a otros la ceremonia, que tocaban en debuces<sup>27</sup>. ¡No le viste siempre inclinada la cabeza como si recibiera bendiciones, y negociar de puro humilde a lo Guadiana por debajo de tierra, y aquel amén sonoro y anticipado a todos los otros bergantes a cuanto el patrón dice y contradice? Pues mírale allí *por debajo de la cuerda* royéndole los zancajos, que ya se le ve el hueso, abrasándole en chismes, maldiciéndole y engañándole, y volviendo en gestos y en muecas las esclavitudes de la lisonja, lo cariacontecido del semblante, y las adulaciones menudas del coleo de la barba y de los entretenimientos de la jeta. ¡Viste allá fuera aquel maridillo dar voces que hundía el barrio: «cierren esa puerta, qué cosa es ventanas, no quiero coche, en mi casa me como, calle y pase, que así hago yo», y todo el séquito de la negra honra? Pues mírale *por debajo de la cuerda* encarecer con sus desabrimientos los encierros de su mujer. Mírale amodorrado, con una promesa, y los negocios que se le ofrecen cuando le ofrecen, cómo vuelve a su casa con un esquilón por tos tan sonora que se oye a seis calles. ¡Qué calidad tan inmensa y qué honra halla en lo que come y en lo que le sobra, y qué nota en lo que pide y le falta, qué sospechoso es de los pobres, y qué buen concepto tiene de los dadivosos y ricos, qué raíz tiene el ceño de los que no pueden más, y qué a propósito las jornadas para los precipitados de dádiva!» Quedé muy admirado de oír al buen viejo y de ver lo que pasaba *por debajo de la cuerda* en el mundo, y entonces dije entre mí: «Si a tan delgada sombra, fiando su cubier-

<sup>26</sup> basilisco.—Recuérdese que el basilisco, animal fabuloso, mata con la vista.

<sup>27</sup> debuces.—De bruces.

ta del bulto de una cuerda son tales los hombres, ¿qué serán debajo de tinieblas de mayor bulto y latitud?»

Extraña cosa era de ver cómo casi todos se venían de la otra parte del mundo a declararse de costumbres en estando debajo de la cuerda. Y luego a la postre vi otra maravilla, que siendo esta cuerda de una línea invisible, casi debajo de la cuerda en todos los sentidos y potencias, y en todas partes y en todos oficios; y yo lo veo por mí que ahora escribo este discurso diciendo que es para entretener, y por debajo de la cuerda doy un jabón<sup>28</sup> muy bueno a los que prometí halagos muy sazonados. Con esto el viejo me dijo: «Forzoso es que descanses; que el choque de tantas admiraciones y de tantos desengaños fatigan el seso, y temo se te desconcierte la imaginación. Reposa un poco para que lo que resta te enseñe y no te atormente.»

Yo tal estaba, que di conmigo en el sueño y en el suelo obediente y cansado.

---

<sup>28</sup> doy un jabón muy bueno.—'Dar jabón', lo mismo que prender. Correas







## VISITA DE LOS CHISTES

A DOÑA MIRENA RIQUEZA<sup>1</sup>

Harto es que me haya quedado algún discurso después que vi a vuesa merced, y creo que me dejó éste por ser de la muerte. No se lo dedico porque me lo ampare: llevóselo yo, porque lo mejore: designio interesado es el mío, para la enmienda de lo que pueda estar escrito con algún desaliño, o imaginado con poca felicidad. No me atrevo yo a encarecer la invención, por no acreditarme de invencionero. Procurado he pulir el estilo y sazonar la pluma con curiosidad. Ni entre la risa me he olvidado de la doctrina. Si me han aprovechado el estilo y la diligencia, le remito a la censura que vuesa merced hiciera dél si llega a merecer que le mire; y podré yo decir entonces que soy dichoso por sueños. Guarde Dios a vuesa merced, que lo mismo hiciera yo.

En la prisión, y en la Torre<sup>2</sup> a 6 de abril de 1622.

### A QUIEN LEYERE

He querido que la muerte acabe mis discursos como las demás cosas: quiera Dios que tenga buena suerte. Este es el quinto sueño; no me queda ya que soñar. Y si en la *Visita de los Chistes*<sup>3</sup> no despierto, no hay que aguardarme. Si te pareciere que ya es mucho sueño, perdona algo la modorra

---

1 *A doña Mirena Riqueza*.—Anagrama de doña María Enríquez, marquesa de Villagrama, dama de la reina Isabel de Borbón. Murió joven y hermosa. No tenemos datos de la amistad que le unió con Quevedo; acaso sea la Floris de los versos amorosos de don Francisco, que escribió para el túmulo de la malograda beldad el soneto que empieza «¿Quién alimentará la luz del día?...»

2 *en la Torre*.—Este sueño lo compuso durante el confinamiento en la Torre de Juan Abad, en 1621, a causa de su amistad con el de Osuna.

3 *Visita de los Chistes*.—Otras ed. «Y si en la visita de la Muerte».

que padezco; y si no, guárdame el sueño, que yo seré sietedurmiente<sup>4</sup> de las tales figuras. *Vale*.

## DISCURSO

Están siempre cautelosos y prevenidos los ruines pensamientos, la desesperación cobarde y la tristeza, esperando coger a solas a un desdichado para mostrarse alentados con él (propia condición de cobardes, en que juntamente hacen ostentación de su malicia y de su vileza). Por bien que lo tengo considerado en otros, me sucedió en mi prisión; pues haciendo (o por acariciar mi sentimiento o por hacer lisonja a mi melancolía) leído aquellos versos que Lucrecio<sup>5</sup> escribió con tan animosas palabras, me vencí de la imaginación, y debajo del peso de tan ponderadas palabras y razones me dejé caer tan postrado con el dolor de desengaño que leí, que ni sé si me desmayé advertido o escandalizado. Para que la confesión de mi flaqueza se pueda disculpar, escribo por introducción a mi discurso la voz del poeta divino, que suena así, rigurosa con amenazas tan elegantes:

*Denique si vocem rerum natura repente  
mittat, et hoc alicui nostrum sic increpet ipsa:  
quid tibi tantopere est, mortalis, quod nimis aegris  
luctibus indulges? Quid mortem congenis, ac fles?  
nam si grata fuit tibi vita anteacta, priorque,  
et non omnia pertussum congesta quasi in vas  
commoda perfluxere, atque ingrata interiere:  
cur non, et plenus vitae, convulva, recedis?  
aequo animoque capis securam, stulte, quietem?*

Entróseme luego por la memoria de rondón Job<sup>6</sup> dando voces y diciendo:

Al fin hombre nacido  
de mujer flaca, de miserias lleno,  
a breve vida como flor traído,  
de todo bien y de descanso ajeno,  
que, como sombra vana,  
huye a la tarde y nace a la mañana.

<sup>4</sup> *sietedurmiente*.—Muy dormilón. Comp. en el mismo Quevedo; '*sietecabeza*', cabezón; '*sietedoblar*', doblar muchas veces.

<sup>5</sup> Lucrecio.—«*De rerum natura*», III, 945, son los versos citados más abajo.

<sup>6</sup> Job.—«*Homo natus de muliere*», Job, 14.

Con este conocimiento propio acompañaba luego el de la vida que hicimos, diciendo :

Guerra es la vida del hombre<sup>7</sup>  
mientras vive en este suelo ;  
y sus horas y sus días  
como las del jornalero.

Yo, que arrebatado de la consideración, me vi a los pies de los desengaños, rendido con lastimoso sentimiento y con celo enojado<sup>8</sup>, repetí a éstos en la fantasía :

¡Qué perezosos pies, qué entretenidos  
pasos lleva la muerte por mis daños !  
El camino me alargan los engaños,  
y en mí se escandalizan los perdidos.  
Mis ojos no se dan por entendidos ;  
y por descaminar mis desengaños,  
me disimulan la verdad los años,  
y les guardan el sueño a los sentidos.

Del vientre a la prisión vine en naciendo,  
de la prisión iré al sepulcro amando,  
y siempre en el sepulcro estaré ardiendo.

Cuantos plazos la muerte me va dando,  
prolijidades son que van creciendo,  
porque no acabe de morir penando.<sup>9</sup>

Entre estas demandas y respuestas fatigado y combatido (sospecho que fue cortesía del sueño piadoso más que de natural), me quedé dormido. Luego que desembarazada el alma se vio ociosa sin la tarea de los sentidos exteriores, me embistió desta manera la comedia siguiente; y así la recitaron mis potencias<sup>10</sup> a oscuras, siendo yo para mis fantasías auditorio y teatro.

<sup>7</sup> Guerra es...—Job, 7: «Militia est vita hominis super terram»

<sup>8</sup> y con celo enojado.—En ms. B. N. y ed. Pamplona, 1631, dice: «y con celo enojado le tomé aquellas palabras de la boca, con que empieza su dolor a descubrirse: Pereat dies in qua natus sum, etc. cap. 3. Perezca el primero día —en que yo nací a la tierra—, y la noche en que el varón— fue concebido perezca».

<sup>9</sup> Este soneto, compuesto en 1622, se incluye en las ed. del *Sueño de la muerte*. A. Marín, Verso, pág. 63, lo da con esta rúbrica, no muy congruente: «Amante desesperado del premio y obstinado en amar».

<sup>10</sup> potencias.—Las tres del alma, memoria, entendimiento y voluntad.

Fueron entrando unos médicos a caballo en unas mulas, que con gualdrapas negras parecían tumbas con orejas. El paso era divertido<sup>11</sup>, torpe y desigual: de manera que los dueños iban encima en marena<sup>12</sup> y algunos vaivenes de serradores; la vista asquerosa, de puro pasear los ojos por orinales y servicios; las bocas, emboscadas en barbas, que apenas se las hallara un braco; sayos con resabios de vaqueros<sup>13</sup>, guantes en infusión, doblados<sup>14</sup>, como los que curan; sortijón<sup>15</sup> en el pulgar con piedra tan grande, que cuando toca el pulso pronostica al enfermo la losa. Eran éstos en gran número, y todos rodeados de platicantes, que cursan en lacayos, y tratando más con las mulas que con los doctores, se gradúan de médicos. Yo viéndolos dije: «Si éstos se hacen estos otros, no es mucho que estos otros nos deshagan a nosotros.»

Alrededor venía gran chusma y caterva de boticarios con espátulas desenvainadas y jeringas en ristre, armados de cala en parche<sup>16</sup>, como de punta en blanco. Los medicamentos que éstos venden, aunque estén caducando en las redomas de puro añejos, y los socrocios<sup>17</sup> tengan telarañas, los dan; y así son medicinas redomadas las suyas. El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalles del barbero, pásase por el tableteado de los guantes del doctor, y acábese en las campanas de la iglesia. No hay gente más fiera que estos boticarios: son armeros de los doctores; ellos les dan armas. No hay cosa suya que no tenga achaques de guerra y que no aluda a armas ofensivas: jarabes, que antes les sobran letras para jara<sup>18</sup>, que les falten; botes se dicen los de pica, espátulas son espadas

11 *divertido*.—Descuidado.

12 *en marena*.—Con movimiento de vaivén, como mecidos del oleaje.

13 *de vaqueros*.—De sayos vaqueros.

14 *guantes doblados*. *Buscón*. «Sacó el otro [guante] y doblólos a usanza de médico».

15 *sortijón*.—«Si quieres ser médico, lo primero linda mula, sortijón de esmeralda en el pulgar, guantes doblados». *Libro de todas las cosas*.

16 *de cala en parche*.—Juego de palabras parodiando la frase hecha 'de punta en blanco'. 'Cala' es instrumento de cirujía para explorar las heridas.

17 *socrocto*.—Emplasto o bizma compuesto con azafrán.

18 *jara*.—Saeta que lanza la ballesta.

en su lengua, píldoras son balas; clísteres<sup>19</sup> y melecinas, cañones; y así se llaman cañón de melecina. Y bien mirado, si así se toca la tecla de las purgas, sus tiendas son purgatorios, y ellos los infiernos, los enfermos los condenados y los médicos los diablos. Y es cierto que son diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos y que los malos no sean buenos jamás.

Venían todos vestidos de recetas y coronados de erres asaetadas, con que empiezan las recetas. Y consideré que los doctores hablan a los boticarios diciendo: *Recipe*, que quiere decir *recibe*; de la misma suerte habla la mala madre a la hija, y la codicia al mal ministro. ¡Pues decir que en la receta hay otra cosa que erres asaetadas por delincuentes<sup>20</sup>, y luego *Ana, Ana*<sup>21</sup>, que juntas hacen un Annás para condenar a un justo! Síguense uncías y más uncías: ¡qué alivio para desollar un cordero enfermo! Y luego ensartan nombres de simples, que parecen invocaciones de demonios: *Bupthalmus*<sup>22</sup>, *opopánax*, *leontopetalon*, *tragoriganum*, *potamogeton*, *senospugillos*, *diacathalicon*, *petroselinum*, *scilla* y *rapa*. Y sabido qué quiere decir tan espantosa barafúnda de voces tan rellenas de letrones, son zanahorias, rábanos y perejil y otras suciedades. Y como han oído decir que 'quien no te conoce te compre', disfrazan las legumbres porque no sean conocidas y las compran los enfermos. *Elingatis* dicen lo que es lamer, *catapotia* las píldoras, *clyster* la melecina, *glans* o *balanus* la cala, y *errhinae* el moquear. Y son tales los nombres de sus recetas y tales son sus medicinas, que las más veces, de asco de sus porquerías y hediondeces con que persiguen a los enfermos, se huyen las enfermedades.

¿Qué dolor habrá de tan mal gusto que no se huya de los tétanos por no aguantar el emplasto de Guillén Servén y verse convertir en baúl una pierna o muslo donde él

19 *clísteres*.—Ayudas.

20 *asaetadas por delincuentes*.—La Santa Hermandad asaeteaba a los malhechores forajidos.

21 *Ana, ana*.—Fórmula con que los médicos indican en las recetas que los ingredientes han de ser de peso o partes iguales. La preposición griega *ana* expresa repetición, entre otras acepciones.

22 *Bupthalmus*, etc.—Nombres latinos o griegos latinizados con que la antigua farmacopea conocía a los '*simples*' o hierbas medicinales.

está? ¡Oh malditos pesquisidores contra la vida, pues ahorcan con el garrotillo, degüellan con sangrías, azotan con ventosas, destierran las almas, pues las sacan de la tierra de sus cuerpos sin alma y sin conciencia!

Luego se seguían los cirujanos cargados de pinzas, tientas<sup>23</sup>, cauterios, tijeras, navajas, sierras, limas, tenazas y lancetones. Entre ellos se oía una voz muy dolorosa a mis oídos, que decía: «Corta, arranca, abre, asierra, despedaza, pica, punta, agigota, rebana, descarna y abrasa.» Dióme gran temor, y más verlos el paloteado que hacían con los cauterios y tientas: unos huesos se me querían entrar de miedo dentro de otros; híceme un ovillo.

En tanto vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas y dientes y en esto conocí que eran sacamuelas, el oficio más maldito del mundo, pues no sirven sino de despoblar bocas y adelantar la vejez. Estos, con las muelas ajenas y no ver diente que no quieran ver antes en su collar que en las quijadas, desconfían a las gentes de Santa Polonia<sup>24</sup>, levantan testimonios a las encías y desempiedran las bocas. No he tenido peor rato que tuve en ver sus gatillos<sup>25</sup> andar tras los dientes ajenos como si fueran ratones, y pedir dineros para sacar una muela, como si la pusieran.

¿Quién vendrá acompañado desta maldita canalla?, decía yo; y me parecía que aun el diablo era poca cosa para tan maldita gente, cuando veo venir gran ruido de guitarras. Alegréme un poco; tocaban todos pasacalles<sup>26</sup> y vacas<sup>27</sup>. Que me maten si no son barberos. Y ellos que entran. No fue mucha habilidad el acertar; que esta gente tiene pasacalles infusos y guitarra *gratis data*: era de ver puntear a unos y rasgar a otros. Yo decía entre mí: «¡Dolor de barba que, ensayada en salterenes<sup>28</sup>, se ha de ver raspar, y del brazo que ha de recibir una sangría pasada

23 *tienta*.—Instrumento quirúrgico.

24 *desconfían a las gentes de Santa Polonia*.—Hacen desconfiar de la Santa, abogada del dolor de muelas.

25 *gatillos*.—Instrumento para sacar muelas.

26 *pasacalles*.—Música de guitarras y otros instrumentos de mucho son'. Dic. Aut.

27 *vacas*.—Cov. «Es una cierta sonada entre músicos... y dixose vacas — carillejo por tu fe, etc.». Sobre el baile que nació de este cantar, v. Cotarelo y Mori, NBAAEE, XVI, pág.: CCLXIII.

28 *saltaren*.—Un cierto son que se tocaba en la guitarra, que también se bailaba, Dic. Aut.

por chaconas<sup>29</sup> y folías<sup>30</sup>!» Consideré que todos los demás ministros del martirio inductores de la muerte estaban en mala moneda<sup>31</sup> y eran oficiales de vellón<sup>32</sup> y hierro viejo, y que solos los barberos se habían trocado en plata. Y entretúveme en verlos manosear una cara, sobajar otra<sup>32 bis</sup> y lo que se huelgan con un testuz en el lavatorio.

Luego comenzó a entrar una gran cantidad de gente: los primeros eran habladores. Parecían azudas<sup>33</sup> en conversación, cuya música era peor que la de órganos destemplados. Unos hablaban de hilván, otros a borbotones, otros a chorretadas, otros habladorísimos hablaban a cántaros: gente que parece que lleva pujo de decir necedades, como si hubiera tomado alguna purga confeccionada de hojas de Calepino<sup>34</sup> de ocho lenguas. Estos me dijeron que eran habladores de diluvios, sin escampar de día ni de noche; gente que habla entre sueños, y que madruga a hablar. Había habladores secos, y habladores que llaman del río o del rocío y de la espuma; gente que graniza de perdigones. Otros que llaman tarabilla<sup>35</sup>, gente que se va de palabras como de cámara<sup>36</sup>, que hablaban a toda furia. Había otros habladores nadadores, que hablan nadando con los brazos hacia todas partes y tirando manotadas y coces; otros jimios haciendo gestos y visajes. Venían los unos consumiendo a los otros.

<sup>29</sup> *chacóna*.—Baile y tonadilla procedente de América, cuyo estribillo era: 'Vida bona, vida bona — vida, vámonos a la Chacóna'. V. Cotarelo loc. cit.

<sup>30</sup> *folías*.—G. Correas en el *Arte grande* da el nombre de folías a villancicos, cantares, seguidillas, etc., dispuestos para ser cantados con acompañamiento de guitarra, sonajas, y panderos. Covarrubias: «Es una cierta danza portuguesa de mucho ruido...»

<sup>31</sup> *en mala moneda*.—Es decir, en cuartos.

<sup>32</sup> *oficiales de vellón y hierro viejo*.—Recuérdese la depreciación que sufrió la moneda de vellón al disminuir la cantidad de plata que entra en la aleación. Quevedo trató de la alteración de la moneda en '*El chitón de las taravillas*' (1630). Por otra parte, '*vellón*' alude equívocamente al vello o barba.

<sup>32 bis</sup> *sobajar una zalea*.

<sup>33</sup> *azuda*.—Noria.

<sup>34</sup> *Calepino*.—Ambrosio Calepino (1440-1510) de Calepio, Bérgamo, publicó con el título de *Cornucopiae* un diccionario enciclopédico latino y se hizo tan famoso que su nombre fue sinónimo de diccionario.

<sup>35</sup> *tarabilla*.—Ia cítola o tarara del molino que golpetea. Dícese del charlatán.

<sup>36</sup> *cámara*.—Disentería.

Síguense los chismosos, muy solícitos de orejas, muy atentos de ojos, muy encarnizados de malicia, y andaban hechos uñas de las vidas ajenas espulgándolos a todos. Venían tras ellos los mentirosos, contentos, muy gordos, risueños y bien vestidos y medrados, que no teniendo otro oficio, son milagro del mundo, con un gran auditorio de mentecatos y ruines.

Detrás venían los entremetidos, muy soberbios y satisfechos y presumidos, que son las tres lepras de la honra del mundo. Venían ingiriéndose en los otros y penetrándose en todo, tejidos y enmarañados en cualquier negocio: son lapas<sup>37</sup> de la ambición y pulpos de la prosperidad. Estos venían los postreros, según pareció, porque no entró en gran rato nadie. Pregunté que cómo venían tan apartados; «Estos entremetidos son la quinta esencia de los enfadosos, y por eso no hay otra cosa peor que ellos.» En esto estaba yo considerando la diferencia tan grande del acompañamiento, y no sabía imaginar quién pudiese venir.

En esto entró una que parecía mujer, muy galana y llena de coronas, cetros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, monteras, brocados, pellejos, seda, oro, garrotes, diamantes, serones, perlas y guijarros. Un ojo abierto y otro cerrado y vestida y desnuda de todos colores; por el un lado era moza, y por otro era vieja; unas veces venía despacio, y otras apriesa; parecía que estaba lejos, y estaba muy cerca; y cuando pensé que empezaba a entrar, estaba ya a mi cabecera. Yo me quedé como hombre que le preguntan que es cosa y cosa<sup>38</sup>, viendo tan extraño ajuar y tan desbaratada compostura. No me espantó; suspendióme, y no sin risa, porque bien mirado era figura donosa. Preguntéle quién era, y díjome: «La muerte.» ¿La muerte? Quedé pasmado. Y apenas abrigué al corazón algún aliento para respirar, y muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones, la dije: «Pues ¿a qué vienes?» «Por tí», dijo. «¡Jesús mil veces! Muérome según eso.» «No te mueres», dijo ella; vivo has de venir conmigo a hacer una visita a los difuntos; que pues han venido tantos muertos a los vivos, razón será que vaya un vivo a los muertos, y los muer-

37 son lapas.—En otras ed. «solapas de la ambición...»

38 qué es cosa y cosa.—En la proposición de los enigmas se suele preguntar qué es cosa' Covarrubias, *Tesoro* s. v. cosa.





Reproducción del cuadro de Valdés Leal «Alegoría  
a las prostrimerías»

(Sevilla, Iglesia del Hospital de la Caridad)

tos sean oídos. ¿Has oído decir que yo ejecuto sin embargo? Alto, ven conmigo.» Perdido de miedo le dije: «¿No me dejarás vestir?» «No es menester, respondió; que conmigo nadie va vestido, ni soy embarazosa; yo traigo los trastos de todos porque vayan más ligeros.» Fui con ella donde me guiaba; que no sabré decir por dónde, según iba poseído del espanto. En el camino la dije: «Yo no veo señas de la muerte, porque allá nos la pintan unos huesos descarnados con su guadaña.» Paróse y respondió: «Eso no es la muerte, sino los muertos o lo que queda de los vivos. Esos huesos son el dibujo sobre que se labra el cuerpo del hombre. La muerte no la conocéis, y sois vosotros mismos vuestra muerte: tiene la cara de cada uno de vosotros, y todos sois muertos de vosotros mismos. La calavera es el muerto, y la cara es la muerte; y lo que llamáis morir es acabar de morir, y lo que llamáis nacer es empezar a morir, y lo que llamáis vivir es morir viviendo, y los huesos es lo que de vosotros deja la muerte y lo que le sobra a la sepultura. Si esto entendiérades así, cada uno de vosotros estuviera mirando en sí su muerte cada día y la lejana en el otro; y viérades que todas vuestras casas están llenas della, y que en vuestro lugar hay tantas muertes como personas; y no la estuviérades aguardando sino acompañándola y disponiéndola. Pensáis que es huesos la muerte, y que hasta que veáis venir la calavera y la guadaña no hay muerte para vosotros; y primero sois calavera y huesos que creáis que lo podéis ser.» «Dime, dije yo, ¿qué significan éstos que te acompañan, y por qué van, siendo tú la muerte, más cerca de tu persona los enfadosos y habladores que los médicos?» Respondióme: «Mucha más gente enferma de los enfadosos que de los tabardillos y calenturas, y mucha más gente matan los habladores y entremetidos que los médicos. Y has de saber que todos enferman del exceso o destemplanza de humores; pero lo que es morir, todos mueren de los médicos que los curan: y así no habéis de decir cuando preguntan «¿de qué murio Fulano?»; de calentura, de dolor de costado, de tabardillo, de peste, de heridas; sino 'murió de un dotor Tal, que le dio de un dotor Cual'. Y es de advertir que en todos los oficios, artes y estados se ha introducido en don en hidalgos, en villanos: yo he visto sastres y

albañiles con don<sup>39</sup>, y ladrones y galeotes en galeras. Pues si se mira en las ciencias, en todas hay a millares; sólo los médicos ninguno ha habido con don, pudiéndolos tener muchos; mas todos tienen don de matar, y quieren más din al despedirse que don al llamarlos.»

En esto llegamos a una sima grandísima, la muerte predicadora y yo desengañado. Zubullóse sin llamar, como de casa, y yo tras ella, animado con el esfuerzo que me daba mi conocimiento tan valiente. Estaban a la entrada tres bultos armados a un lado, y otro monstruo terrible enfrente; siempre combatiendo entre sí todos, y los tres con el uno, y el uno con los tres. Paróse la Muerte, y díjome: «¿Conoces a esta gente?» «Ni Dios me la deje conocer», dije yo. «Pues con ellos andas a las vueltas (dijo ella) desde que naciste; mira cómo vives, replicó. Estos son los enemigos del hombre: el Mundo es aquél, éste es el Diablo, y aquella la carne.» Y es cosa notable que eran todos parecidos unos a otros que no se diferenciaban. Díjome la Muerte: «Son tan parecidos, que en el mundo tenéis a los unos por los otros. Piensa un soberbio que tiene todo el mundo, y tiene al diablo. Piensa un lujurioso que tiene la carne y tiene al demonio; y así anda todo.» «¿Quién es, dije yo, aquel que está allí apartado haciéndose pedazos con estos tres con tantas caras y figuras?» «Ese es (dijo la Muerte) el Dinero; que tiene puesto pleito a los tres enemigos del alma, diciendo que quiere ahorrar de émulos, y que adonde él está no son menester, porque él solo es todos tres enemigos. Y fúndase para decir que el dinero es el diablo en que todos decís: «Diablo es el dinero»; «endiablada cosa es el dinero». Para ser el Mundo, dice que vosotros decís que no hay más mundo que el dinero; quien no tiene dinero váyase del mundo; al que le quitan el dinero decís que le echan del mundo, y que todo se da por dinero.» «No tiene mal pleito el Dinero (dije yo), según se platica por allá.» Con esto nos fuimos más

---

39 *albañiles con don*.—Es frecuente la crítica de este abuso. En *Buscón*: «quien no lo tiene por ante, le tiene por postre, como el remendón, azadón, blandón, bordón y otros así». Más adelante: «los dones a tejavana».

abajo, y antes de entrar por una puerta muy chica y lóbrega me dijo: «Estos dos que saldrán aquí conmigo son las postrimerías.» Abrióse la puerta, y estaban a un lado el infierno y el que llaman juicio de Minos<sup>40</sup> (así me dijo la Muerte que se llamaban). Estuve mirando al infierno con atención, y me pareció notable cosa. Díjome la Muerte: «¿Qué miras?» «Miro (respondí), al Infierno, y me parece que le he visto otras veces.» «¿Dónde?», preguntó. «¿Dónde? (dije): en la codicia de los jueces, en el odio de los poderosos, en las lenguas de los maldicientes, en las malas intenciones, en las venganzas, en el apetito de los lujuriosos, en la vanidad de los príncipes; y donde cabe el infierno todo, sin que se pierda gota, es en la hipocresía de los mohatrereros de las virtudes, que hacen logro del ayuno y del oír misas. Y lo que más he estimado es haber visto el Juicio de Minos, porque hasta ahora he vivido engañado, y ahora veo el Juicio como es. Echo de ver que el que hay en el mundo no es juicio, ni hay hombre de juicio, y que hay muy poco juicio en el mundo. ¡Pesia tal! (decía yo) si deste juicio hubiera allá, no digo parte, sino nuevas creídas, sombra o señas, otra cosa fuera. Si los que han de ser jueces han de tener deste juicio, buena anda la cosa en el mundo. Miedo me da tornar arriba viendo que siendo este el juicio se está aquí casi entero, y que poca parte está repartida entre los vivos. Más quiero muerte con juicio que vida sin él.»

Con esto bajamos a un grandísimo llano, donde parecía estaba depositada la oscuridad para las noches. Díjome la Muerte: «Aquí has de parar; que hemos llegado a mi tribunal y audiencia.» Aquí estaban las paredes colgadas de pésames; a un lado estaban las malas nuevas, ciertas y creídas y no esperadas; el llanto en las mujeres engañoso, engañado en los amantes, perdido de los necios, y desacreditado en los pobres. El dolor se había desconsolado y creído y solos los cuidados estaban solícitos y vigilantes hechos carcomas de reyes y príncipes alimentándose de los soberbios y ambiciosos. Estaba la envidia con

---

<sup>40</sup> *Minos*.—Hijo de Júpiter y de Europa, rey de Creta, juez del Averno.

hábito de viuda, tan parecida a dueña, que la quise llamar Alvarez o González<sup>41</sup>, en ayunas de todas las cosas, cebada en sí misma, magra y exprimida; los dientes (con andar siempre mordiendo de lo mejor y de lo bueno) los tenía amarillos<sup>42</sup> y gastados; y es la causa que lo bueno y santo para morderlo lo llega a los dientes; mas nada bueno le puede entrar en los dientes adentro. La discordia estaba debajo della, como que nacía de su vientre (y creo que es su hija legítima). Esta, huyendo de los casados, que siempre andan a voces, se había ido a las comunidades y colegios; y viendo que sobraba en ambas partes, se fue a los palacios y cortes, donde es lugarteniente de los diablos. La ingratitud estaba en un gran horno, haciendo de una masa de soberbia y odio, demonios nuevos cada momento. Holguéme de verla, porque siempre había sospechado que los ingratos eran diablos, y caí entonces en que los ángeles para ser diablos fueron primero ingratos. Andaba todo hirviendo de maldiciones. «¿Quién diablos (dije yo) está hoviendo maldiciones aquí?» Díjome un muerto que estaba a mi lado: «¿Maldiciones queréis que falten donde hay casamenteros y sastres, que son la gente más maldita del mundo, pues todos decís: «Mal haya quien me casó, mal haya quien con vos me juntó»; y los más «mal haya quien me visitó?» «¿Qué tiene que ver (dije yo) sastres y casamenteros en la audiencia de la muerte?» «¡Pesia tal!, dijo el muerto (que era impaciente), ¿estáis loco?, que si no hubiera casamenteros, ¿hubiera la mitad de los muertos y desesperados? A mí me lo decid, que soy marido cinco (como bolo), y se me quedó allá la mujer y piensa acompañarme otros diez. Pues sastres; ¿a quién no matarán las mentiras y largas de los sastres y hurtos? Y son tales, que para llamar a la desdicha peor nombre, le llaman desastre, del sastre; y es el principal miembro de este tribunal que aquí véis.»

Alcé los ojos y vi la Muerte en su trono, y a los lados muchas muertes. Estaba la muerte de amores, la muerte

41 *Alvarez o González*.—A las dueñas se las llamaba por el apellido. V. Rodríguez Marín, *Quijote*, Madrid, 1927-8, V, 307. Tal modo de llamar revela familiaridad un tanto despectiva.

42 *amarillo*.—Recuérdese que es el color de la desesperación y de la envidia.

de frío, la muerte de hambre, la muerte de miedo y la muerte de risa, todas con diferentes insignias. La muerte de amores estaba con muy poquito seso. Tenía, por estar acompañada, porque no se le corrompiese por la antigüedad, a Píramo y Tisbe<sup>43</sup> embalsamados, y a Leandro y Hero<sup>44</sup> y a Macías<sup>45</sup> en cecina, y algunos portugueses derretidos<sup>46</sup>. Mucha gente vi que estaba ya para acabar debajo de su guadaña, y a puros milagros del interés resucitaban. En la muerte de frío vi a todos los ricos, que como no tienen mujer ni hijos ni sobrinos que los quieran, sino a sus haciendas, estando malos, cada uno carga en lo que puede, y mueren de frío. La muerte de miedo estaba la más rica y pomposa y con acompañamiento más magnífico, porque estaba toda cercada de gran número de tiranos y poderosos. Estos mueren a sus mismas manos, y sus sayones son sus conciencias y ellos son verdugos de sí mismos, y sólo un bien hacen en el mundo, que matándose a sí de miedo, recelo y desconfianza, vengan de sí propios a los inocentes. Estaban con ellos los avarientos cerrando cofres, arcones y ventanas, enlodando resquicios, hechos sepulturas de sus talegos, y pendientes de cualquier ruido de viento, los ojos hambrientos de sueño, las bocas quejosas de las manos, las manos trocadas en plata y oro. La muerte de risa era la postrera, y tenía un grandísimo cerco de confiados y tarde arrepentidos; gente que vive como si no hubiese justicia, y muere como si no hubiese misericordia.

---

43 *Píramo y Tisbe*.—Los desdichados amantes de que trata Ovidio en sus *Metam.* I, 4, por ejemplo. Creyendo, por un fatal accidente que su amada había sido devorada por un león, Píramo se atraviesa con su propia espada. Tisbe encuentra el cadáver y precipitándose sobre el arma, pone fin a sus días.

44 *Leandro y Hero*.—Jóvenes amantes de Sestos y Abydos, en las opuestas orillas del Helesponto, que Leandro cruzaba a nado cada noche sirviéndole de guía una luz que Hero alumbraba. Una noche de tormenta las olas arrojaron a la playa de Sestos el cadáver del enamorado nadador. A su vista, Hero se arrojó al mar, Museo cantó en poema estos amores desgraciados.

45 *Macías*.—El conocido poeta del *Cancionero de Baena*. La leyenda le atribuye desastroso fin por amores. Desde Santillana y Mena aparece en todos los *Infiernos de enamorados*.

46 *portugueses derretidos*.—Era proverbial lo enamoradizo de los portugueses.

Estos son los que diciéndoles: Restituid lo mal llevado; dicen: Es cosa de risa. Mirad que estáis viejo, y que ya no tiene el pecado que roer en vos; mirad que el mismo diablo os desprecia ya por trasto embarazoso, y la misma culpa tiene asco de vos. Responden: Es cosa de risa, y que nunca se sintieron mejores. Otros hay que están enfermos, y exhortándolos a que hagan testamento, que se confiesen, dicen que se sienten buenos y que han estado de aquella manera mil veces. Estos son gente que están en el otro mundo, y aun no se persuaden a que son difuntos. Maravillóme esta visión, y dije, herido del dolor y conocimiento: «¡Díome Dios una vida sola, y tantas muertes! ¡De una manera se nace, y de tantas se muere! Si yo vuelvo al mundo, yo procuraré empezar a vivir.»

En esto estaba cuando se oyó una voz que dijo tres veces: «Muertos, muertos, muertos.» Con esto se rebulló el suelo y todas las paredes, y empezaron a salir cabezas, brazos y bultos extraordinarios. Pusiéronse en orden con silencio. «Hablen por su orden», dijo la Muerte. Luego salió uno con grandísima cólera y priesa, y se vino para mí, que entendí que me quería maltratar, y dijo: «Vivos de Satanás, ¿qué me queréis, que no me dejáis muerto y consumido? ¿Qué os he hecho que sin tener parte en nada me difamáis en todo y me echáis la culpa de lo que no sé?» «¿Quién eres, le dije, con una cortesía temerosa, que no te entiendo?» «Soy yo (dijo) el malaventurado *Juan de la Encina*<sup>47</sup>, el que habiendo muchos años que estoy aquí toda la vida andáis, en haciéndose un disparate o en diciéndole vosotros, diciendo: No hiciera más *Juan de la Encina*; daca los disparates de *Juan de la Encina*. Habéis de saber que para hacer y decir disparates, todos los hombres sois *Juan de la Encina*; y que este apellido de Encina

---

<sup>47</sup> *Juan de la Encina*.—Sus '*Disparates trovados*' se hicieron populares al ser recitados por los cómicos del s. XVI en lugar de loa o entremés. Quevedo, *Nombre... de la doctrina estoica*: «Ha sucedido en nuestra España a Juan de la Encina que siendo un sacerdote docto y ejemplarísimo, docto y pío... sólo porque en otras obras de versos suyos imprimió un juguete que llamó Disparates, se ha quedado en proverbio de disparates tan recibido, que para motejar de necesidades las de cualquiera es el común y universal modo de decir 'son disparates de Juan de Encina'. V. Menéndez Pelayo, *Antol.*, VII.

es muy largo en cuanto a disparates. Pero pregunto si yo hice los testamentos en que dejáis que otros hagan por vuestra alma lo que no habéis querido hacer? ¿He porfiado con los poderosos? ¿Teñíme la barba por no parecer viejo? ¿Fui viejo, sucio y mentiroso? ¿Llamé favor el pedirme lo que tenía? ¿Enamoréme con mi dinero y el quitarme lo que tenía? ¿Entendí yo que sería bueno para mí el que a mi intercesión fue ruin con otro que se fió dél? ¿Gasté yo la vida en pretender con qué vivir? ¿Creí las sumisiones del que me hubo menester? ¿Caséme por vengarme de mi amiga? ¿Fuí yo tan miserable, que gastase un real segoviano en buscar un cuarto incierto? ¿Pudríme de que otro fuese rico o medrase? ¿He creído las apariencias de la fortuna? ¿Tuve yo por dichosos a los que al lado de los príncipes dan toda la vida por una hora? ¿Hemepreciado de hereje y de mal reglado en todo y peor contento, porque me tengan por entendido? ¿Fui desvergonzado por campear de valiente? Pues si *Juan de la Encina* no ha hecho nada desto, ¿qué necedades hizo este pobre *Juan de la Encina*? Pues en cuanto a decir necedades, sacadme un ojo con una. Ladrones, que llamáis disparates los míos y parates<sup>48</sup> los vuestros, pregunto yo: ¿*Juan de la Encina* fue acaso el que dijo: 'Haz bien y no cates a quién' habiendo de ser al contrario: 'Si hicieses bien mira a quién'? ¿Fue *Juan de la Encina* quien para decir que uno era malo dijo: «Es hombre que ni teme ni debe», habiendo de decir «que ni teme ni paga»? Pues es cierto que la mejor señal de ser bueno es ni temer ni deber, y la mayor de la maldad ni temer ni pagar. ¿Dijo *Juan de la Encina*: «De los pescados el mero; de las carnes, el carnero; de las aves, la perdiz; de las damas, la Beatriz»? No lo dijo, porque él no dijera sino: 'De las carnes la mujer, de los pescados, el carnero; de las aves el Ave María y después, la presentada; de las damas, la más barata'. Mirad si es desbaratado *Juan de la Encina*: no prestó sino paciencia, no dio sino pesadumbres, él no gastaba con los hombres que piden dinero ni con las mujeres que piden matrimonio. ¿Qué necedades pudo hacer *Juan de la Encina*, desnudo por no tratar con sastres; que se dejó

---

<sup>48</sup> *parates*.—Chistosa regresión de disparates inventada por Quevedo.



quitar la hacienda por no haber menester letrados; que se murió antes de enfermo que de curado, para ahorrarse el médico? Sólo un disparate hizo, que fue, siendo calvo quitar a nadie el sombrero, pues fuera menos mal ser descortés que calvo; y fuera mejor que le mataran a palos porque no se quitara el sombrero, que no a apodos porque era calvario. Y si por hacer una necesidad anda *Juan de la Encina* por todos esos púlpitos y cátedras, con votos, gobiernos y estados, enhoramala para ellos; que todo el mundo es monte, y todos son encinas.»

En esto estábamos cuando muy estirado y con gran ceño emparejó otro muerto conmigo, y dijo: «Volved acá la cara; no penséis que habláis con *Juan de la Encina*.» «¿Quién es vuesa merced (dije yo), que con tanto imperio habla, y donde todos son iguales presume diferencia?» «Yo soy, dijo, el *Rey que rabió*. Y si no me conocéis, por lo menos no podéis dejar de acordaros de mí, porque sois los vivos tan endiablados, que a todo decís que se acuerda del *Rey que rabió*; y en habiendo un paredón viejo, un muro caído, una gorra calva, un ferreruelo lampiño, un trajazo rancio, un vestido caduco, una mujer manida de años y rellena de siglos, luego decís que se acuerda del *Rey que rabió*. No ha habido tan desdichado rey en el mundo, pues no se acuerdan dél sino vejeces y harapos, antigüedades y visiones; y ni ha habido rey de tan mala memoria, ni tan asquerosa carroña, ni tan caduca, carcomida y apolillada; sino que han dado todos en decir que rabió y no tiene ya remedio; y no soy yo el primero rey que rabió, ni él sólo; que no hay rey, ni le ha habido, ni le habrá, a quien no levanten que rabia. Ni sé yo cómo pueden dejar de rabiar todos los reyes; porque andan siempre mordidos por las orejas, de envidiosos y adulares que rabian.»

Otro que estaba al lado del *Rey que rabió*, dijo: «Vuesa merced se consuele conmigo, que soy el *Rey Perico*<sup>49</sup>, y no me dejan descansar de día ni de noche. No hay cosa sucia, ni desaliñada, ni pobre, ni antigua, ni mala, que no

---

<sup>49</sup> el rey Perico.—Decíase indistintamente '*Eso fue en tiempo del rey perico*' y '*del rey Wamba*'. El rey Perico sería corrupción vulgar de Chilperico, vencido por Wamba. Resulta por demás aventurada cualquier explicación del origen de estos dichos.

digán que fue en tiempos del *Rey Perico*. Mi tiempo fue mejor que ellos pueden pensar. Y para ver quién fui yo y mi tiempo y quién son ellos no es menester más que oílos, porque en diciendo a una doncella ahora la madre: «Hija, las mujeres bajar los ojos y mirar a la tierra, y no a los hombres», —responden: «Eso fue en tiempo del *Rey Perico*; las hombres han de mirar a la tierra, pues fueron hechos della, y las mujeres al hombre, pues fueron hechas dél». Si un padre dice a su hijo: 'No jures, no juegues, reza las oraciones cada mañana, persígnate en levantándote, echa la bendición a la mesa', —dice que eso se usaba en tiempo del *Rey Perico*.»

Al que acabó de decir esto se llegó un muertecillo muy agudo, y sin hacer cortesía dijo: Basta lo que han hablando; que somos muchos; y este hombre vivo está fuera de sí y aturdido.» «No dijera más *Mateo Pico*<sup>50</sup>, y vengo a eso sólo.» «Pues, bellaco vivo, ¿qué dijo *Mateo Pico*, que luego andáis: sí dijera más, no dijera más? ¿Cómo sabéis que no dijera más *Mateo Pico*? Dejadme tornar a vivir sin tornar a nacer, y veréis si digo más, ladrones viejos. Pues si yo viera vuestras maldades, vuestras tiranías, vuestras insolencias, vuestros robos, ¿no dijera más? Dijera más y más, y dijera tanto, que enmendárades el refrán, diciendo: 'Más dijera *Mateo Pico*.' Aquí estoy, y digo más; y avisad desto a los habladores de allá; que yo apelo deste refrán con las mil y quinientas<sup>51</sup>. Quedé confuso de mi inadvertencia y desdicha en topar con el mismo *Mateo Pico*. Era un hombrecillo menudo, todo chillido, que parecía que rezumaba de palabras por todas sus conjunturas, zambó de ojos y bizco de piernas, y me parece que le he visto mil veces en diferentes partes.

Quitóse de delante y descubrióse una grandísima redoma de vidrio. Dijéronme que llegase, y vi jigote, que se bullía en un ardor terrible, y andaba danzando por todo el garrafón, y poco a poco se fueron juntando unos pedazos de carne y unas tajadas, y éstas se fue componiendo

50 *Mateo Pico*. Nombre que se da al charlatán.

51 *con las mil y quinientas*.—Las 1.500 doblas que era preciso depositar al recurrir en última apelación ante una de las salas del Consejo de Castilla.

un brazo, un muslo y una pierna, y al fin se coció y enderezó un hombre entero. De todo que había visto y pasado me olvidé, y esta visión me dejó tan fuera de mí, que no diferenciaba de los muertos. «¡Jesús mil veces!, dije, ¿qué hombre es éste, nacido en guisado, hijo de una redoma?» En esto oí una voz que salía de la vasija, y dijo: «¿Qué año es éste?» «De seiscientos y veinte y dos», respondí. «Este año esparaba yo.» «¿Quién eres, dije, que, parido de una redoma, hablas y vives?» «¿No me conoces? (dijo). La redoma y las tajadas ¿no te advierten que soy aquel famoso nigromántico de Europa?»<sup>52</sup> «¿No han oído decir que me hice tajadas dentro de una redoma para ser inmortal?» «Toda mi vida lo he oído decir, le respondí; mas túvelo por conversación de la cuna y cuento de entre dijés y babador. ¿Qué, tú eres? Yo confieso que lo más que llegué a sospechar fue que eras algún alquimista que penaba en esa redoma, o algún boticario; todos mis temores doy por bien empleados por haberte visto.» «Sábeta, dijo, que mi nombre no fue del título que me da la ignorancia»<sup>53</sup>, aunque tuve muchos; sólo te digo que estudié y escribí muchos libros, y los míos quemaron, no sin dolor de los doctos.» «Sí me acuerdo, dije yo: oído he decir que estás enterrado en un convento de religiosos; mas hoy me he desengañado.» «Ya que has venido aquí, dijo, destapa esa redoma.» Yo empecé a hacer fuerza y a desmoronar tierra con que estaba enlodado el vidrio de que era hecha, y dijóme: «Espera; dime primero: ¿Hay mucho dinero en España? ¿En qué opinión está el dinero? ¿Qué fuerza alcanza? ¿Qué crédito? ¿Qué valor?» Respondíle: «No han descaecido las

---

<sup>52</sup> *aquel famoso nigromántico.*—Don Enrique de Villena (1384-1434). Alternó las letras con el cultivo de las ciencias ocultas, que le ganaron fama de brujo. También se hicieron populares las leyendas de la sombra y de la redoma a que alude el texto. Hay un cantarillo antiguo: «Como al marqués de Villena — te llegará a suceder — se picó en una redoma — y no le valió saber». Quevedo poseyó un ms. con obras de Villena según carta suya al Conde-Duque. Sabido es, por otra parte, que Juan II ordenó a su confesor que hiciese un expurgo en la biblioteca de don Enrique. V. Cotarelo y Mori, *Don Enrique de Villena. Su vida y obras*, Madrid, 1896.

<sup>53</sup> *del título que me da la ignorancia.*—En ms. «Sabe que no fui marqués de Villena, que este título me da la ignorancia». Efectivamente, fue desposeído del título.

flotas de las Indias, aunque los extranjeros han echado unas sanguijuelas desde España al cerro del Potosí, con que se van restañando las venas, y a chupones se empezaron a secar las minas.» «¿Ginoveses<sup>54</sup> andan a la zacapela<sup>55</sup> con el dinero (dijo él)? Vuélvome jigote. Hijo mío, los ginoveses son lamparones<sup>56</sup> del dinero, enfermedad que procede de tratar con gatos<sup>57</sup>. Y vese que son lamparones, porque sólo el dinero que va a Francia<sup>58</sup> no admite ginoveses en su comercio. ¿Salir tenía yo andando esos usagres<sup>59</sup> de bolsas por las calles? No digo yo hecho jigote en redoma, sino hecho polvos en salvadera quiero estar antes que verlos hechos dueños de todo.» «Señor nigromántico, repliqué yo, aunque esto es así, han dado en adolecer de caballeros en teniendo caudal, úntanse de señores, y enferman de príncipes; y con esto y los gastos y empréstitos se apolilla la mercancía y se viene todo a repartir en deudas y locuras. La verdad adelgaza y no quiebra: en esto se conoce que los ginoveses no son verdad, porque adelgazan y quiebran.» «Animádome has, dijo, con eso. Dispondréme a salir desta vasija, como primero me digas en qué estado está la honra en el mundo.» «Mucho hay que decir en esto (le respondí yo); tocado has una tecla del diablo: todos tienen honra, y todos son honrados, y todos lo hacen todo caso de honra, Hay honra en todos estados, y la honra se está cayendo de su estado, y parece que está ya siete estados debajo de tierra. Si hurtan, dicen que por conservar esta negra de honra, y que quieren más hurtar que pedir. Si piden, dicen que por conservar esta negra honra, y que es mejor pedir que no hurtar. Si levantan un testimonio, si matan a uno,

<sup>54</sup> *ginoveses*.—Comp. *Buscón*: Topamos con un ginovés, digo con uno destes antecristos de la moneda de España». Genoveses eran los más de los banqueros que hicieron su agosto en nuestro país.

<sup>55</sup> *zacapela*.—Riña, barullo.

<sup>56</sup> *lamparones*.—Escrófula.

<sup>57</sup> *gatos*.—Equivoco: el felino doméstico (que transmite la escrófula) y bolsón para guardar dinero.

<sup>58</sup> *sólo el dinero que va a Francia*.—Era creencia que los reyes franceses tenían virtud para curar lamparones. M. Bloch. *Les rois Thaumaturgues*, Strassburg, 1924, estudia el origen literario y difusión de esta creencia.

<sup>59</sup> *usagres*. Una especie de sarna es el usagre, que 'come'.

lo mismo dicen; que un hombre honrado antes se ha de dejar morir entre dos paredes que sujetarse a nadie, y todo lo hacen al revés. Y al final en el mundo todos han dado en la cuenta, y llaman honor a la comodidad; y con presumir de honrados y no serlo se rien del mundo.» «El diablo puede salir a vivir en ese mundecillo, dijo él. Considérome yo a los hombres con unas honras títeres que chillan, bullen y saltan; que parecen honras, y mirando bien son andrajos y palillos. ¿El no decir verdad será mérito? ¿El embuste y la torpeza caballería? ¿Y la insolencia donaire? Honrados eran los españoles cuando podían decir deshonestos y borrachos a los extranjeros; mas andan diciendo aquí malas lenguas que ya en España ni el vino se queja de mal bebido ni los hombres se mueren de sed. En mi tiempo no sabía el vino por dónde subía a las cabezas, y ahora parece que se sube hacia arriba. No estoy dos dedos de volverme jigote (dijo el nigromántico) para siempre jamás: no sé qué me sospecho. Dime, ¿hay letrados?» «Hay plaga de letrados, dije yo: no hay otra cosa sino letrados; porque unos lo son por oficio, otros lo son por presunción, otros por estudio, y éstos pocos; y otros (éstos son los más) son letrados porque tratan con otros más ignorantes que ellos (en esta materia hablaré como apasionado), y todos se gradúan de doctores y bachilleres, licenciados y maestros, más por los mentecatos con quien tratan que por las universidades; y valiera más a España langosta perpetua de licenciados al quitar<sup>60</sup>.» «Por ninguna cosa saldré de aquí (dijo el nigromántico). ¿Eso pasa? Ya yo los temía, y por las estrellas alcancé esa desventura; y por no ver los tiempos que han pasado embutidos de letrados me avecindé en esta redoma, y por no los ver me quedaré hecho pastel en bote.» Repliqué: «En los tiempos pasados, que la justicia estaba más sana, tenía menos doctores, y hala sucedido lo que a los enfermos, que cuantas más juntas de doctores se hacen sobre él, más peligro muestra y peor le va, sana menos y gasta más. La justicia, por lo que tiene de verdad, andaba desnuda; ahora anda empa-

---

<sup>60</sup> *licenciados al quitar*.—Expresión paródica de frases como 'censo, venta al quitar', que quiere decir temporales no perpetuas.

pelada como especias. Un Fuero Juzgo<sup>61</sup> con su *maguer* y su *cuemo*, y *conusco* y *faciamus* era todas las librerías; y aunque son voces antiguas, sueñan con mayor propiedad, pues llaman 'sayón' al alguacil, y otras cosas semejantes. Ahora ha entrado una cáfila de Menoquios<sup>62</sup>, Surdos<sup>63</sup> y Fabros<sup>64</sup>, Farinacios<sup>65</sup> y Cujacios<sup>66</sup>, consejos y decisiones y respensiones y lecciones y meditaciones; y cada día salen autores. Los letrados todos tienen un cimiterio por librería, y por ostentación andan diciendo: «Tengo tantos cuerpos». Y es cosa brava que las librerías de los letrados todas son cuerpos sin alma, quizá por imitar a sus amos. No hay cosa en que no nos dejen tener razón; sólo lo que no dejan tener a las partes es el dinero, que le quieren ellos para sí. Y los pleitos no son sobre si lo que deben a uno se lo han de pagar a él; que eso no tiene necesidad de preguntas y respuestas: los pleitos son sobre que el dinero sea de letrados y del procurador sin justicia, y la justicia sin dinero de las partes. ¿Queréis ver qué tan malos son los letrados? Que si no hubiera letrados, no hubiera porfías; y si no hubiera porfías no hubiera pleitos; y si no hubiera pleitos no hubiera procuradores; y si no hubiera procuradores no hubiera enredos; y si no hubiera enredos, no hubiera delitos; y si no hubiera delitos, no hubiera alguaciles; y si no hubiera alguaciles, no hubiera cárcel; y si no hubiera cárcel, no hubiera jueces; y si no hubiera jueces, no hubiera pasión; y si no hubiera pasión, no hubiera cochecho. Mirad la retahíla de infernales sabandijas que se produce de un licenciado, lo que disimula una barbaza y lo que autoriza una gorra: Llegaréis a pedir un parecer, y os dirán: —Ne-

---

61 *un Fuero Juzgo con su maguer*.—El viejo cuerpo legal visigodo *Forum Judicum*, traducido con el nombre de *Fuero Juzgo* en el s. XIII. Las voces antiguas *maguer*, *cuemo*, *conusco* y *faciamus*, valen aunque como, con nosotros, hagamos.

62 *Menoquios*.—Santiago Menochius profesor de Derecho en Padua, a quien Felipe II nombró Presidente del Consejo del Milanesado.

63 *Surdos*.—Juan Pedro Surdo, jurista mantuano.

64 *Fabros*.—Juan Le Fevre, jurisconsulto de Angulema.

65 *Farinacios*.—Próspero Farinacci, jurista romano (1554-1618), autor de numerosos tratados de derecho civil y canónico.

66 *Cujacios*.—Jacques Cujas, nacido en Toulouse (1520), tratadista de Derecho.

gocio es de estudio; diga vuesamerced, que ya estoy al cabo; habla la ley en propios términos.— Toman un quintal de libros, dándole dos bofetadas hacia arriba y hacia abajo, y leen de prisa, arremedando un abejón, luego dan un gran golpe con el libro patas arriba sobre la mesa, muy esparrancado de capítulos, y dicen: —En el propio caso habla el jurisconsulto. Vuesamerced me deje los papeles; que me quiero poner bien en el hecho del negocio, y tégalo por más que bueno, y vuélvase por acá mañana por la noche; porque estoy escribiendo sobre la tenuta<sup>67</sup> de Trasarra, mas por servir a vuesamerced lo dejaré todo.— Y cuando al despediros le queréis pagar (que es para ellos la verdadera luz y entendimiento del negocio que han de resolver) dice, haciendo grandes cortesías y acompañamientos: —¡Jesús, señor!— Y entre Jesús y señor, alarga la mano, y para gastos de pareceres se emboca un doblón<sup>68</sup> «No he de salir de aquí (dijo el nigromántico) hasta que los pleitos se determinen a garrotazos; que en el tiempo que por falta de letrados se determinaban las causas a cuchilladas, decían que el palo era alcalde, y de ahí vino: júzguelo el alcalde de palo<sup>69</sup>. Y si he de salir, ha de ser sólo a dar arbitrio a los reyes del mundo que quien quisiere estar en paz y rico, que pague los letrados a su enemigo para que lo embellequen y roben y consuman. Dime, ¿hay todavía Venecia en el mundo?» «Sí la hay, dije yo; no hay otra cosa sino Venecia y venecianos.» «¡Oh! doyla al diablo (dijo el nigromántico) por vengarme del mismo diablo, que no sé que pueda darla a nadie sino por hacerle mal. Es república esa que mientras que no tuviere conciencia durará, porque si restituye lo ajeno no le queda nada. ¡Linda gente! la ciudad fundada en el agua, el tesoro y la libertad en el aire, la deshonestidad en el fuego; y al fin es gente de quien huyó la tierra, y son narices de las naciones y el albañal de las monarquías, por donde purgan las inmundicias de la paz y de la guerra y el turco los per-

67 *tenuta*.—Término jurídico: posesión de frutos o rentas que se goza hasta la decisión de la pertenencia entre los litigantes.

68 *doblón*.—Moneda de oro de valor variable. Los había 'de a dos', 'de a cuatro' y 'de a ocho escudos'.

69 *el alcalde de palo*.—Hay un refrán. 'Un alcalde de palo lo mandará', esto es, un alcalde rudo. Quevedo juega el vocablo.

mite por hacer mal a los cristianos, los cristianos por hacer mal a los turcos, y ellos, por poder hacer mal a unos y a otros, no son moros ni cristianos; y así dijo uno dellos mismos en una ocasión de guerra, para animar a los suyos contra los cristianos: Ea, que antes fuisteis venecianos que cristianos. Dejemos eso, y dime, ¿hay muchos golosos de valimientos de los hombres del mundo?» «Enfermedad es (dije yo) esa de que todos los reinos son hospitales.» Y él replicó: «Antes casas de orates entendí yo; mas según la relación que me haces, no me he de mover de aquí. Más quiero que tú les digas a esas bestias que en albarda tienen la vanidad y la ambición, que los reyes y príncipes son azogue en todo. Lo primero, el azogue, si le quieren apretar, se va; así sucede a los que quieren tomarse con los reyes más mano de lo que es razón. El azogue no tiene quietud; así son los ánimos por la continua mareta de negocios. Los que tratan y andan con el azogue, todos andan temblando; así han de hacer los que tratan con los reyes, temblar delante dellos de respeto y temor, porque si no, es fuerza que tiemblan después hasta que caigan. ¿Quién reina ahora en España, que es la postrera curiosidad que he de saber; que me quiero volver a jigote, que me hallo mejor?» Murió Filipo III<sup>70</sup>, dije yo. «Fue santo rey y de virtud incomparable (dijo el nigromántico, según leí yo en las estrellas pronosticado). «Reina Filipo IV días ha», dije yo. «¿Eso pasa? (dijo). ¿Qué ya ha dado el tercero cuarto arpa la hora que yo esperaba?» Y diciendo y haciendo subió por la redoma, y trastornó y salió fuera. Iba diciendo y corriendo: «Mas justicia se ha de hacer ahora por un cuarto que en otros tiempos por doce millones.»

Yo quise partir tras él, cuando me asió del brazo un muerto, y dijo: «Déjale ir; que nos tenía con cuidado a todos; y cuando vayas al otro mundo dí que *Agreges*<sup>71</sup> es-

70 *Murió Filipo III.*—Ocurrió la muerte en 31 de marzo de 1621, sobre la muerte de éste y la sucesión de Felipe IV escribió Quevedo «*Grandes anales de quince días*».

71 *Agrajes.*—Uno de los héroes del Amadís. Correas cita el refrán, «Agora lo veredes, dijo Agrajes con sus pajes». La expresión '*agora lo veredes*' es casi formularia en los libros de caballerías cuando, en respuesta a las provocaciones del adversario, se remite la cuestión a las armas. «Agora lo veredes, dijo Agrajes, respondió don Quijote», arremetiendo al vizcaíno.



tuvo contigo, y que se queja que le levantéis: *ahora lo veredes*. Yo soy *Agrages*: mira bien que no he dicho tal; que a mí no se me da nada que ahora ni nunca lo veáis; y siempre andáis diciendo: *Ahora lo veredes, dijo Agrages*. Sólo ahora que a ti y al de la redoma os oí decir que reinaba Filipo IV, digo que ahora lo veredes. Y pues soy *Agrages*, ahora lo veredes, dijo *Agrages*.» Fuese, y púsoseme delante enfrente de mí un hombrecillo, que parecía remate de cuchar con pelo de limpiadera, erizado, bermejizo y pecoso. «Dígame saestre», dije yo. Y él tan presto dijo: «Ox, que no pica, pues no soy sino solicitador, y no pongáis nombres a nadie. Yo me llamo *Arbalias*<sup>72</sup>, y os lo he querido decir para que no andéis allá en la vida: Es un *Arbalias*, a unos y a otros, sin saber a quién lo decís.»

Muy enojado, a mí me llegó un hombre viejo muy ponderado de testuz, de los que traen canas por vanidad, un gran haz de barbas, ojos a la sombra muy metidos, frente llena de surcos, ceño descontento, y vestido que, juntando lo extraordinario con el desaliño, hacía misteriosa la pobreza. «Más despacio te he menester que *Arbalias*, me dijo; siéntate.» Sentóse y sentéme; y como si le dispararan de un arcabuz, en figura de trasgo se apareció entre los dos otro hombrecillo, que parecía astilla de *Arbalias*, y no hacía sino chillar y bullir. Díjole el viejo con una voz muy honda: «Idos a enfadar a otra parte, que luego vendréis.» «Yo también he de hablar», decía; y no paraba. «¿Quién es éste?, pregunté. Dijo el viejo: «¿No has caído en quien puede ser? Este es *Chisgaravis*». «Doscientos mil éstos andan por Madrid (dije yo); y no hay otra cosa sino *Chisgaravises*.» Replicó el viejo: «Este anda aquí cansando los muertos y a los diablos; pero déjate deso, y vamos a los que importa. Yo soy *Pedro*, y no *Pero Grullo*, que quitándome una *d* en el nombre, me hacéis el santo, fruta.» Es Dios verdad que, cuando dijo *Pero Grullo*, me pareció que le veía las alas. «Huélgome de conocerte, repliqué. ¿Qué, tú eres el de las profecías que dicen de *Pero*

72 *Arbalias*.—Entremetido, hablador. Otras ed. '*Harbalias*'.

73 *chisgaravis*.—Hombrecillo de poca substancia.

*Grullo*?». «A eso vengo, dijo el profeta estantigua<sup>74</sup>, deso habemos de tratar. Vosotros decís que mis profecías son disparates, y hacéis mucha burla dellas. Estemos a cuentas: las profecías de *Pero Grullo*, que soy yo, dicen así:

Muchas cosas nos dejaron  
las antiguas profecías:  
dijeron que en nuestros días  
será lo que Dios quisiere.<sup>75</sup>

Pues, bribones, adormecidos en maldad, infames, si esta profecía se cumpliera, ¿había más que desear? Si fuera lo que Dios quisiere, fuera siempre lo justo, lo bueno, lo santo; no fuera lo que quiere el diablo, el dinero y la codicia; pues hoy lo menos es lo que Dios quiere, y lo más lo que queremos nosotros contra su ley; y ahora el dinero es todos los quereres, porque él es querido y él quiere, y no se hace sino lo que él quiere; y el dinero es el *Narciso*<sup>76</sup>, que se quiere a sí mismo, y no tiene amor sino a sí. Prosigo:

Si lloviere hará lodos;  
y será cosa de ver  
que nadie podrá correr  
sin echar atrás los codos.

Hacedme merced de correr los codos adelante, y negadme que esto no es verdad. Diréis que de puro verdad es necesidad: ¡buen achaquito, hermanos vivos! La verdad así decís que amarga, poca verdad decís que es mentira; muchas verdades que es necesidad. ¿De qué manera ha de ser la verdad para que os agrade? Y sois tan necios, que no habéis echado de ver que no es tan profecía de *Pero Grullo* como decís, pues hay quien corra echando los codos adelante, que son los médicos cuando vuelven la mano atrás a

<sup>74</sup> *estantigua*.—La hoste antigua era el demonio y su derivado estantigua ha venido a significar visión, fantasma y también persona alta y seca.

<sup>75</sup> Los dos últimos versos son iguales a otros de la «*Almoneda*» de Juan de la Encina, V. Menéndez Pelayo Antol., VII, XLVIII. Estas profecías de *Pero Grullo* recuerdan el *Juicio... de toda la astrología*, del mismo V. ibid.

<sup>76</sup> *Narciso*.—Hijo de Céfiro y Liriope, enamorado de sí mismo desdeñó a Eco y fue transformado en la flor que lleva su nombre.

recibir el dinero de la visita al despedirse, que toman el dinero corriendo, y corren como una mona al que se lo da porque le maten.

El que tuviere tendrá,  
será el casado marido,  
y el perdido más perdido  
quien menos guarda más da.

Ya estás diciendo entre ti: ¿Qué perogrullada es ésta? *El que tuviere tendrá* (replicó luego): pues así es: que no tiene el que gana mucho, ni el que hereda mucho, ni el que recibe mucho; sólo tiene el que tiene y no gasta; y quien tiene dos algos, más es; y si tiene dos mases, tiene muchos; y si tiene dos muchos, es rico; que el dinero (y llevaos esta doctrina de *Pero Grullo*) es como las mujeres, amigo de andar y que le manoseen y le obedezcan; enemigo de que le guarden; que se anda tras los que no le merecen, y al cabo deja a todos con dolor de sus almas, amigo de andar de casa en casa. Y para ver cuán ruin es el dinero (que no parece sino que ha sido cotorrera), habéis de ver a cuán ruin gente le da el Señor y en esto conoceréis lo que son los bienes deste mundo, en los dueños dellos. Echad los ojos por esos mercaderes (si no es que estén ya allá, pues roban los ojos), mirad esos joyeros, que a persuasión de la locura venden enredos resplandecientes y embustes de colores, donde se anegan los dotes de los recién casados. ¡Pues qué si váis a la platería! No volveréis enteros. Allí cuesta la honra, y hay quien hace creer a un malaventurado se ciña su patrimonio al dedo; y no sintiendo los artejos el peso, está aullando en su casa. No trato de los pasteleros y sastres, ni de los roperos<sup>77</sup>, que son sastres a Dios y a la ventura y ladrones a diablos y desgracia. Tras éstos se anda el dinero; ¿y no tendrá asco cualquier bien aliñado de costumbres y pulido de conciencia de comunicarle ningún deseo?» «Esta profecía y las demás (dije yo) no las consideramos allá desta manera; y te prometo que tienen más veras de las que parecen, y que

---

<sup>77</sup> roperos.—Ropavejeros.

oídas en tu boca son de otra suerte. Y confieso que te hacen agravio.» «Pues oye, dijo, otra :

Volárase con las plumas,  
andarás con los pies,  
serán seis dos veces tres.

*Volárase con las plumas.* Pensáis que lo digo por los pájaros, y os engaños; que eso fuera necesidad: dígolo por los escribanos y ginoveses, que éstos nos vuelan con las plumas el dinero de delante. Y porque vean en el otro mundo que profeticé de los tiempos de ahora y que hay *Pero Grullo* para los que vivís, llévate este mendrugo de profecías; que a fe que hay que hacer en entenderlo.» Fuése, y dejóme un papel en que estaban escritos estos ringlones por esta orden:

«Nació viernes de Pasión<sup>78</sup>  
para que zahorí fuera,  
porque en su día muriera  
el bueno y el mal ladrón.

Habrá mil revoluciones  
entre linajes honrados,  
restituirá los hurtados,  
castigará los ladrones.

Y si quisiere primero  
las pérdidas remediar,  
lo hará sólo con echar  
la soga tras el caldero.

Y en estos tiempos que ensarto  
veréis (maravilla extraña)  
que se desempeña España  
solamente con un Cuarto.

Mis profecías mayores  
verán cumplida la ley  
cuando fuere Cuarto el rey  
y cuartos los malhechores.»

Leí con admiración las cinco profecías de *Pero Grullo*, y estaba meditando en ellas cuando por detrás me llamaron. Volvíme, y era un muerto muy lacio y afligido, muy blanco y vestido de blanco, y dijo: «Duélete de mí, y si eres buen cristiano sácame de poder de los cuentos de los habladores y de los ignorantes, que no me dejan descansar, y méteme donde quisieres.» Hincóse de rodillas, y

<sup>78</sup> Es creencia vulgar que el zahorí nace en Viernes Santo.

despedazándose a bofetadas, lloraba como niño. «¿Quién eres, dije, que a tanta desventura estás condenado?» «Yo soy, dijo, un hombre muy viejo, a quien levantan mil testimonios y achacan mil mentiras. Yo soy el *Otro* y me conocerás; pues no hay cosa que no lo diga el *Otro*. Y luego, en no sabiendo cómo dar razón de sí, dicen: Como dijo el *Otro*. Yo no he dicho nada, ni despego la boca. En latín me llaman *Quidam*, y por esos libros me hallarás abultando ringlones y llenando cláusulas. Y quiero por amor de Dios que vayas al otro mundo y digas cómo has visto al *Otro* en blanco, y que no tiene nada escrito y que no dice nada, ni lo ha de decir ni lo ha dicho, y que desmiente desde aquí a cuantos le citan y achacan lo que no saben, pues soy el autor de los idiotas y el texto de los ignorantes. Y has de advertir que en los chismes me llaman *Cierta persona*, en los enredos. *No sé quién*, en las cátedras *Cierto autor*, y todo lo soy el desdichado *Otro*. Haz esto, y sácame de tanta desventura y miseria.» «Aún aquí estáis, ¿y no queréis dejar hablar a nadie?», dijo un muerto hablando, armado de punta en blanco muy colérico; y asiéndome de un brazo, dijo: «Oíd acá, y pues habéis venido por estafeta de los muertos a los vivos, cuando váis<sup>79</sup> allá decidles que me tienen muy enfadado todos juntos.» «¿Quién eres?», le pregunté: «Soy, dijo, *Calainos*<sup>80</sup>.» «¿Calainos eres?, dije; no sé cómo no estás desahinado, porque eternamente dicen: Cabalgaba *Calainos*.» «¿Saben ellos mis cuentos? Mis cuentos fueron muy buenos y muy verdaderos; y no se metan en cuentos conmigo.» «Mucha razón tiene el señor *Calainos* (dijo otro que se allegó), y él y yo estamos muy agraviados. Yo soy *Cantimpalos*; y no hacen sino decir: El ánsar de *Cantimpalos*<sup>81</sup>, que salía al lobo al camino. Y es menester

79 *cuando vais*.—Hoy vayáis, Comp. *Buscón*: «¿Es posible que hay matemática en esto?», y *Quijote*, «¿Es posible que tal hay en el mundo?».

80 *Calainos*.—Correas, «*Ya cabalga Calainos -- ya cabalga, ya se va*». Así empieza el romance, viejo sin duda, que también se cita en el *Quijote* (II, 9). V. BAAEE, X, pág. 243. *Coplas o cuentos de Calainos* es frase proverbial por cosa de poco valor.

81 *El ánsar de Cantimpalos*.—Correas cita «la gansa y el ánsar de C. que salía al lobo al camino», y la explicación no aclara nuestro texto.

que les digáis que me han hecho de asno ánsar, y que era asno el que yo tenía, y no ánsar; y los ánsares no tienen que ver con los lobos; y que me restituyan a mi asno en el refrán; y que me lo restituyan luego y tomen su ánsar: justicia con costas, y para ello, etcétera.»

Con su báculo venía una vieja o espantajo, diciendo: «¿Quién está allá a las sepulturas?» Con una cara hecha de un orejón, los ojos en dos cuévanos de vendimiari, la frente con tantas rayas y de tal color y hechura, que parecía planta de pie; la nariz en conversación con la barbilla, que casi juntándose hacían garra; y una cara de la impresión del grifo; la boca a la sombra de la nariz, de hechura de lamprea, sin diente ni muela, con sus pliegues de bolsa a lo jimio, y apuntándole ya el bozo de las calaveras en un mostacho erizado; la cabeza con temblor de sonajas, y la habla danzante; unas tocas muy largas sobre el monjil<sup>82</sup> negro; esmaltada de mortaja la tumba, con un rosario muy grande colgando, y ella corva, que parecía con las muertecillas que colgaban dél, que venía pescando calaverillas chicas. Yo, que vi semejante abreviación del otro mundo, diciendo a grandes voces, pensando que sería sorda: «¡Ah señora! ¡Ah madre! ¡Ah tía! ¿Quién sois? ¿Queréis algo?» Ella entonces, levantando el *ab initio et ante saecula*<sup>83</sup> de la cara, y parándose dijo: «No soy sorda, ni madre, ni tía; nombre tengo y trabajos, y vuestras sinrazones me tienen acabada.» ¡Quién creyera que en el otro mundo hubiera presunción de mocedad, y en una cecina como ésta! Llegóse más cerca, y tenía los ojos haciendo aguas, y en el pico de la nariz columpiándose una moquita, por donde echaba un tufo de cementerio. Díjela que perdonase, y preguntéle su nombre. Díjome: «Yo soy *Dueña Quintañona*<sup>84</sup>. «Qué, ¿dueñas hay entre los muertos?, dije maravillado. Bien hacen de pedir cada día a Dios misericordia más que *requiescant in pace*, descansen en paz; porque si hay dueñas meterán en ruido a todos. Yo creí que las mujeres se morían

82 *monjil*.—Traje de lana que usaban las mujeres en el luto.

83 *ab initio et ante saecula*.—Frase del *Eclesiaste*, 24, 14.

84 *Dueña Quintañona*.—Es la dueña que escanciaba el vino a Lanzarote cuando vino de Bretaña, según el conocido romance. (V. BAAER, X, 198.) *Quintañón*, de cien años.

cuando se volvían dueñas, y que las dueñas no tenían de morir, y que el mundo está condenado a dueña perdurable, que nunca se acaba; mas ahora que te veo acá me desengañó; y me he holgado de verte, porque por allá luego decimos: Miren la *Dueña Quintañoña*, daca la *Dueña Quintañoña*.» «Dios os lo pague y el diablo os lleve, dijo; que tanta memoria tenéis de mí y sin habello yo de menester. Decid, ¿no hay allá dueñas de mayor número que yo? Pues ¿por qué no dáis tras dellas y me dejáis a mí, que ha más de ochocientos años que vine a fundar dueñas al infierno, y hasta ahora no se han atrevido los diablos a recibirlas, diciendo que andamos ahorrando penas a los condenados, y guardando cabos de tizones como de velas, y que no habrá cosa cierta en el infierno? Y estoy rogando con mi persona al purgatorio, y todas las almas dicen en viéndome: ¿Dueña?, no por mi casa. Con el cielo no quiero nada, que las dueñas, en no habiendo a quien atormentar y un poco de chisme, perecemos. Los muertos también se quejan de que no los dejó ser muertos como lo habían de ser, y todos me han dejado en mi albedrío si quiero ser dueña en el mundo; mas quiero estar aquí, por servir de fantasma en mi estado toda la vida, y sentada a la orilla de una tarima guardando doucellas que son más de trabajo que de guardar. Pues, en viniendo una visita, ¿aquel llaman a la dueña? Y a la pobre dueña todo el día le están dando su recaudo todos. En faltando un cabo de vela, llamen a Alvarez, la dueña le tiene; si falta un retacillo de algo, la dueña estaba allí; que nos tienen por cigüeñas, tortugas y erizos de las casas, que nos comemos las sabandijas: Si algún chisme hay, alto a la dueña. Y somos la gente más bien aposentada en el mundo, porque en el invierno nos ponen en los sótanos, y los veranos en los zaquizamies. Y lo mejor es que nadie nos puede ver: las criadas, porque dicen que las guardamos; los señores, porque los gastamos; los criados, porque nos guardamos; los de fuera, por el *coram vobis*<sup>85</sup> de reponso; y tienen razón, porque ver una de nosotras encaramadas sobre unos chapines, muy alta y

85 *coram vobis*.—Lit. «ante vosotros». Nombre humorístico del rostro grave y entonado.

muy derecha, parecemos túmulo vivo. Pues ¡cuando en una visita de señoras hay conjunción<sup>86</sup> de dueñas! Allí se engendran las angustias y sollozos; de allí proceden las calamidades y plagas, los enredos y embustes, marañas y parlerías, porque las dueñas influyen<sup>87</sup> acelgas y lentejas, y pronostican candiles y veladores y tijeras de despabilar. Pues ¡qué cosa es levantarse ocho viejas como ocho cabos de años, o ocho sin sabo<sup>88</sup>, ensabauadas, y despedirse con unas bocas de tejadillo<sup>89</sup>, con unas hablas sin hueso, dando tabletadas con las encías, y poniéndose cada una a las espaldas de su ama a entristecerlas; las asentadoras bajas, trompicando y dando de ojos, adonde en una silla, entre andas y ataúd la llevan los pícaros arrastrando! Antes quiero estarme entre muertos y vivos pereciendo, que volver a ser dueña: pues hubo caminante que preguntando dónde había de parar una noche de invierno, yendo a Valladolid, y diciéndole que en un lugar que se llama Dueñas, dijo que si había adónde parar antes o después. Dijéronle que no, y él a esto dijo: Más quiero parar en la horca que en Dueñas; y se quedó fuera, en la picota<sup>90</sup>. Sólo os pido, así os libre Dios de dueñas (y no es pequeña bendición, que para decir que destruirán a uno dicen que le pondrán cual digan dueñas, ¡mirad lo que es decir dueñas!); ruégote encarecidamente que hagas que metan otra dueña en el refrán, y me dejen descansar a mí, que estoy muy vieja para andar en refranes, y querría andar en zancos, porque no deja de cansar a una persona andar de boca en boca».

---

86 *conjunción*.—Doble sentido, el corriente y astrológico.

87 *influyen acelgas y lentejas*.—'Influyen', término astrológico, 'pronostican'. En cuanto a las acelgas y lentejas, las tenían por alimentos que producían melancolía, esto es, bilis negra. Recuérdese que don Quijote comía lentejas los viernes. Comp. *La culta latini-paria*, «A las dueñas llame funestas; y si al epíteto pusieren pleito los cipreses, en tanto que lo juzgan las lentejas, llamáralas hombradas».

88 *cabos de años o ocho sin cabo*.—«cabos de años» por lo gastadas de viejas y «ocho sin cabo», sin cuento.

89 *bocas de tejadillo*.—Caricaturesca visión de la boca desdentada.

90 *picota*.—La picota era una columna o rollo en que se exponían los cuerpos de los ajusticiados o los reos a la vergüenza pública y solía estar en el ejido.



Muy angosto, muy a teja vana, las carnes de venado<sup>91</sup>, en un cendal, con unas mangas por greguescos, y una esclavina por capa, y un soportal por sombrero, amarrado a una espada<sup>92</sup>, se llegó a mí un rebozado y llamóme en la seña de los sombreros. «Ce, ce», me dijo. Yo le respondí luego. Lleguéme a él, y entendí que era algún muerto envengonzante. Preguntéle quién era. «Yo soy el mal cosido y peor sustentado *don Diego de Noche*<sup>93</sup>.» «Más precio haberte visto, dije yo, que a cuanto tengo. ¡Oh estómago aventurero! ¡Oh gatzate de rapiña! ¡Oh panza al trote! ¡Oh susto de los banquetes! ¡Oh mosca de los platos! ¡Oh sacabocados de los señores! ¡Oh taraca de los convites y cáncer de las ollas! ¡Oh sabañón de las cenas! Oh sarna de los almuerzos! ¡Oh sarpullido del mediodía! No hay otra cosa en el mundo sino cofrades, discípulos y hijos tuyos.» «Sea por amor de Dios (dijo *don Diego de Noche*); que esto me faltaba por oír; mas en pago de mi paciencia os ruego que os lastiméis de mí, pues en vida siempre andaba cerniendo las carnes<sup>94</sup> el invierno por la picadura del verano, sin poder hartar estas asentaderas de greguescos<sup>95</sup>, el jubón en pelo sobre las carnes, el más tiempo en ayunas de camisa, siempre dándome por entendido de las mesas ajenas; esforzando, con pistos de cerote y ramplones, desmayor de calzado<sup>96</sup>, animando a las medias a puras sustancias de hilo y aguja, y llegué a estado en que, viéndome calzado de geomancia<sup>97</sup>, porque todas las calzas eran puntos,

91 *las carnes de venado*.—Secas, como cecina de venado.

92 *amarrado a una espada*.—Recuerda el sabidísimo soneto, *Erase un hombre a una nariz pegado*.

93 *don Diego de Noche*.—Correas, «Poner don a quien no lo tiene y para burlarse de las mujeres honradas». Para Quevedo es la personificación de la gorronería.

94 *cerniendo las carnes*.—Su ropa parecía cernedor de las carnes de puro rota.

95 *sin poder hartar estas asentaderas de greguescos*.—Los greguescos o calzones no llegaban a cubrírselas.

96 *esforzado*.—Remendando los quebrantos del calzado con cerote (pasta de cera y pez con que los zapateros enceran el hilo para coser) y ramplones, piezas de hierro empleadas como refuerzo de las suelas.

97 *calzado de geomancia*.—La geomancia (hoy acentuamos con menos razón geomancia) adivina por rayas, círculos y puntos trazados en la tierra. Puntos, más abajo, equívoco.

cansado de andar restañando el ventanaje, me entinté la pierna y la dejé correr. No se vio jamás socorrido de pañizuelos mi catarro, que afilando el brazo por las narices, me pavonaba de romadizo; y si acaso alcanzaba algún pañizuelo, porque no le viesan al sonarme, me rebozaba, y haciendo el coco con la capa, tapando el rostro, me sonaba a oscuras. En el vestir he parecido árbol, que en el verano me he abrigado y vestido, y en el invierno he andado desnudo. No me han prestado cosa que haya vuelto; hasta espadas (que dicen que no hay ninguna sin vuelta), si todos me las prestasen, todas serían sin vuelta. Y con no haber dicho verdad en toda mi vida, y aborrecídola, decían todos que mi persona era buena para verdad desnuda y amarga. En abriendo yo la boca, lo mejor que se podía esperar era un bostezo o un parasismo, porque todos esperaban el: «Déme vuesa merced, présteme, hágame merced»; y así estaban armados de respuestas. Y en despegando los labios, de tropel se oía: No hay qué dar, Dios te provea, cierto que no tengo, yo me holgara, no hay un cuarto. Y fui tan desdichado que a tres cosas siempre llegué tarde: a pedir prestado llegué siempre dos horas después; y siempre me pagaban con decir: Si llegara vuesa merced dos horas antes, se le prestara ese dinero. A ver los lugares llegué dos años después, y en alabando cualquier lugar, me decían: Ahora no vale nada; ¡si vuesa merced lo viera dos años ha! A conocer y alabar las mujeres hermosas llegué siempre tres años después, y me decían: Tres años atrás me había vuesa merced de ver, que vertía sangre por las mejillas. Según esto, fuera harto mejor que me llamaran *don Diego Después*, que no *don Diego de Noche*. ¡Decir que después de muerto descanso! Aquí estoy y no me harto de muerte: los gusanos de hambre conmigo, y yo me como a los gusanos de hambre, y los muertos andan siempre huyendo de mí, porque no les pegue el *don*, o les hurte los huesos, o les pida prestado. Y los diablos se recatan de mí, porque no me meta de gorra a calentarme, y ando por estos rincones introducido en telaraña. Hartos *don Diegos* hay allá, de quien pueden echar mano: déjenme con mi trabajo; que no viene muerto que luego no pregunte por *don Diego de Noche*. Y diles a todos *los dones* a teja vana, caballeros chirles, haciahidalgos y casi-dones, que hagan bien por mí, que estoy

penando en una bigotera<sup>98</sup> de fuego porque siendo gentil-hombre mendicante, caminaba con horma y bigotera a un lado, y molde para el cuello y la bula en el otro; y esto y sacar mi sombra llamaba yo mudar mi casa.» Desapareció aquel caballero visión, y dio gana de comer a los muertos; cuando llegó a mí con la mayor prisa que se ha visto un hombre alto, menudo de facciones, de hechura de cerbatana; y sin dejarme descansar, me dijo: «Hermano, dejadlo todo presto, luego; que os aguardan los muertos que no pueden venir acá, y habéis de ir al instante a oírlos, y hacer lo que os mandaren sin replicar y sin dilación luego.» Enfadóme la prisa del diablo del muerto, que no vi hombre más súpito; y dije: «Señor mío, esto no es cochite hervite.» «Sí es (dijo muy demudado): dígoos que yo soy *Cochitehervite*, y el que viene a mi lado (aunque yo no le había visto) es *Trochimochi*, que somos más parecidos que el freir y el llover.» Yo, que me vi entre *Cochitehervite* y *Trochimochi*, fui como un rayo donde me llamaban.

Estaban sentadas unas muertas a un lado, y dijo *Cochitehervite*: «Aquí están *doña Fábula*<sup>100</sup>, *Mari-Zápalos*<sup>101</sup> y *Mari-Rabadilla*<sup>102</sup>.» Dijo *Trochimochi*: «Despachen, señores, que está detenida mucha gente.» *Doña Fábula* dijo: «Yo soy una mujer muy principal.» «Nosotras somos (dijeron las otras) las desdichadas que vosotros los vivos traéis en las conversaciones disfamadas.» «Por mí no se me da nada (dijo *doña Fábula*); pero quiero que sepan que soy mujer de un mal poeta de comedias, que escribió infinitas, y que me dijo un día: El papel, señora, tanto mejor se hallara en andrajos en los muladares, que en coplas en las

98 *bigotera*.—Funda de gamuza con que protegían las guías de los bigotes.

99 *Cochite hervite*.—Correas: «Dícese a los que quieren las cosas muy aceleradas.»

100 *Doña Fábula*.—Doña Fábula.

101 *Mari Zápalos*.—Proverbial por mujer desaliñada, Correas. En el entremés de Gil López de Armesto, *Competencia del portugués y del francés*, éste canta a su manera las coplas de Marizápalos: «Marizápalos estar mochachita — enamorada de Pero Martín», V. NBAE, 17, CXIII.

102 *Marirrabadilla*.—Correas: «Los hijos de M. cada uno con su escudilla» y «estar como los hijos de Marirrabadilla».

comedias cuanto no lo sabré encarecer. Fui mujer de mucho valor, y tuve con mi marido el poeta mil pesadumbres sobre las comedias, autores y entremeses. Decíale yo que por qué cuando en las comedias un vasallo arrodillado dice al rey: *Dame esos pies*<sup>103</sup>, responde siempre: *Los brazos será mejor*. Que la razón era en diciendo: *Dame esos pies*, responder: *¿Con qué andaré yo después?* Sobre la hambre de los lacayos y el miedo tuve grandes peloterías con él. Y tuve buenos respetos, que le hice mirar al fin de las comedias por la honra de las infantas, porque las llevaba de voleo, y era compasión. No me pagarán esto sus padres dellas en su vida. Fútle a la mano en los dotes de los casamientos para acabar la maraña en la tercera jornada, porque no hubiera rentas en el mundo. Y en una comedia, porque no se casasen todos, le pedí que el lacayo, queriéndole casar su señor con la criada, no quisiese casarse ni hubiese remedio, si quiera porque saliera un lacayo soltero. Donde mayores voces tuvimos, que casi me quise descansar, fue sobre los autos del Corpus. Decíale yo: *Hombre del diablo, ¿es posible que siempre en los autos del Corpus ha de entrar el diablo con grande brío, hablando a voces, gritos y patadas, y con un brío que parece que todo el teatro es suyo, y poco para hacer su papel, como quien dice: «¡Huela la casa al diablo!»* Por vida vuestra, que hagáis un auto donde el diablo no diga esta boca es mía; y pues tiene por qué callar, no hable; y que hable quien puede y tiene razón<sup>104</sup> y enojóse en un auto; que aunque es la misma paciencia, tal vez se indignó, y tomó el azote y trastornó mesas y tiendas y cátedras, y hizo ruido. Hícele que pues podía decir Padre eterno, no dijese Padre eternal, ni Satán, sino Satanás; que aquellas palabras eran buenas cuando el diablo entra diciendo *bú, bú, bú*, y se sale como cohete. Desagravié los entremeses, que a todos les daban de palos, y con todos sus palos hacían los entremeses. Cuando se dolían dellos, dueñanse (decía yo) de las comedias que acaban en casamientos, y son peores, porque son palos y mujer. Las comedias, que oyeron esto, por vengarse pegaron los casamientos a los entremeses, y ellos por escaparse y ser solteros, algunos se

103 *Dame esos pies, etc.*—Ridiculiza los tópicos más repetidos en las comedias, autos y entremeses.

104 *y que hable quien pueda.*—Otras ed. «*Y que hable Cristo, pues puede y tiene razón*», etcétera.

acaban en barbería, guitarricas y cántico.» «¿Tan malas son las mujeres (dijo *Mari Zápalos*), señora *doña Fábula*?» *Doña Fábula*, enfadada y con mucho toldo<sup>105</sup>, dijo: «¡Miren con qué nos viene ahora *Mari-Zápalos*!» Si vengo, no vengo, se quisieron arañar, y así se asieron, porque *Mari-Rabadilla*, que estaba allí, no pudo llegar a meterlas en paz; que sus hijos, por comer cada uno en su escudilla, se estaban dando de puñadas. «Mirad, decía *doña Fábula*, que digáis en el mundo quién soy.» Decía *Mari-Zápalos*: «Mira que digáis cómo la he puesto.» *Mari-Rabadilla* dijo: «Decidles a los vivos que si mis hijos comen cada uno en su escudilla, ¿qué mal les hacen a ellos? ¡Cuánto peores son ellos, que comen en las escudillas de los otros, como *don Diego de Noche* y otros cofrades de su talla!»

Apartéme de allí, que me hendía la cabeza, y vi venir un ruido de piullidos y chillidos grandísimos, y una mujer corriendo como una loca, diciendo: «Pío, pío.» Yo entendí que era la reina Dido<sup>106</sup>, que andaba tras el pío Eneas<sup>107</sup> por el perro muerto a la zacapela, cuando oigo decir: «Allá va *Marta con sus pollos*<sup>108</sup>.» «Válate el diablo: ¿y acá estás? ¿Para quién crías esos pollos?», dije yo. «Yo me lo sé, dijo ella, críolos para comérmelos, pues siempre decís: *Muera Marta y muera harta*. Y decidles a los del mundo que quién canta bien después de hambriento, y que no digan necedades: que es cosa sabida que *no hay tono como el del ahito*<sup>109</sup>. Decidles que me dejen con mis pollos a mí, y que repartan esos refranes entre otras *Martas* que cantan después de hartas: que harto embarazada estoy yo acá con mis pollos, sin que ande inquieta en vuestro refrán.»

105 *con mucho toldo*.—Covarrubias, Tesoro: «Cuando alguna persona va con más pompa y autoridad de la que le pertenece, decimos que lleva mucho toldo.»

106 *Dido*.—Reina y fundadora de Cartago, se suicidó al ser abandonada por Eneas. V. Aen., l. IV.

107 *el pío Eneas*.—Virgilio llamó en la Eneida «*pius*» a su héroe por haber salvado al padre del incendio de Troya. Recuérdese la burla que hizo Pablos al ama en Alcalá a propósito del «*pío, pío*» con que llamaba a los pollos.

108 *Allá va Marta con sus pollos*. Refrán, como '*Muera Marta y muera harta*', *Marta* es objeto de varios refranes.

109 *No hay tono como el del ahito*.—Parodia el refrán «No hay tono como el del pito».

¡Oh qué voces y gritos se oían por toda aquella sima! Unos corrían a una parte y otros a otra, y todo se turbó en un instante. Yo no sabía dónde me esconder. Oíanse grandísimas voces que decían: «Yo no te quiero, nadie te quiere»; y todos decían esto. Cuando yo oí aquellos gritos dije: «Sin duda es éste algún pobre, pues no le quiere nadie; las señas de pobre son por lo menos.» Todos me decían: «Hacia ti: mira que va a tí.» Y yo no sabía qué me hacer, y andaba como un loco mirando dónde huir, cuando me asió una cosa (que apenas divisaba lo que era) como sombra. Atemoricéme, púsoseme en pie el cabello, sacudíome el temor los huesos. «¿Quién eres, o qué eres, o qué quieres (le dije); que no te veo y te siento?» «Yo soy (dijo) el alma de *Garibay*<sup>110</sup>, que ando buscando quien me quiera, y todos huyen de mí; y tenéis la culpa vosotros los vivos, que habéis introducido decir que el alma de *Garibay* no la quiso Dios ni el diablo; y en esto decís una mentira y una herejía; la herejía es decir que no la quiso Dios; que Dios todas almas quiere y por todas murió: ellas son las que no quieren a Dios; así que Dios quiso el alma de *Garibay* como las demás. La mentira consiste en decir que no la quiso el diablo. ¿Hay alma que no la quiera el diablo? No por cierto; que pues él no hace asco de la de los pasteleros, roperos, sastres ni sombreroeros, no la hará de mí. Cuando yo viví en el mundo, me quiso una mujer calva y chica, gorda y fea, melíndrosa y sucia, con otra docena de faltas. Si esto no es querer el diablo, no sé qué es el diablo; pues veo, según esto, que me quiso por poderes, y esa mujer en virtud dellos me endiabló, y ahora ando en pena por todos estos sótanos y sepulcros. Y he tomado por arbitrio volverme al mundo y andar entre los desalmados corchetes y mohatereros, que por tener alma todos me reciben; y así todos estos y los demás oficios deste jaez tienen el ánima de *Garibay*. Y decidles que muchos dellos, que allá dicen que el alma de *Garibay* no la quiso Dios ni el diablo, la quieren ellos por alma y la tienen por alma, y que dejen a *Garibay* y miren por sí».

---

110 *el alma de Garibay*.—Refrán, «Como el alma de *Garibay*, que ni la quiso Dios ni el diablo».

En esto desapareció con otro tanto ruido. Iba tras ella gran chusma de traperos, mesoneros, venteros, pintores, chicarreros<sup>111</sup> y joyeros, diciéndola: «Aguarda, mi alma.» No vi cosa tan requetrada. Y espantóme que nadie la quería al entrar, y casi todas la requetraban al salir.

Yo quedé confuso cuando se llegaron a mí *Perico de los Palotes*<sup>112</sup>, y *Pateta*<sup>113</sup>, *Juan de las calzas blancas*<sup>114</sup>, *Pedro por demás*<sup>115</sup>, *el Bobo de Coria*<sup>116</sup>, *Pedro de Urdemalas*<sup>117</sup> (así me dijeron que se llamaban), y dijeron: «No queremos tratar del agravio que se nos hace a nosotros en los cuentos y en conversaciones; que no se ha de hacer todo en un día.» Yo les dije que hacían bien, porque estaba tal con la variedad de cosas que había visto, que no me acordaba de nada. «Sólo queremos, dijo *Pateta*, que veas el retablo que tenemos de los muertos a puro refrán.» Alcé los ojos, y estaban a un lado el *santo Macarro* jugando al abejón<sup>118</sup>, y a su lado el de *santo Leprisco*<sup>119</sup>, luego en medio estaba *san Ciruelo*<sup>120</sup>, y muchas mandas y promesas de señores y príncipes aguardando su día, porque entonces las harían buenas, que sería el día de *san Ciruelo*. Por encima

111 *chicarreros*.—Zapatilleros.

112 *Perico de los palotes*.—Apodo de bobo y necio, Correas.

113 *Pateta*.—El diablo. Correas. Es apodo que se da al que tiene algún defecto en las piernas. Aplícase al diablo que al caer en el infierno hubo de quedar cojo.

114 *Juan de las calzas blancas*.—Correas: «Dícenlo de un difunto que salía de la sepultura».

115 *Pedro por demás*.—Proverbial. Correas, «*sin hacer nada*».

116 *El bobo de Coria*.—Según la explicación de Correas lo era menos para sí que para los otros.

117 *Pedro de Urdemalas*.—Proverbial. Según Correas, fue un mozo que hizo mil burlas a sus amos. Es personaje legendario citado ya por Juan del Encina en la *Almoneda* y por Lucas Fernández en la *Farsa del nacimiento de nuestro Señor*. Cervantes hizo de él una comedia.

118 *Santo Macarro jugando al abejón*.—Juego que consiste en tiznar varios la cara a uno (el Santo Macarro) mientras zumba como abejón. Si alguno se ríe pasa a hacer de Santo.

119 *Santo Leprisco*.—Según Correas, dicho de donaire.

120 *San Ciruelo*.—Para San Ciruelo, para ningún día. Góngora en el romance «Enfíllame el asno rucio», dice «El día de sanciruelo —o la semana sin viernes». Así también en *Entremés de Romanes*, etcétera.

dél estaba el *santo de Pajares*<sup>121</sup> y *fray Jarro*<sup>122</sup> hecho una bota, por sacristán junto a *san Porro*, que se quejaba de los carreteros. Dijo *fray Jarro* con una vendimia por ojos, escupiéndole racimos, y oliendo a lagares, hechas las manos dos piezgos, y la nariz espita, la habla remostada con un tonillo del jarro: «Esto son santos que ha canonizado la picardía con poco temor de Dios». Yo me quería ir, y oigo que decía el *santo de Pajares*: «Ah compañero, decidles a los del siglo que muchos picarones que allá tenéis por santos, tienen acá guardados los pajares; y lo demás que tenemos que decir se dirá otro día.»

Volví las espaldas y topé cosido conmigo a *don Diego de Noche*, rascándose en una esquina; y conocíle y díjele. «¿Es posible que aun hay que comer en vuesa merced, señor don Diego?» Y díjome: «Por mis pecados soy refitorio y bodegón de piojos. Querría suplicaros, pues os váis, y allá habrá muchos, y acá no se hallan por el bien parecer, que ando muy desabrido, que me enviéis algún mondadientes; que como yo lo traiga en la boca, todo me sobra, que soy amigo de traer las quijadas hechas jugador de manos, y al fin se masca y se chupa, y hay algo entre los dientes y poco a poco se roe; y si es de lentisco es bueno para las opilaciones». Díome grande risa y apartéme dél huyendo, por no lo ver aserrar con las costillas un paredón a puños corcovos.

Dando gritos y alaridos venía un muerto, diciendo: «A mí me toca; yo lo sabré; ello dirá; entenderémonos; ¿qué es esto?» y otras razones tales. «¿Quién es éste tan entremetido en todas las cosas? Y respondiome un difunto: «Este es *Vargas*, que, como dicen: *Averígüelo Vargas*<sup>123</sup>, viene averiguándolo todo.» Topó en el camino a *Villadiego*<sup>124</sup>; el pobre estaba afligidísimo, hablando entre sí; lla-

121 *el santo de Pajares*.—Refrán, «El santo de Pajares, que se salvó el santo y se quemó la paja», Correas. Decíase también por el hipócrita.

122 *Fray Jarro*.—«Fray Jarro, cucarro», Correas.

123 *averígüelo Vargas*.—Son varios los Vargas históricos que se supone haber dado origen al dicho. Parece que el averiguar era patrimonio de los Vargas. V. Correas, p. ej.

124 *tomar las de Villadiego*.—Correas, «Tomar calzas de Villadiego», huir de prisa.



móle y díjole : «Señor *Vargas*, pues vuesa merced lo averigua todo, hágame merced de averiguar quién fueron las de *Villadiego*, que todos las toman; porque yo soy *Villadiego*, y en tantos años no lo he podido saber ni las echo menos<sup>125</sup>, y querría salir si es posible deste encanto». *Vargas* le dijo : «Tiempo hay, que ahora ando averiguando cuál fue primero, ¿quién la pudo decir si no había sastres? Y si fueron primero los sastres, ¿cómo pudo haber sastres sin mentira? En averiguando esto volveré»; y con esto se desapareció. Venía tras él *Miguel de Vergas* diciendo : «Yo soy el *Miguel* de las negaciones, sin qué ni para qué, y siempre ando con uno no a las ancas. *Eso no, Miguel de Vergas*, y nadie me concede nada; y no sé por qué ni qué he hecho». Fuéase, y quedó a su lado un hombre triste, entre calavera y mala nueva. «¿Quién eres le dije, tan aciago, que (como dicen) para martes sobras?» «Yo soy, dijo, *Mátalascallando*, y nadie sabe por qué me llaman así, y es bellaquería, que quien mata es a puro hablar, y esos son *Mátalascallando*; que las mujeres no quieren en un hombre sino que otorgue, supuesto que ellas piden siempre. Y si quien calla otorga, yo me he de llamar *Resucítalascallando*. Y no que andan por ahí unos mozuelos con unas lenguas de portante<sup>127</sup>, matando a cuantos los oyen, y así hay infinitos oídos con mataduras.» «Así es verdad, dijo *Lanzarote*<sup>128</sup>, que a mí me tienen esos consumido a puro lanzarotar con si vine o no vine de Bre-

---

125 *ni las echo menos*.—Es un lusismo, port. *achar* = esp. *halar*. Hoy decimos 'echar de menos'. Otra explicación. I. Spitzer RFE, XXIV, 27.

126 *Miguel Vergas*.—*Eso no, «Miguel de Vergas»*, frase proverbial. Véase una de las explicaciones de su origen : «En Salamanca, fuera de la puente hay una ermita de la Trinidad donde, al pie de una imagen de Dios Padre, se hizo pintar un devoto ciudadano llamado *Miguel de Vergas*, con una copla que decía así : Querría honra y provecho —y que nada me faltase— y cuando Dios me llevase— irme a la gloria derecho. Al pie de la copla escribió un estudiante : *Eso no, Miguel de Vergas*», F. del Rosal, *Origen... de todos los vocablos de la lengua castellana*. Hay otras versiones distintas, pero coinciden en situar el sucedido en Salamanca.

127 *de portante*.—Paso acelerado.

128 *Lanzarote*.—*Lanzarote del Lago*, en el conocido romance «Nunca fuera caballero...»

taña; y son tan grandes habladores, que viendo que mi romance dice:

Doncellas curaban dél,  
y dueñas de su rocino.

han dicho que de aquí se saca que en mi tiempo las dueñas eran mozos de caballos, pues curaban del rocino. ¡Buena estuviera el rocín en poder de dueñas! ¡El diablo se lo daba! Es verdad, y yo no lo puedo negar, que las dueñas por ser mozas, aunque fuese de caballos, se entremetieron en eso, como en otras cosas; mas yo hice lo que convenía». «Crean al señor *Lanzarote* (dijo un pobre mozo sencillo, humilde y caribobo); que yo lo certifico». ¿Quién eres tú, que pretendes crédito entre los podridos? «Yo soy el pobre *Juan de buena alma*, que ni me ha aprovechado tener buen alma ni nada, para que me dejen ser muerto. ¡Extraña cosa, que sirva yo en el mundo de apodo! Es *Juan de buen alma*, dicen al marido que sufre, y al galán que engañan, y al hombre que estafan, y al señor que roban, y a la mujer que embelean. Yo soy aquí sin meterme con nadie.» «Eso es nonada, dijo *Juan Ramos*<sup>129</sup>, que los diablos me hicieron tener una gata. Más me valiera comerme de ratones, que no me dejan descansar: daca la gata de *Juan Ramos*, toma la gata de *Juan Ramos*. Y ahora no hay doncellita ni contadorcito, que ayer no tenía que contar sino duelos y quebrantos: ni secretario, ni ministro, ni hipócrita, ni pretendiente, ni juez, ni pleiteante, ni viuda, que no se haga la gata de *Juan Ramos*, y todo soy gatas; que parezco a febrero; y quisiera ser antes *sastre del Campillo*<sup>130</sup> que *Juan Ramos*.» Tan presto saltó el *sastre del Campillo*, y dijo que quién mata a *Juan Ramos* con el *sastre*. Y él dijo que no mejoraba de apellido aunque mudaba de sexo. —Pues dijieran el gato de *Juan Ramos*, y no la gata—. Si dijieran, no dijieran, el *sastre* desconfió de las tijeras y fió de las uñas (con razón) y empezóse una brega del diablo. Viendo tal

---

129 *la gata de Juan Ramos*.—«La gata de Juan Ramos (o de *Mari Ramos*, que también rima), cierra los ojos y abre las manos».

130 *el sastre del Campillo*.—«El *sastre del Campillo* cosía de balde y ponía el hilo». Otras veces era de *Cantillo*, *Santillana*, «El *alfayate del Cantillo* hacía la costura y ponía el filo».

escarpela, íbame poco a poco, y buscando quién me guiase, cuando sin hablar palabra ni chistar (como dicen los niños), un muerto de buena disposición, bien vestido y de buena cara, cerró conmigo. Yo temí que era loco y cerré con él; metiéronnos en paz. Decía el muerto: «Déjenme a ese bellaco, deshonra-buenos: voto al cielo de la cama, que le he de hacer que se quede acá». Yo estaba colérico, y díjele: «Llega y te tornaré a matar, infame, que no puedes ser hombre de bien». ¡Quién tal dijo! No le hube llamado la mala palabra cuando otra vez se quiso abalanzar sobre mí, y yo a él. Llegáronse otros muertos, y dijeron: «¿Qué habéis hecho? ¿Sabéis con quién habláis? ¿A *Diego Moreno* llamáis así? ¿No hallastes sabandijas de mejor frente?» «¿Qué, éste es *Diego Moreno*?», dije yo. Enojéme más y alcé la voz diciendo: «Infame, ¿pues tú hablas? ¿Tú dices a los otros deshonra-buenos? La muerte no tiene honra, pues consiente que éste ande aquí. ¿Qué le he hecho yo? Al mundo voy sólo a escribir de día y de noche entremeses<sup>131</sup> de tu vida». «No irás esta vez (dijo) y asímonos a bocados, y a la grita y ruido que traíamos, después de un vuelco que di en la cama, diciendo: «Válgate el diablo, ¿ahora te enojas?» Con esto me hallé en mi aposento tan cansado y tan colérico como si la pendencia hubiera sido verdad, y la peregrinación no hubiera sido sueño. Con todo eso, me pareció no despreciar del todo esta visión y darle algún crédito, pareciéndome que los muertos pocas veces se burlan, y que, gente sin pretensión y desengañada, más atienden a enseñar que a entretener.

## F I N

---

131 Se ha perdido, si lo escribió, un *Entremés de Diego Moreno*.



## JUICIOS SOBRE LOS "SUEÑOS" Y SU AUTOR

Los escritos a que desde su niñez debió la fama y la popularidad que ilustra su nombre, son los satírico-morales y los festivos. Muy pronto conocidos en la corte y del pueblo por copias de mano, que prodigiosamente se multiplicaban. A ser impresos luego la ruina de don Francisco habría sido inevitable y segura. Denunciar en los moldes de Colonia y en el idioma de los sabios los abusos y los males públicos del reino, atrajo sobre las venerables canas y la ancianidad virtuosa del Padre Juan de Mariana persecución terrible, la vejación, molestias y desabrigo de una cárcel. Quevedo, que engalanaba el atril de su juventud con los sazonados frutos de la doctrina de aquel varón excelente, a quien debía la mayor ternura, escarmentó con el fracaso y abstuvo de dar a la estampa ninguno de sus borriones, contentándose con que corriesen manuscritos.

Hizo alarde nuestro político moralista de buen instinto, envolviendo el acibar de sus sátiras, entre chascadas y bizarrías, y abroquelándose en la holgura, desorden y licencia de un sueño para reprender sin usurpar los fueros del púlpito, censurar sin daño de barras, y decir amargas verdades, que en el severo idioma de la filosofía se hubieran hecho desapacibles. Sacó primero a la vergüenza los descuidos y demasías de los oficiales, sin condenar los oficios, y tendió muy pronto el látigo contra los excesos de aquellos miembros que la sociedad ha constituido para su amparo, salud firmeza y sostenimiento. Anatematizó la falsedad en los procuradores, la iniquidad en los escribanos, en los letrados la mentira y el embrollo y la mentira, la imprudencia y la prevaricación en los jueces, el desenfreno y la avaricia en los ministros...

Iba la dureza de esta reprensión templada con el donaire, e interrumpida por chistes y escenas imprevistas, de figuras extravagantes, para que, divertida la atención con las burlas y sal-

tos repentinos de un asunto a otro, no se viese la piedra disparada a tejado conocido.

(A. Fernández-Guerra y Orbe, Prólogo al tomo XXIII de la BAAEE, pág. 15 y ss.)

Quevedo, como hombre y como pensador, es el que expresa con mayor perfección, tanto en la vida como en el carácter y en las obras el espíritu de su siglo, el de la España floreciente y decadente a la vez de la época de los Habsburgos. Su fogoso idealismo, su patriotismo, su fidelidad al rey, su religiosidad hispano-católica, su espíritu de sacrificio por una España cada vez mayor, en el sentido de Carlos V del *Plus Ultra*, se inflaman con deslumbrante claridad. Pero bajo este fuego arden lentamente y calladamente el grosero realismo, el apasionado placer de los sentidos, el ímpetu extraviado, el goce desconocido, la ávida sed de venganza, la indiferencia estoica ante todas las asechanzas de la fortuna, el agudo don de observación, el complacerse cínicamente en la mofa más amarga...

Risas sarcásticas y guiños diabólicos vibran a través de los *Sueños*. Castañetean los huesos, ruedan los cráneos, un pestilente olor de corrupción se desprende de los abiertos sepulcros. Lo divino y lo infernal, lo sensual y lo devoto se confunden. Atrevidos hasta el cinismo, se apoyan al mismo tiempo en un terreno declaradamente religioso. Vivo ejemplo del legítimo arte y poder del barroco, es la manera cómo funden su unidad en el enlace de los extremos...

Los *Sueños*, fuera de España, no han sido siempre, ni en todas partes igualmente estimados. Bouterwer juzgaba que en ellos no brilla por su finura "ni la sátira ni la filosofía de la vida". Federico Schlegel los destacaba por sus supuestas exageraciones y por sus durezas de expresión y de sentimiento... ¿Qué es lo que olvida la mayoría cuando juzga desdeñosamente estos sueños? Lo más esencial. La sátira de los *Sueños* no es para todos los tiempos; no se adapta indistintamente a toda la humanidad, ni a los defectos de diversos siglos o de cualquier nación; es nacional por esencia; está inseparablemente ligada, en el tiempo y en el espacio, con la tierra en que nació.

(Ludwig Pfandl, «Historia de la Literatura Nacional española en la Edad de Oro». Barcelona, 1933, pág. 387, 9.)

Quevedo fue perfecto en las metáforas, en las antítesis, en la adjetivación; es decir, en aquellas disciplinas de la literatura cuya felicidad o malandanza es discernible por la inteligencia.

El ejercicio intelectual es hábil para establecer la virtud de esas artimañas retóricas, ya que todas ellas estriban en un nexo o ligamen que aduna dos conceptos y cuya adecuación es fácil examinar. La viabilidad de una metáfora es tan averiguable por la lógica como la de cualquier otra idea, cosa que no les acontece a los versos que un anchuroso error llama sencillos y en cuya eficacia hay como un fiel y cristalino misterio... Una realizada gustación verbal, sabiamente regida por una austera desconfianza sobre la eficacia del idioma, constituye la esencia de Quevedo. Nadie como él ha recorrido el imperio de la lengua española y con igual decoro ha parado en sus chozas y en sus alcázares.

(Jorge Luis Borges: *Menoscabo y grandeza de Quevedo*. Rev. de Occidente, noviembre 1924).

Los primeros *Sueños* nos parecen inferiores a los siguientes. El desencanto, las amargas desilusiones, las que secan la juventud en el corazón humano, son el "leit-motif" del sueño titulado "El Mundo por de dentro", escrito en tonos sombríos, desesperados a ratos. Esta obra, la más profunda en su conjunto, más coherente sobre todo que las anteriores, es, sin duda, la más lograda de todos los *Sueños*...

Quevedo tiene dotes de analizador propias de los grandes novelistas en el moderno sentido de la palabra... Pero qué de su tiempo es la escenografía con la acumulación de objetos extraños, sucios, malolientes, de boticarios, de magos de nigrománticos, captados con extraordinario vigor en un gesto, en un ademán, animados de una vida grotesca y espantable en su fugaz aparición. Visiones mitológicas, personajes históricos surgen de entre una multitud que se abre un instante y vuelve a cerrarse en grupo convulso y vociferante...

"Conoce todos los secretos del lenguaje, escribe M. Morel-Fatio en unas notables páginas, inéditas, por desgracia: el de los autores antiguos y el de su tiempo hasta en los matices más sutiles; sabe germanía como un pícaro del Zocodover toledano... Tiene en la memoria todos los refranes de la lengua, todos los modismos. Posee tal caudal, que cuando se pone a escribir, los medios de expresión se le ocurren con tanta abundancia que no acierta a contenerse, y su frase sale tan cargada, hinchada, que es preciso, digámoslo así, reducirla y diseccarla para comprender mal que bien todo lo que entraña. Conocedor, enamorado podría decirse, del idioma, juega con las palabras como un

prestidigitador, las vuelve y revuelve, refresca su sentido por asociaciones nuevas e inesperadas”.

Ante todo Quevedo es un enamorado de la acción. Conserva en su memoria sobre todo el recuerdo del movimiento. El verbo, expresión por excelencia de la actividad mental, lo ha utilizado con incomparable maestría al modo de Tácito. Se encuentran en sus frases, apenas se va animando la narración, casi en cada línea, verbos tomados en un sentido figurado e intensivo. Otras veces aparecen sustantivados, pero siempre es una idea de acción lo que sugiere la imagen. De activo, el verbo se hace frecuentemente en sus manos neutro, o de reflexivo, activo.

(Rene Bouvier, «*Quevedo, Homme du diable, homme du Dieu*». París, H. Champion (1929), passim.)

“La educación clásica y filosófica de Quevedo era harto más robusta y extensa que la de Jáuregui o la de Lope; pero su gusto distaba mucho de ser tan intachable como el del primero, ni tan inclinado a la sencillez y a la llaneza como el del segundo. Dejábase arrebatar con frecuencia del torrente del mal gusto (de un mal gusto distinto del de Góngora), no por anhelo de dogmatizar, sino por genialidad irresistible, que le llevaba a oscuras moralidades sentenciosas, a rasgos de la familia de los de Séneca, a téticas agudezas, que convierten su estilo en una perenne danza de los muertos”.

M. Menéndez y Pelayo, «*Historia de las ideas estéticas en España*, t. II, pág. 346. Santander, 1940).

“Los ojos de Quevedo, provistos de las lentes crueles del desengaño, sorprenden en cuanto miran la imagen de la muerte; la vanidad de los afanes humanos le sugiere hondas reflexiones morales o le presenta hombres y cosas como grotescas siluetas. De aquí las geniales caricaturas quevedescas, cuyos trazos rápidos extreman hasta el absurdo la ridiculez, la estulticia y la mezquindad...”

El arte de Quevedo extremó el dominio de los recursos del idioma. Su labor de infatigable, desbordada y complicada creación prestó a la lengua ductilidad no superada, plegándola a los más ágiles saltos del ingenio y a la mayor hondura conceptual...

Por otra parte, el ejemplo de Quevedo es también decisivo; en *El Diablo Cojuelo*, Vélez de Guevara imita el estilo de los Sueños, y la severa densidad de Saavedra Fajardo procede de la *Política de Dios* o del *Marco Bruto*”.

(Rafael Lapesa, *Historia de la Lengua Española*. Madrid, 1942.)



## TEMAS ESCOLARES

Documentétese en comedias, autos y entremeses los tópicos ridiculizados por Quevedo.

Ideas de Quevedo acerca del honor. Compárense con el teatro y la novela coetáneas.

Plústrense las modas y las costumbres satirizadas en los *Sueños*: El tema del tiempo y de la muerte en los *Sueños* y en poesías de Quevedo.

Explicación de retruécanos, equívocos y paranomasias.

Compárese *El Mundo por de dentro* con *El Diablo Cojuelo*, de Vélez de Guevara.

Composición de un *Sueño* de corte quevedesco sobre temas actuales.

Las lecturas de Quevedo a través de los *Sueños*.

Las dueñas en los *Sueños* y en el "*Quijote*".

Señálense las diferencias de sentido en algunas palabras de los *Sueños*, respecto del actual.

Influencia de los *Sueños* en el *Hospital de incurables*, de Salvador Jacinto Polo de Medina.

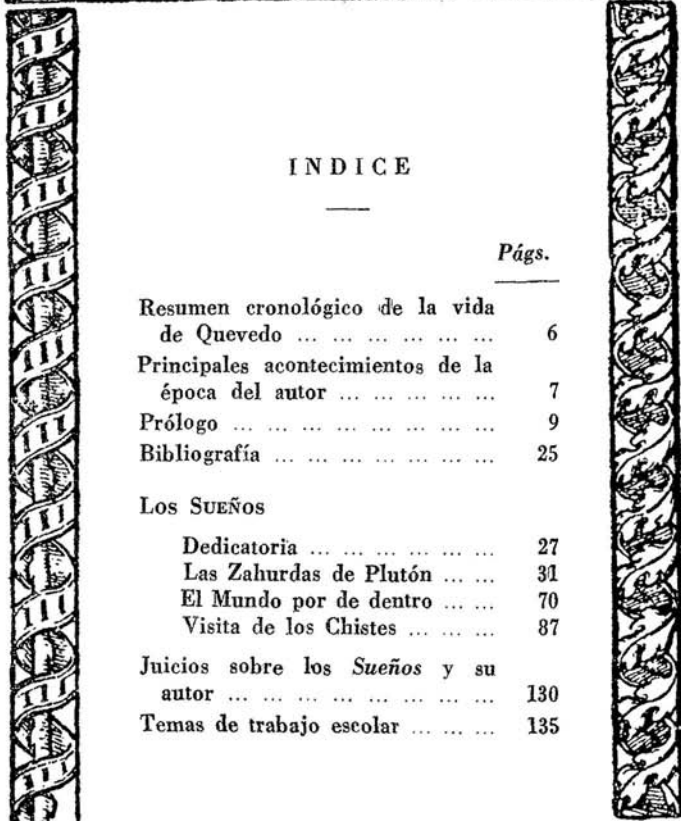




## INDICE

---

	<i>Págs.</i>
Resumen cronológico de la vida de Quevedo ... ..	6
Principales acontecimientos de la época del autor ... ..	7
Prólogo ... ..	9
Bibliografía ... ..	25
<b>LOS SUEÑOS</b>	
Dedicatoria ... ..	27
Las Zahurdas de Plutón ... ..	31
El Mundo por de dentro ... ..	70
Visita de los Chistes ... ..	87
Juicios sobre los <i>Sueños</i> y su autor ... ..	130
Temas de trabajo escolar ... ..	135





*Sigue BIBLIOTECA CLASICA EBRO*

51. M. ALEMÁN .....	Guzmán de Alfarache .....	Prosa
52. LOPE DE VEGA .....	Peribáñez y el Com. de Ocaña .....	Teatro
53. J. E. HARTZENBUSCH .....	Los amantes de Teruel .....	Teatro
54. L. VÉLEZ DE GUEVARA .....	Reinar después de morir .....	Teatro
55. F. DE ROJAS ZORRILLA .....	Del Rey abajo, ninguno .....	Teatro
56-57. M. DE CERVANTES (t. doble)...	Don Quijote de la Mancha. I .....	Prosa
	Don Quijote de la Mancha. II .....	Prosa
58. A. DE MORETO .....	El desdén con el desdén .....	Teatro
59. L. DE RUDA Y CERVANTES .....	Pasos y Entremeses .....	Teatro
60. L. QUIÑONES .....	Entremeses .....	Teatro
61. LOPE DE VEGA .....	La dama boba .....	Teatro
62. ANÓNIMO .....	Amadis de Gaula .....	Prosa
63. F. DE ROJAS .....	Entre bobos anda el juego .....	Teatro
64. TIRSO DE MOLINA .....	La prudencia en la mujer .....	Teatro
65. TIRSO DE MOLINA .....	El Vergonzoso en Palacio .....	Teatro
66. CALDERÓN DE LA BARCA .....	La devoción de la Cruz .....	Teatro
67. FRAY LUIS DE LEÓN .....	De los nombres de Cristo .....	Prosa
68. SAN JUAN DE LA CRUZ .....	Poesías completas y otras páginas ...	P. y V
69. FRAY LUIS DE GRANADA .....	Introducción del símbolo de la fe ...	Prosa
70. RUBÉN DARÍO .....	Poesía .....	Verso
71. DUQUE DE RIVAS .....	Romances históricos .....	Verso
72. LARRA, MESONERO, ESTÉBANEZ ...	Escritores costumbristas .....	Prosa
73. J. RUIZ DE ALARCÓN .....	Los pechos privilegiados .....	Teatro
74. VÉLEZ DE GUEVARA .....	La Luna de la Sierra .....	Teatro
75. GARCÍA DE LA HUERTA .....	Raquel .....	Teatro
75-77. VARIOS (t. doble) especial ...	Antología de la Poesía religiosa esp.	Verso
78. CALDERÓN DE LA BARCA .....	El Príncipe constante .....	Teatro
79. J. DE MONTEMAYOR .....	La Diana .....	P. y V
80. BALTASAR GRACIÁN .....	El Criticón .....	Prosa
81. V. M. ESPINEL .....	El escudero Marcos de Obregón ...	Prosa
82. F. DE QUEVEDO .....	Poesía .....	Verso
83. CALDERÓN DE LA BARCA .....	La Dama duende .....	Teatro
84. LOPE DE VEGA .....	Fuenteovejuna .....	Teatro
85. LEANDRO F. DE MORATÍN .....	La comedia nueva .....	Teatro
	El médico a palos .....	Teatro
85. J. RUIZ DE ALARCÓN .....	Las paredes oyen .....	Teatro
87. CALDERÓN DE LA BARCA .....	El mágico prodigioso .....	Teatro
88. ERCILLA, BALBUENA, HOJEDA .....	Poesía épica de la Edad de Oro....	Verso
89-90. F. DE ROJAS (T. doble) .....	La Celestina .....	Prosa
91. LOPE DE VEGA .....	El Cardenal de Belén .....	Teatro
92. TIRSO DE MOLINA .....	Don Gil de las calzas verdes .....	Teatro
93. E. GIL CARRASCO (T. doble) ...	El Señor de Bembibre .....	Prosa
94. CAMPOAMOR, R. DE .....	Poesía .....	Verso
95-96. VARIOS (Tomo doble) .....	Antología Poesía Moderna. I .....	Verso
97-98. CALDERÓN (T. doble) .....	Autos sacramentales. II .....	Teatro
99. LOPE DE VEGA .....	El villano en su rincón .....	Teatro

PRÓXIMOS A PUBLICARSE

MELENDEZ VALDÉS .....	Poesía.
LOPE DE VEGA .....	La Gatomaquia.
LOPE DE VEGA .....	La Buena Guarda.
LOPE DE VEGA .....	La Dorotea.

y 25 más en preparación.

*Solicite folleto detallado*



PRECIO :

Cada tomo encuadernado en cartulina  
cubierta a dos tintas ... .. Ptas. 25,—

EDITORIAL EBRO, S. L.

Paseo María Agustín, núm. 7  
Capitán Esponera, núm. 18  
ZARAGOZA